

Arriba pasa
el viento



LOS MATADEROS

ALEJANDRO FRIAS

1990el

Los Mataperros

Alejandro Frias

I - El bastón

Nada revelamos si decimos desde este, el primer momento, desde mucho antes, incluso, de presentarlos dándoles un nombre y demás datos filiales que puedan distinguirlos de la multitud, antes de detallar referencias que permitan individualizarlos, que esos tres van a morir esta misma tarde, con apenas una breve diferencia de minutos entre sendos últimos latidos y últimos suspiros.

Uno se llevará con él a la otra vida, si es que hay un más allá y si es que, en todo caso, podemos decir que se los lleva, a dos de sus atacantes. Otro apenas si tendrá tiempo para echar un último vistazo a su casa, tendido a escasos metros de la puerta que reconocerá y mirará hasta el final, o hasta un poco antes del final, porque no será lo último que vea en su vida ni lo primero que observe en su muerte. El tercero, el último de ellos, llorará antes de rendirse y caerá de rodillas invocando a su madre, rogando en nombre de su

madre, y no será ningún disparate que lo haga, mucho menos si, como ya quedará detallado con pelos y señales en el momento oportuno, quien lo despida a puro fuego y caño caliente, quien fuerce su partida y su adiós de lo mundano sea uno de sus hermanos, mientras que el otro, el mayor de los tres, el rengo, observará todo desde escasos metros y no sentirá ninguna piedad al verlo, definitivamente, tendido en el piso de su propia habitación.

Y es que no puede haber misterios para vidas como las de ellos tres, las de los tres que van a morir esta misma tarde, apenas unos minutos después de que el revuelo de las corridas obligue a suspender la función de títeres organizada por la unión vecinal para este domingo en que se festeja en el barrio, como en todo el país, el Día del Niño.

No puede haber, como ya dijimos, secretos en estas vidas, y mucho menos en estas muertes, las de los integrantes de un trío que ya perdieron todo, menos las esperanzas, que ya se sabe que son lo último, pero hacer ese tipo de citas en momentos como este se aproxima más a la ironía que a cualquier reflexión, que tampoco pareciera ser necesaria si lo que sucede alrededor es que alguien muestra de repente un revólver y otro, mucho más veloz y efectivo, retira el suyo de entre la piel de la espalda y el pantalón, ese lugar que ya se acostumbró a la metálica presencia y tan displicente percibe el rápido movimiento que saca el arma de allí como si de manos de mago estuviésemos hablando, pero no son prestidigitadores los dedos que lo esgrimen ni es delicado el índice que va al gatillo y se mueve con tal velocidad que quien mostró primero aquel revólver no alcance a ver este, y mucho menos el proyectil, el pedazo de plomo que urgente le penetrará en la cabeza, quebrando los huesos que tantos otros golpes resistieron, atravesando las gelatinosas estructuras que hasta ese preciso momento le permitieron moverse, hablar, pensar y enamorarse.

Ya dijimos, es domingo y se celebra el Día del Niño, por eso suman más que un par de centenas las personas que se han ubicado frente al retablo improvisado para la ocasión. Todas ellas, con mayor o menor detalle, desde más cerca o más lejos, con perspectivas favorables en algunos casos o, en otros, desde ángulos que no hacen ningún favor al morbo, serán testigos del comienzo de la balacera. Muchos, la mayoría, después de dispersarse buscando refugio contra la inapropiada posibilidad de una bala perdida, volverán al lugar para contemplar el primero de los cadáveres de la tarde, pero para que suceda esto van a tener que transcurrir varios minutos, va a tener que haber llegado la policía, van a tener que haber cesado las explosiones delatorias de más disparos, va a tener que haberse generado ese silencio que acompaña a la calma posterior a la tormenta.

Cinco serán los muertos esta tarde, cinco los cadáveres que quedarán dispersos en el barrio para que los canales de televisión, los periódicos y las radios se deleiten mostrando y narrando manchas rojas y caras agotadas de tanta violencia, enfocando bocas que se moverán al compás de reclamos hacia la Justicia, la Policía, el Poder Ejecutivo o cualquiera que pueda, de alguna manera, reducir la violencia en las calles, y los cinco cadáveres serán el alimento de los medios de comunicación por dos, tres, quizás cuatro días, una semana si no se interpone más sangre, no mucha, la suficiente como para cubrir la que será derramada esta tarde y que tan rápido coagulará, esparcida entre baldosas, asfalto, cemento.

Pero, sin lugar a dudas, de los cinco cuerpos yacentes, solo serán tres los que llamen la atención de los periodistas, y no porque los otros dos no sirvan como sanguinolenta noticia, que, a la hora de ríos bermejos en la vía pública, cualquier gota que se escape de ser humano es útil. Lo que reportará mejores réditos a las cámaras y micrófonos, lo que será utilizado para generar debates televisivos de ministros y analistas, lo que tendrá a los espectadores, lectores y

oyentes pendientes de las iluminadas opiniones durante los siguientes dos, tres, cuatro días, una semana si no se interpone más sangre, será que tres de los muertos son (eran, claro, porque el pretérito comienza a imponerse desde esta tarde cada vez que alguien quiera referirse a ellos) menores de edad.

Los titulares del lunes jugarán con el hecho de que tres adolescentes cayeron abatidos a balazos este domingo y, mejor aún, con que todo haya comenzado a desencadenarse justo al pie de la tarima levantada por la unión vecinal para celebrar, con títeres y payasos, el Día del Niño. Lo mostrarán como parte de la paradoja de nuestros tiempos, lo usarán, algunos, como justificación de pedidos para reducir las edades que permiten condenar a alguien a la cárcel, y no faltará quien lo enarbole como estandarte en la lucha por aumentar presupuestos policiales y de seguridad. Y la palabra del comisario encargado de la zona dando a conocer los nombres de los tres ajusticiados según las reglas callejeras estará en todos lados.

Estos tres, que serán la inyección revitalizante de las discusiones sobre el estado de las cosas, que servirán de punto de partida para nuevas polémicas a propósito de las instituciones y sus funciones incumplidas, son el Negro, el Verdura y el Rosita. Claro que tienen nombres, e incluso apellidos más apropiados para los deseos y necesidades de un registro civil, pero nosotros los llamaremos como ellos se llamaban entre sí, como todos los llamaban. Los otros nombres, los originales, los que recibieron tras horas de meditación de sus madres y padres, los habían perdido en algún momento del camino que los llevó hasta donde llegaron, y solo los recuperarán a partir de que los obituarios los registren, las páginas necrológicas y policiales los repitan hasta el cansancio, cuando algún orfebre de producción en serie, con máquinas y ya sin pasión, los talle en miserables y baratas placas de aleaciones con el tamaño propicio para ser colocadas al frente de los nichos en el cementerio.

La cosa es que el Negro, el Verdura y el Rosita se convirtieron, desde hace dos días, en muertos caminantes. Vivieron dos días gratis. Sus victimarios les regalaron algunas horas de vida, y no por bondades o gentilezas, sino por lo demoroso que es establecer acuerdos, más cuando los que se sientan a negociar son enemigos casi mortales, y el casi es un eufemismo, porque si alguno de ellos hubiera atravesado las fronteras aún no del todo delimitadas con otra intención que la del diálogo y el mantenimiento de la frágil paz sostenida hasta ahora hubiera sido otro cadáver. Así de severos son los dos grupos que por fin pudieron reunirse en la madrugada del domingo, a pesar de que fue el viernes cuando ambos decretaron las condenas a muerte del Negro, el Verdura y el Rosita, claro que por separado, por eso no será sino hasta hoy que, por fin, caigan estos tres.

Las dos bandas que condenaron a los tres niños, a los tres desheredados adolescentes, son las mismas que libraron la guerra hasta hace poco, las que se disputaron durante casi un año el territorio. No se trata, por supuesto, de cinematográficos grupos mafiosos, no tienen tratos con los grandes capitales ni conexiones internacionales que les liberen fronteras o los lleven a sentarse en sillones acolchados a discutir minucias embutidos en trajes de confección a medida. Nada más alejado que eso. Lo que resulta del negocio que llevan adelante, los réditos que les deja el tráfico de ilegalidades apenas si alcanzan para vivir cómodamente en este barrio.

Son solo dos grupos que lejos están de asemejar un ejército. Antes que eso, son dos turbas de chismes al mando, cada cual por su lado, del que supo imponerse sin discursos ni razones, sino con la fuerza. Dos más en el concierto de los que quedaron del otro lado en el reparto, de los que ya no entran en la distribución de otra manera que no sea en forma de limosna. Dos que decidieron no recibir más limosna, como el Negro, el Rosita o el Verdura, pero que pudieron mantenerse en pie más tiempo que ellos.

Uno de los líderes de estos dos bandos es el Mono Oviedo, cuerpo mal alimentado desde el nacimiento pero al que la vida dotó de una ferocidad inaudita. Un pequeño hombre que, como la mayoría de ellos, fuera de los límites del barrio, de este o de cualquiera que se le asemeje, se siente y se sabe insignificante. Uno más sin nombre ni edad, otro de los que perdieron todo rasgo de individualidad para convertirse en una cifra, en una centésima en las estadísticas de la desocupación y la pobreza, un miserable grano de arena escondido bajo la alfombra.

Al otro líder, al de la banda que se quedó con la parte occidental del barrio para desarrollar sus negocios, ya lo hemos nombrado e incluso lo hemos visto actuar, aunque de manera escueta y casi pasajera, durante la muerte del Verdura. Es el cojo, el rengo que observaba cómo uno de sus hermanos disparaba a quemarropa al otro, al menor, y que, sin más rodeos, fue quien organizó la emboscada, quien aportó los datos acerca de dónde podían encontrarse esos tres y en qué momento podían iniciar el asalto que los liquidaría.

Marcos, que así no solo le dicen sino que se llama el rengo, fue siempre hombre de pocas palabras, escasas y suficientes, aún menos después del accidente por el que, a los diecinueve años, perdió gran parte del dominio de la pierna derecha. Se divertía con uno de sus compinches, Adolfo, el hijo del carnicero de la otra cuadra, con quien compartió toda la infancia. A Adolfo, poseedor de una moto regalada por sus padres al momento de cumplir dieciocho años, le gustaba desafiar a los demás vehículos cada vez que iba montado en el suyo, y aquella tarde, la tarde en que Marcos va a perder parcialmente el control de la pierna derecha, Adolfo perdió totalmente el de su bólido, y mientras que uno de ellos cayó al piso demoliéndose el fémur derecho, el otro prefirió mantenerse aferrado al manubrio de la moto y estrellarse con ella contra un camión de reparto de golosinas estacionado unos metros más allá.

Casi cuarenta días estuvo internado Marcos, y no fue hasta después de dos operaciones y cuatro meses de yeso que pudo volver a caminar, pero ya con ese sino que se convirtió en bamboleo identificatorio, sumado a las malditas imágenes que no apartó de sí hasta mucho después: las del cuerpo de Adolfo tirado sobre el asfalto, varios metros más allá de donde había quedado él. Adolfo como un moretón de la calle, como una herida en el pavimento, un corte que ya dejaría de sangrar para convertirse en cicatriz.

Cuando por fin Marcos pudo volver a la calle sin que los fantasmas lo persiguieran, a deambular junto con seres de carne y hueso y no mero éter, llevaba consigo, para poder sostener en pie el cuerpo y seguro el paso, un bastón de madera hecho con un palo de escoba, aserrado a la altura necesaria, al que había sido adherido un mango, muy poco anatómico pero efectivo, moldeado por él mismo a partir del caño de un manubrio de bicicleta.

Ese bastón le ayudó a desplazarse durante unos tres meses, pero nunca más se separó de él, porque fue ese mismo pedazo de palo de escoba el que contribuyó a que Marcos comenzara a ganar definitivamente el respeto que necesitaba para poder sobrevivir con la deficiencia. La misma primera tarde en que decidió salir a caminar para tratar de reencontrarse con el barrio y con las caras conocidas que extrañaba, fue esa muleta la protagonista de la demostración contundente de que Marcos volvía a las calles y no permitiría que nadie lo pasara por encima.

Romina, vecina de su misma edad y, en consecuencia, de la misma edad de Adolfo, de la misma camada en la escuela primaria y en el catecismo, estaba ese sábado a la tarde barriendo la vereda cuando lo vio salir. Además del deseo de ayudarlo, un antiguo amor siempre oculto la impulsó a ofrecerse para acompañarlo. Marcos esperó paciente a que la vecina guardara la escoba y

regresara a su lado conservando siempre la misma sonrisa, y tal vez ese gesto fue el que lo llevó a decidir tomarla del brazo y permitir, a la vez, que ella apoyara la mano muy cerca de la suya, tanto que él llegó a estremecerse por la proximidad.

Caminaron conversando de varios temas. Marcos parecía necesitado de información que lo pusiera al tanto de los movimientos del barrio en los últimos meses, pero Romina no podía aportarle más datos que los que ya conocía, porque sus hermanos y los escasos amigos que lo visitaban oficiaban de intermediarios entre lo que sucedía en las calles y él. Por eso fue que aceptó que la antigua compañera de escuela le contara de su trabajo en un supermercado, de los problemas que había tenido para encontrarlo, de cómo había debido pedir a una amiga que le permitiera dar su dirección porque con solo admitir frente a los entrevistadores que vivía en este barrio ya tenía el noventa y nueve por ciento de posibilidades de ser rechazada.

Así llegaron hasta el baldío del extremo sur del caserío, donde el piso de tierra se aflojaba levantando nubes irrespirables de polvo bajo los pies de una veintena de muchachos que jugaban al fútbol. Allí estaban el Mono Oviedo, con quien todavía no había comenzado la guerra, los hermanos Muleiro (tres los que allí jugaban, cinco en total contando a los ausentes), el Gringo, Manolo, el Mojarrita, el Tonga, Daniel y varias caras más que reconocía de a poco, a medida que las iba distinguiendo.

Del brazo de Romina llegó hasta el borde de la siempre improvisada cancha y allí fue descubierto por Angelito, quien de inmediato pegó el grito para que todos notaran su presencia de redimida figura y para que esos mismos todos detuvieran el partido y vinieran a saludar a Marcos.

Respetuosamente, aunque contra su voluntad, Romina se apartó y vio cómo, de a uno, le daban la bienvenida con palmadas y amigables insultos que, antes que un recordatorio desdeñoso de su sexualidad, de la posible y nunca bien aclarada situación laboral de su madre o de las bondades de las pudorosas partes de su tía, madrina o abuela, eran la demostración de cuánto lo habían extrañado y con cuánto regocijo festejaban su regreso a la calle.

Apenas el tumulto alrededor del sobreviviente se dispersó y alguien recordó el resultado parcial del partido, tres a dos a favor del equipo del Gringo, quien tenía la pelota en ese momento la pateó hacia el centro de la cancha y todos retomaron sus lugares a las corridas. El Manotas Quiroga, apenas volvió a ocupar su posición, próxima al borde donde habían quedado parados Marcos y Romina (quien, ya osada e intencionada, volvía a tomar el brazo de su compañero), dio un grito dirigido al inválido invitándolo a participar en el juego.

Para reforzar el efecto de la broma, el Manotas aclaró, a bocajarro y bien fuerte, para que todos lo oyeran, que podía ser de mucha ayuda gracias a sus tres patas. Algunos sonrieron, pero los más avezados prefirieron obviar lo que acababan de escuchar, y no faltó quien advirtiera al Manotas que se callara. Pero el Manotas no se calló. Tan solo dejó pasar unos minutos para volver a la carga reiterando la invitación, pero esta vez para que Marcos fuera arquero, ya que con el bastón podría atajar cualquier penal.

Romina alcanzó a percibir que los músculos de Marcos se tensaban y trató de convencerlo de que continuaran con su paseo. Él solo la miró, casi amable, y como toda respuesta dijo que prefería terminar de ver el partido.

No tardó mucho el Manotas en recomenzar el ataque. Excediendo esta vez y definitivamente la categoría de broma para pasar, directamente, a la

ironía hiriente, le dijo que ingresara acompañado de Romina, que entre los dos, tal vez, podían hacer algo.

Ya a esta altura, ninguno de los que estaban jugando intervino para silenciar al Manotas, apenas si continuaron percibiendo su presencia, prefiriendo obviarlo y dejarlo solo con el destino que se había buscado. Romina, que también sabía lo que se venía, tan solo pidió una vez más y por favor que siguieran la caminata, pero ahora Marcos ni siquiera respondió.

Todavía hubo tiempo para dos bromas más del Manotas antes de que terminara el partido, que, una vez finalizado, lo encontró a Marcos con una sonrisa y al resto con la tensión en los rostros.

Apenas se acercó el primero para despedirse, ya Marcos había alzado el bastón, sosteniéndolo atravesado a la altura de la cintura, y había forzado el brazo para que Romina lo soltara, lo liberara.

Pasaron ocho por su lado, y de los ocho recibió el saludo antes de que fuera el Manotas quien se acercara con una sonrisa que fue correspondida con otra desde el rostro amigable de Marcos. Como buenos conocedores del asunto, los que se aproximaban detuvieron el paso, y los que se alejaban lo aceleraron, y solo algunos, entre los que no podemos contar al Manotas, pudieron ver con detalles la exactitud y la belleza del rápido movimiento con el que Marcos blandió el bastón, que dejó como estela un tenue silbido interrumpido por el líquido sonido del metal golpeando la cara del que hasta hacía instantes se jactaba de su sentido del humor.

El Manotas no cayó de inmediato ni de inmediato Romina dio el lastimero grito pidiendo clemencia por el atrevido. Tampoco de inmediato alguien se

atrevió a intentar detener a Marcos. Sorprendido aún por el impacto y buscando la fuente de ese dolor al que solo podía reaccionar llevando las manos a la cara, el Manotas recibió el segundo bastonazo, y con este sí se desplomó, ofreciendo mansamente su cuerpo a Marcos, quien, de un salto, estuvo a su lado.

Si alguien se hubiese tomado el trabajo de contar los golpes, hubiera podido sumar varias decenas. Palo tras palo encontraban en el cuerpo tendido el destino final, el sitio donde impactar.

Romina no soportó la visión y, antes de que los bastonazos sumaran la primera docena, tomándose el rostro que estallaba en llanto corrió, abandonando de una vez y para siempre la ilusión de ese amor. Manolo, animado solo por la confianza que tenía con Marcos, se acercó desde atrás para aferrarlo con violencia y, a los gritos, explicarle que ya estaba bien, que ya el Manotas y todos los demás habían entendido el mensaje de los bastonazos.

Con sangre emanando de todo el cuerpo y un par de huesos de la mano derecha rotos, el Manotas quedó allí tendido quejándose, sin que nadie se acercara a auxiliarlo sino hasta que Marcos, transpirado y agitado, diese media vuelta, volviera a apoyar la punta del bastón en el suelo y renqueara los primeros pasos alejándose del lugar.

Lentamente regresó a su casa, maldiciendo el momento en que aceptó subir a esa moto, maldiciendo a Adolfo por invitarlo a pasear y luego abandonarlo, maldiciendo a quien se había animado a burlarse de él y a todos los que, seguramente, lo harían de aquí en adelante, maldiciendo a Romina por ofrecerse de compañía en una caminata que nunca debería haber comenzado. Maldiciéndose llegó a su casa y entró sin decir palabra alguna a nadie. Sus

hermanos estaban enfrascados en una discusión acerca del programa de televisión que debía verse a esa hora, y su madre, en la cocina, permanecía abstraída en la lectura del fragmento de la Biblia que el pastor recomendó esa mañana en la misa.

Marcos pasó directamente al patio. No saludó y apenas si alguien percibió su presencia. Atravesó las cortinas, o los jirones sucios y grasientos que de ella sobrevivían a varios años de servicios en ese mismo umbral, y se sentó sobre los ladrillos que hacía casi un lustro el padre había depositado allí con la promesa de que se convertirían, a pedido de la madre, en un cantero que demarcaría y decoraría el jardín que daría color a ese patio que ahora lo había perdido definitivamente, entre plásticos tirados y bicicletas rotas, entre objetos acumulados sin orden ni prioridades.

Allí se sentó Marcos y hasta él llegó uno de los dos perros, compañeros serviciales de la familia con la que compartían fríos, hambres y otras escaseces. Acariciándole la cabeza y permitiendo que se acurrucara a sus pies, se quedó así por casi una hora, y por casi una hora repasó los últimos meses y los meses previos a la caída de la moto, las búsquedas infructuosas de un trabajo, las imposibilidades que la renquera agregaba a su escasa preparación, a los mínimos estudios que había completado.

Por primera vez se sintió absolutamente impotente, y si no hubiese sido por el cansancio general y el adormecimiento particular de su pierna derecha, se hubiera incorporado para tomarla a bastonazos contra toda esa mugre que se acumulaba a su alrededor, contra esas paredes que se convertían en prisión, contra sus hermanos, contra su madre y contra hasta los dos perros, a ver si de una buena vez podía descargar todo eso que se le acumulaba y que la golpiza al Manotas apenas si había podido disminuir en un décimo, quizás

un centésimo.

Sobre el piso de tierra frotó lentamente la punta del bastón hasta calar una breve e indecisa zanja sobre la que arrojó un escupitajo de saliva blanca y espumosa que brilló por el contraste. La doméstica muleta necesitaba algunos ajustes. Mañana le haría dos correcciones fundamentales. La primera sería la inclusión de un extremo inferior también de metal, algo cónico que le diera fortaleza y rematara en punta, algo que, definitivamente, tuviera la capacidad de herir la carne. La segunda modificación consistiría en rellenar el mango con arena, aunque el plomo sería lo mejor, para que no volviera a suceder que su golpe fuera incapaz de derribar a una persona a la primera.

Con la palma de la mano, cariñosamente, apartó al perro de entre sus piernas para poder, lento, cansino, ponerse de pie.

Una sonrisa se dibujaba en el rostro del que recomenzaba los movimientos, del que volvía a dar los primeros pasos como si recién aprendiera. Regresó al interior de la casa. Su madre ya no leía. La Biblia descansaba cerrada sobre la misma mesa en la que ahora la mujer amasaba una mezcla blanca que prometía convertirse en pan horneado. En la sala, arrellanado en uno de los sillones destartalados, el menor de los hermanos veía televisión, apuntando al aparato con el control remoto como un guardia presto a disparar.

Marcos llegó hasta la habitación donde su otro hermano, el que le seguía en edad, se había decidido a dormir una siesta tardía. Buscó entre los cajones del viejo armario de madera la ropa que se pondría. Vestido con su pantalón, su camisa y su pulóver más nuevos, salió para llegar hasta la cocina, donde la madre acomodaba dos pedazos de masa en el horno. Sin que mediaran explicaciones, le pidió a la mujer dinero.

Ella se limpió las manos con un trapo y él siguió los movimientos de esos dedos, especialmente los de la mano derecha, que se perdían el interior de la blusa, hurgaban cerca del pezón derecho y volvían a aparecer aferrando un manajo de billetes del que solo desprendió uno que al instante desapareció en uno de los bolsillos traseros del pantalón de Marcos.

Una vez devuelto el manajo de billetes al calor del pecho materno, la mujer estiró los brazos para alcanzar la cabeza de su hijo y forzarla a que se inclinara un poco. Besó esa frente como tantas otras veces lo hizo antes y bendijo al primogénito pidiéndole al Señor, a su Señor, que lo acompañara. Marcos se apartó suavemente agradeciéndole el gesto a su madre y deseando ver llegar el día en que ella ya no hiciera eso y, mucho menos, concurriera a esa iglesia. Al pasar junto al menor de los hermanos, lo despidió con un suave golpe del bastón en la pierna. El otro solo agitó un par de veces la mano que sostenía el control remoto.

Afuera, las sombras se habían estirado y la tarde comenzaba la despedida. Poco le importó que Romina, conversando en la vereda con otras dos amigas, le negara el saludo. A paso lento y sustentado en el bastón, caminó las tres cuadras que lo distanciaban de la parada de colectivos. Intercambió reverencias con los vecinos con los que se encontró en el camino y hasta mantuvo una breve charla con uno que estaba en la parada y con quien compartió la espera. Sin embargo, a pesar de toda la jovialidad que había demostrado hasta ese momento, una vez arriba del colectivo se ubicó rápidamente en uno de los asientos individuales y su mirada, perdida en el paisaje detrás del cristal, inhibió cualquier continuidad del diálogo.

Casi tres horas duró la primera salida de Marcos después del accidente. Su madre, extrañada de que volviera tan temprano, calculó de inmediato si la

cantidad de comida alcanzaría para cuatro raciones con repetición. El menor, quien todavía ostentaba su nombre y no será hasta dentro de poco que reciba el mote de Verdura, seguía tirado en el sillón, pero ya sin el control remoto entre las manos. El otro hermano, Miguel, estaba en la habitación aún con el cuerpo húmedo por el baño que acababa de darse, y hasta él fue Marcos.

Mientras Miguel terminaba de secarse y se vestía con cuidado, el rengo se sentó en una de las camas para preguntarle si iba a salir. Y como el cumpleaños de una compañera de escuela en uno de los barrios inmediatos era el destino de Miguel, Marcos metió la mano derecha por debajo del pulóver y del bolsillo de la camisa extrajo un porro que arrojó hacia adelante para que su hermano lo atajara en el aire. Sin permitirle preguntas, le sugirió, aunque casi en tono de orden, que convidara eso a sus amigos y que difundiera que, a partir del día siguiente, cualquiera podía conseguir esa mercancía a muy buen precio en la casa de dos colores.

II - Los Gómez

Diez años tenía el Verdura (aunque aún no se lo conociera por ese apodo, preferiremos usar este a su verdadero nombre, tan ajeno a él mismo) cuando vio por primera vez un cadáver. Él solo había escuchado el llanto y los gritos de su madre, los insultos de Marcos, las preguntas insistentes de Miguel, y no alcanzaba a entender del todo lo que sucedía, porque era de madrugada, apenas si algún que otro rayo de sol se animaba a dar color y forma a las descoloridas y amorfas casas del barrio y ya el alboroto había colmado las paredes, ya estremecía los ladrillos y los revoques carcomidos de humedad y descascarados por los golpes. Alguien de la envasadora, seguramente algún segundón, había hecho sonar el timbre para despertar a Beatriz, a quien nosotros oiremos nombrar, la mayoría de las veces, como doña Bety, y ella despertó a Marcos, porque no se animaba a abrir la puerta a esa hora.

Fueron juntos hasta la ventana que daba a la calle y, asomándose apenas por entre la cortina, preguntaron quién era y qué quería a esa hora, o al menos eso hacían entender con dos o tres palabras.

El hombre de pie en la vereda se acercó al vidrio y preguntó por la familia Gómez y, tras confirmar que había llegado al lugar indicado y que no le quedaba más remedio que cumplir con su encargo, pidió hablar con la señora de Gómez, porque de él, de Mariano Gómez, su esposo, se trataba lo que debía comunicar. Después vinieron los gritos, los insultos, las preguntas insistentes. Recién entonces, y para instalarse por largo tiempo, apareció la desorientación del Verdura, porque fue el único que no alcanzó a comprender del todo el mensaje del chasqui.

Diez años, como ya se dijo, tenía el Verdura cuando vio por primera vez un cadáver humano, y justo vino a ser el de su padre, ajusticiado en nombre de la tecnología por una máquina que no quiso responder a sus órdenes.

Con el pecho hundido por el golpe que le quitó los suspiros, el padre parecía más delgado que la última vez que lo vio, la noche anterior, antes de que se fuera a trabajar. La palidez de Mariano Gómez se le antojó al Verdura como la de la goma de borrar que usaba en la escuela, y hasta quizás le causó gracia pensar que Gómez terminara pareciendo una goma, pero solo quizás le haya causado gracia, porque en ese momento no tenía mucha capacidad para discernir si lo que estaba viendo y sintiendo era cierto o si apenas se trataba de una sucesión de ilusiones que amenazaban perpetuarse.

Esa tarde, en el cementerio, por fin el Verdura dejó escapar algo parecido a un llanto por un muerto, y si bien lloraba, no lo hacía por su padre, que comenzaba a ocultarse de una vez y para siempre debajo de la tierra, sino por

la madre, por doña Bety, quien, abrazada y sostenida en pie por su hermana, no parecía consolarse con la partida del marido hacia los brazos eternos de ese dios al que lo encomendaba a cada rato, acompañada por una parte del rebaño del pastor Joaquín, el mismo que, ya entrada la noche, en la misa vespertina, pediría frente a toda la grey por el descanso del señor Gómez, ya a la diestra de un dios muy parecido al de doña Bety pero con más diezmos en su haber.

El Verdura, en definitiva, no pudo entender muy bien lo del padre sino hasta que, pocos días después de cumplir los once, doña Bety dio unos aullidos similares a los de aquella mañana en la que el mensajero de la envasadora hizo sonar el timbre. Esta vez también hubo un sonido prolongado y agudo, un diálogo breve y los aullidos. Las corridas, el encargo a la vecina de al lado para que cuidara al más chico, porque ella se iba, así, mal vestida y llorando como estaba, al hospital con el Miguel, porque al Marcos lo llevaron en ambulancia junto con el Adolfo.

A Adolfo lo velaron en una sala en el centro, lejos de su casa y de la carnicería, que permaneció cerrada durante varios días por el duelo. Esa vez, el Verdura asistió a su segundo velorio, pero ahora no había ningún muerto, o mejor, lo había adentro de la caja de madera, cerrada y sellada debido a la contrariedad de exponer un cadáver con la cabeza destruida, lo que le impidió dos cosas: la primera, comprobar si este también estaba blanco como la goma de borrar, aunque, si no era Gómez, las probabilidades eran escasas, y la segunda cosa que le prohibió el hermetismo que rodeaba al muerto fue ver, verificar que eso que enterrarían era el cuerpo de Adolfo. Al no poder confirmar la existencia de la muerte, se llevó la duda, que lo acompañó el resto del día y ya no pudo quitársela de encima. La idea de la ausencia definitiva, sin vueltas atrás de Adolfo, y esta despedida sin última visión de un cuerpo que más parece dormir que estar comenzando su putrefacción le vinieron a corroborar que la muerte llegaba, y de las maneras más insospechadas.

Ese año, las maestras sí pudieron ver en él los cambios que vaticinaron como posibles en la conducta del Verdura luego de la muerte de su padre, aunque, según una de ellas, tan atrasados que pareció que el niño hubiera sentido más la muerte del vecino y la internación del hermano que el fallecimiento del padre. Anduvo un tiempo triste, cabizbajo, callado, pero al cabo pasó al otro extremo y fue más gritón que nunca. Golpeó a dos compañeros en una misma hora de clase y ya ni siquiera hacía las tareas, mucho menos estudiaba, por eso repitió el año, el que marcaría el extremo al que llegaría su educación escolar.

Cada uno por su lado, el Verdura y Marcos, comenzaban casi al unísono el proceso que construiría sus vidas y sus muertes, porque poco tiempo después de que caiga de un balazo el menor de los Gómez, un balazo ordenado por el mayor y ejecutado por el del medio, los dos integrantes de la familia que sobrevivieron a la guerra contra los del Mono Oviedo no podrán hacerlo en la que se vendrá, tras los cinco cadáveres desperdigados por todo el barrio, contra la policía, porque esa tarde, la misma tarde de la celebración del Día del Niño y de las carreras y las ejecuciones, de inmediato un juez ordenará las *razzias*, las detenciones, los disparos a ultranza si es necesario.

Mientras que Marcos ajustaba los detalles de su bastón, organizaba lentamente su ejército y comenzaba con la venta callejera de drogas, el Verdura golpeaba a sus compañeros, amenazaba a los quiosqueros para que le regalaran caramelos y organizaba los Mataperros, todo en compañía del Negro, con quien ya miraban como a un futuro aliado al Rosita, un gracioso espantapájaros que acababa de llegar al barrio y ya era famoso en la escuela por pegarle a una maestra una cachetada cuando ella intentó llamarle la atención en la formación de izamiento de la bandera.

Fue sobre el final de ese año cuando el Verdura se tiñó el pelo. El dinero para la tintura lo obtuvo fácilmente, solo tuvo que insistir molestando lo suficiente a Marcos como para que este, al fin, terminara cediendo y sacara de un bolsillo el billete. En medio de los gritos de la madre contra el hermano mayor, protestando porque le había dado al niño lo que ella no quiso darle, lo que ella le negó porque para nada le gustaba la idea del cambio en el aspecto de su hijo menor, el Verdura salió corriendo y fue directo a la farmacia donde, a través de las rejas que protegían de los robos a los empleados y la caja registradora, compró el más brillante de los rubios.

Solo y encerrado en el baño, siguió con dificultad las instrucciones de colocación. A cada instante se miraba al espejo para controlar, paso a paso, el proceso de transformación de ese morocho en un rubio. Cuando por fin salió, después de resistir durante casi una hora las presiones del resto de la familia para que desocupara de una vez el baño, el Verdura lucía una cabellera amarilla, extremadamente amarilla, que hacía un particular contraste con el color de su piel, lo que le daba, en definitiva, una belleza que sorprendió a todos, especialmente a sus propios compañeros de banda, al Negro sobre todo, que fue quien le espetó lo de que parecía una mujer, una mina, le dijo. El Verdura solo respondió proponiendo que el Negro le preguntara a su madre si él era o no hombre, ante lo que el otro replicó que iban a tener que esperar, porque seguramente todavía ella debía estar revolcándose de risa por el miserable espectáculo que el Verdura diera con su breve pene. De inmediato, los dos intercambiaron más insultos, hasta que el Negro, con un golpe nada suave en el hombro de su compinche, lo invitó a que se dejaran de pavadas y fueran a reunirse con los Mataperros.

La nueva cabellera del Verdura causó la impresión que él esperaba, y por esa tarde fue el centro de atención muy a su gusto, no como al día siguiente, cuando, de una vez y para siempre, recibió el mote que ya le conocemos y con

el que nos hemos referido a él permanentemente, aunque recién ahora podamos entender el porqué.

Esa noche, el Verdura cenó bajo las protestas mínimas de doña Bety, quien, aun reconociendo que ese color le quedaba mejor que el negro desteñado original y hasta se veía más lindo, hubiera preferido que no lo hiciera, porque, y este era el argumento más sólido que esgrimía, todavía era muy chico para hacerse eso en la cabeza.

Sonriente, pues, se acostó el Verdura, pensándose casi como una estrella de cine, un héroe de película a quien le hace más favor el aspecto que la valentía, que ya se sabe que, en la ficción, todo el arrojo del que se atavían los paladines es puro camelo.

La primavera ya estaba adentrada. Octubre era, como las estaciones lo signan, un mes de amaneceres cálidos y tempranos. Desde mucho antes de que alguno de los de la familia se levantara, ya el sol hacía lo suyo. Por eso y por el servicio que su reluciente y blondo cabello requería, lo primero que hizo el Verdura esa mañana fue darse una ducha, prestando especial atención a la limpieza de la cabeza. Dos veces acondicionó, después del champú, su nueva melena con el enjuague para cabellos teñidos que su madre usaba.

Con el pelo aún húmedo, desayunó acompañado de Miguel, quien por entonces prometía por sus buenas calificaciones, y juntos salieron, cada cual con sus útiles, y el Verdura hasta sentía deseos de llegar temprano a la escuela.

Tal como era de esperar, sorprendió a los compañeros la claridad que irradiaba el menor de los Gómez desde su cabeza. Incluso, no faltó la maestra

que creyera ver en esa mutación una buena señal. Pero, en fin, sabemos que los hechos que relatamos no son ni intentan ser felices. Sabemos que el Verdura va a terminar liquidado por un disparo ejecutado por su hermano Miguel, el mismo que ese día, el de la llegada rubia del Verdura a la escuela, va a conseguir un ocho en una prueba de Geografía, el que lo acompañó hasta la puerta del colegio después de que el orgulloso teñido se duchara, concentrado más en su cabeza que en sus testículos. Sabemos también que el reciente rubio no pasará nunca del sexto año, que abandonará la escuela para siempre y se dedicará a consolidarse como líder de una banda. Y sabremos ahora que por vaya a saber qué reacciones químicas, será esta la última jornada escolar del Verdura y será este el primer día en que lo llamen así. Porque cuando el calor del aula evaporó los últimos rastros de humedad, las matas secas se revelaron de un sutil tono verde, una especie de amarillo desteñido que mutó convirtiendo la cabeza del muchacho en un vergel.

Las bromas que siguieron las soportó con estoicismo. Sucesivamente, le dijeron que parecía un jardincito, una lechuga (a punto estuvo de ser rebautizado con ese apodo), un olmo, hasta que uno de séptimo generalizó las impresiones y lo llamó Verdura. Aceptó que a partir de ese momento todos lo identificarán así, pero quedaba la ira. Durante toda esa mañana había tenido que resistir ser el centro de las chanzas, justo él, un especialista en detectar errores ajenos y hacerlos resaltar. Justo a él, conocedor de lo que un defecto destacado producía en el destinatario. Tras toda una mañana de burlas, de alguna manera había que lograr descargar la rabia acumulada, y fue un despistado de tercero el que con su mofa se ofreció como objeto de catarsis. En el último recreo, mientras el Verdura trataba de ocultar su cabeza con una gorra que el Negro consiguió prestada, escucharon que a sus espaldas una voz aguda preguntaba, a propósito de la gorra, si habían conseguido bolsa para llevar la lechuga.

La carrera para atrapar al minúsculo atrevido fue breve, tanto que el que huía no alcanzó a llegar hasta donde estaban las maestras, en el otro extremo del patio, y recibió la golpiza en el medio de la cancha de baldosas rojas.

Doña Bety lloró e imploró ante la directora para que el Verdura permaneciera en la escuela, al menos hasta terminar el año. Pero el niño ya tenía su buen prontuario y los padres del alumno de tercero, atendido en esos momentos por médicos de un servicio de emergencias, pedían su cabeza, a la que se podía agregar la de la directora si permitía que él continuara asistiendo a clases allí.

No es este el momento ni el lugar para comenzar una polémica sobre si el universo y los acontecimientos que en él se manifiestan son producto de un determinismo que los controla, si los hechos son consecuencia del mero azar o si los hilos humanos y cósmicos son manipulados por uno o cientos de demiurgos que no juegan dados. Pero lo cierto es que esa mañana debía ser, como desenlace de sus propias causas, como ventura de lo aleatorio o como predestinación celeste, la mañana en la que el menor de los Gómez dejaría de ser el menor de los Gómez para pasar a ser el Verdura. Y esta mutación no sería exclusivamente nominal, ya que la imposibilidad de continuar en la escuela, seguida del incidente del que seremos testigos en instantes, sería el comienzo del fin del niño.

Apenas salidos del colegio, doña Bety, con el rostro y el alma húmedos de dolor y cansancio tras tanta imploración y llanto, y el Verdura, mirando hacia abajo en actitud, solo actitud penitente, porque en ese momento le era más urgente darle solución al color de su cabellera que pensar en el distante e imaginario futuro, tomaron la ruta más breve hacia la casa en la que Marcos, desde hacía unas semanas, comerciaba las mercaderías prohibidas para las

fugas hacia mundos tan ilícitos como destructivos.

Madre e hijo caminaron dos cuadras hacia el sur para llegar hasta la plaza que atravesarían por una de sus diagonales. Una cincuentena de árboles de varias especies se enclavaban en el centro del barrio para romper la monotonía cromática del gris que se abatía como predestinado sobre las casas, las personas y los perros. En el centro de la plaza, doña Bety volvió a dejar escapar un sollozo que la obligó a cubrirse la cara, mientras que el Verdura, imposibilitado de comprar otro pomo de tintura, avanzaba cabizbajo buscando alternativas que no pasaran por el rapado. Por eso, debido a que ambos mantenían la mirada dirigida hacia otras cosas más inmateriales que la vereda por la que caminaban, es que no vieron cómo les interrumpían el camino el Chirola y Damián.

Al primero, doña Bety lo conocía desde hacía muchos años, prácticamente desde que él nació, porque por ese tiempo ella colaboraba con los ingresos familiares vendiendo empanadas hechas con sus propias manos y nunca faltaba oportunidad para que los padres del Chirola le compraran una docena, quizás dos si tenían visitas. A Damián no lo conocía mucho, de hecho, pocas veces lo había visto, y era muy probable que hubiese venido a vivir al barrio hacía poco.

Lo concreto es que esa mañana ambos aparecieron de la nada, que sabemos que es solo una expresión, porque repentinamente saltaron a la vereda desde atrás de unos árboles. El Chirola blandía una pistola que parecía excesiva para su pequeña mano de huesos a flor de piel, una pistola negra, fría, enorme en comparación con esos dedos, y más enorme aún si se la cotejaba con la cabeza del Verdura, que es adonde fue a detenerse la pulida boca circular.

Imposibilitados de reaccionar, doña Bety y su hijo escucharon el recado que para Marcos llevaban esos dos: de parte del Gato, señora, que no se meta a vender por estos lados. Y, entre gritos y temblores, le explicaron que el barrio tenía dueño y que la próxima vez no habría avisos. En la próxima, el índice del Chirola no iba a detenerse en el gatillo, sino que retrocedería liberando el plomo que saldría destinado a explotar en el interior de esa cabeza verde.

Doña Bety no pudo ver hacia adónde corrieron esos dos, porque cayó de rodillas y allí, en el medio de la plaza y ante los insultos dispersados a los cuatro vientos por el Verdura, que sí siguió con la mirada la huida del dúo mensajero, se puso a rezar en voz alta pidiendo a su dios que no se distanciara, que por favor regresara y practicara uno de sus milagros, esos de los que tanto se habla en los libros, en el seno de la familia que ella debía, como madre y ante la ausencia del padre, mantener y guiar.

En un acto que por única vez le veremos realizar, el Verdura ayudó a su madre a incorporarse, le sirvió de apoyo, y juntos recorrieron el último tramo, las tres cuadras que los separaban de la casa de dos colores, tomados del brazo.

Al Verdura no le afectaba tanto el hecho de haber tenido el caño de una pistola presionado en la sien derecha. Lo que más le molestaba era que el imbécil de Damián, no conforme con la ofensa de la debilidad a la que lo había expuesto el dúo, hiciera notar y vociferara lo de la cabellera verde. Había que ponerle un coto inmediato a la situación, por eso, cuando por fin se quedó solo en la casa, tomó las tijeras de su madre y, frente al espejo y con la postrera ayuda de una máquina de afeitar, arrasó con todo rastro de la glauca melena.

Mientras el menor de los Gómez rasuraba su cabeza viendo amontonarse a su alrededor las matas que se desprendían desde la altura y caían levemente

como mantenidas en el aire por una amable brisa, doña Bety, con su Biblia, un bolso de mano con algunas pocas pertenencias y el escaso dinero que tenía, huyó para esconderse en la iglesia.

El mayor de los Gómez, con su renquera y el bastón modificado, se dirigió a lo del Gato. Sin prisa anduvo tres cuadras y luego cruzó la plaza. No estaba cansado, por el contrario, la ira le concedía más energías de las que habitualmente poseía. Sin embargo, se detuvo bajo un viejo paraíso y miró hacia la copa.

Ese instante de calma le sirvió para darse cuenta de que nada lograría enfrentando al Gato. Este ya había librado una pequeña guerra contra una antigua organización de vendedores a los que, sin mucho esfuerzo, erradicó del barrio, no por el poderío y la fuerza de sus huestes, sino por la extrema debilidad de aquellos, unos improvisados que tal vez pensaron que un negocio así podía mantenerse como si fuera un quiosco.

Revisando por un instante su estrategia de entrar en el territorio del Gato a bastonazos y, llegado el momento, esgrimir el 22 corto que ocultaba en la cintura, retomó el paso, lento como hasta entonces, pero convencido de que su irrupción no podía llevarse a cabo de esa manera.

Dos cuadras antes de la casa donde el Gato operaba, ya nadie había en las calles. Si bien el amedrentamiento a la madre y al hermano de Marcos sucedió sin testigos aparentes, para entonces casi todo el barrio sabía de lo sucedido o, al menos, conocía la versión que, no exenta de distorsiones y agregados espectaculares, circulaba. Por eso, el cansino andar del rengo hizo prever que de un momento a otro comenzarían a perderse balas en el aire, balas a las que no hay quién se ofrezca como blanco involuntario.

Recién en la esquina de la casa del Gato había dos siluetas, una permanecía apoyada contra la pared, la otra se engrería, de pie al lado de la primera, con las piernas abiertas y las manos en la espalda, ocultando el revólver que Marcos presentía. Unos diez pasos antes de llegar hasta ellos, el mayor de los Gómez se detuvo y anunció que quería hablar con el Gato. Solo una seña del que aparentaba reposar contra el muro bastó para que el visitante se adelantara y, escoltado por ambos, recorriera los escasos cuarenta metros que los separaban de la puerta ajada y desteñida tras la que varios hombres armados los esperaban.

Alguien desde adentro (no pudo reconocerlo) les abrió la puerta, a la vez que otros dos mantenían, respectivamente, una 9 milímetros y un 38 apuntando directamente a la cabeza del recién llegado. Temeroso pero calmo, Marcos anunció que tenía su arma, la de fuego (que sabemos que el bastón es también un arma y, tal vez, la que mejor sabe utilizar), en la cintura. Desde atrás, una mano se le introdujo por debajo de la remera para quitarla de allí.

Desde la penumbra del pasillo que conducía a las habitaciones, el Gato apareció mostrando una sonrisa que, antes que una bienvenida, era la mueca triunfal del vencedor ante el derrotado. Se acomodó en un sillón a la distancia suficiente como para que un sorpresivo bastonazo no lo alcanzara y, como si fuera una simple consulta pero con toda la intención de una orden, preguntó si dejaría de vender en el barrio. La sonrisa del Gato desapareció en el mismísimo instante en que de la boca de Marcos salió un no sin margen para interpretaciones ni dudas.

Sin quitarle la vista de encima y volviendo a calcular la proximidad del bastón, el Gato, casi murmurando, aseguró que, entonces, no quedaba otra posibilidad que la de decidir esto en las calles, o quizás ahí mismo, con un

simple balazo.

Marcos no era un estratega, pero con la confianza que le daba el solo hecho de haber llegado hasta allí y estar de pie ante su enemigo, un enemigo al que, sabía, lo asaltaban más dudas que certezas, más temores que seguridades, expuso un improvisado plan en el que, de acuerdo con sus pretensiones de no vender más que marihuana y solo la suficiente como para que el negocio redituara una escueta mensualidad, proponía que el Gato continuara comercializando su mercadería, incluso las yerbas, pero liberara unas diez cuadras donde el rengo pudiera distribuir sus yuyos, solo yuyos, dejando el mercado de otro tipo de drogas a los actuales vendedores.

Hubo un silencio al que se sucedió un diálogo en el que el Gato mostraba, sin mucha convicción, sus objeciones, y Marcos insistía haciendo hincapié en su voluntad de acordar y en el sucinto territorio que reclamaba para su modesto negocio.

El lisiado no quitaba la vista del Gato y, sin embargo, percibía, apenas con el rabillo del ojo, cómo las tensiones a su alrededor habían disminuido. El aire parecía más respirable y él se insuflaba de confianza como para no rendirse ante las negativas cada vez más débiles de su rival.

Casi veinte minutos duró lo que algunos podrían calificar de reunión cumbre entre los dos líderes, y fue el mayor de los Gómez el que salió mejor de lo que lo había pensado, porque, al momento de aceptar y de delimitar el campo de acción de su antiguo oponente y, a partir de ahora, casi socio, el Gato había establecido como territorio de trabajo de Marcos cuatro cuadras hacia el norte, cuatro hacia el sur y tres hacia el oeste respecto de la plaza, lo que le daba al rengo un espacio de acción mucho más amplio de lo que había

pensado.

Mientras se estrechaban las manos, sonriendo y casi emocionados, Marcos le pidió, sin sutilezas, que no volviera a amenazar a nadie de su familia, que el negocio era suyo y, por lo tanto, también los riesgos. Y que en caso de que eso volviera a suceder, no regresaría para negociar, sino para agujerear todo con balas. El Gato, sin dejar de sonreír, explicó que si el rengo volvía a molestarlo o violaba el pacto, no habría amenazas, sino acciones directas.

El mismo personaje que antes le quitó a Marcos el revólver, ahora se lo devolvió confiado, y con una fórmula sin agresiones se despidió de él reconociéndolo casi como socio.

Las escasas cuadras que lo separaban de su casa transcurrieron a paso lento y compartiendo saludos con los pocos vecinos que, animados, se asomaban a la puerta para contemplar el milagro de verlo caminar de regreso.

El Verdura, sentado en el sillón de siempre, la cabeza pálida y brillante y el control remoto en la mano, preguntó a su hermano si los había matado. Marcos solo pasó a su lado y le sugirió, en tono de orden, que no se metiera en líos, que ya había arreglado todo y que podía volver a caminar seguro por el barrio.

III - Mataperros

Bien sabido es que un acto por sí mismo no define a una persona. No basta con que se despida a alguien porque hurtó dinero o materiales de la empresa en la que trabaja para que ese alguien deje de robar, como si el solo hecho de darle un escarmiento bastara para que aprendiera, como si de lección de geografía se tratase. Y ni hablar de desaforar a un legislador porque a los intereses de la gente interpuso los propios o de sancionar económicamente a un empresario que se quedó con un porcentaje del presupuesto. Por supuesto que lo que sí se logra es emitir un simple y a veces efectivo mensaje a los que quedan, un mensaje, a la vez, dual, porque claramente se puede interpretar que eso del hurto no debe hacerse o que, en todo caso, debe hacerse de manera tal de no ser descubierto.

Sea como sea, no es este el momento para analizar denotaciones y connotaciones de los mensajes verbales, de las acciones o de los símbolos. Antes que eso, busquemos volver a la primera proposición y crucemos la información con lo que al Verdura le sucedió apenas un día después de teñirse el pelo de rubio, regresemos a la mañana en la que todo el esplendor logrado por el menor de los Gómez se fugó, junto con el agua jabonosa, por el desagüe. Y el momento al que pretendemos llegar no es el de la descarga de su ira contra un alumno de tercero ni al de la consecuencia inmediata de la expulsión, tampoco al del llanto de la madre o al de las recriminaciones que de su impotente boca salían. Detengámonos en la pistola que el Chirola esgrimía como extensión de la mano, en el caño que, como undécimo dedo, se apoyaba en la sien del Verdura con la promesa de una bala.

Para doña Bety, esa pistola en la cabeza de uno de sus hijos fue demasiado, por lo que, apenas de regreso a su casa, no tuvo más que la fuerza suficiente como para increpar a Marcos por su maldito negocio, amontonar el par de objetos más preciados, urgentes y necesarios en un bolso y encaminarse hacia la iglesia. Allí, más calma y serena, mantuvo una extensa conversación con el pastor, a quien acompañaron, sumándose por momentos a la profusión de consejos, su esposa, dos fieles que se habían acercado a orar y que se quedaron para aportar lo suyo y el contador, que oficiaba, además, de mano derecha del pastor, encargándose de los servicios religiosos cuando aquel estaba ausente.

Por otro lado, y tal vez para confirmar lo que sin pompas anunciáramos sobre la influencia de un hecho específico en la vida de una persona, estuvo la reacción del Verdura, la que viene, en todo caso, a demostrarnos que las consecuencias que se derivan del hecho no están en el hecho mismo, sino en la historia de las personas a las que atraviesa. Mientras que la madre emprendió la huida para ocultarse tras plegarias y ruegos a demiurgos

inmateriales, el hijo menor se vio herido en su vanidad por el comentario aislado y escasamente violento acerca de su pelo verde.

Con la cabeza rapada y el control remoto entre las mano, escuchó a su hermano anunciarle que no corría peligro y que todo estaba solucionado con el Gato, que olvidara lo de la amenaza y que por ninguna razón se le ocurriera intentar vengarse. Si bien estaba próximo el tiempo en que ni siquiera la palabra de Marcos podría detenerlo, todavía ese momento no llegaba, por lo que el Verdura contuvo su furia, siguió viendo televisión y se prometió, desde lo más íntimo, no intentar materializar la saña que contra el Chirola y Damián bullía en su sangre, aunque sin dejar de ansiar el momento en que los burlones perdieran la protección y el amparo de quienes los rodeaban para, entonces, tomar la revancha. Y se dispuso a esperar, aunque ese día estuviese aún muy lejos.

Serán el Mono Oviedo y su grupo, algunos años después, quienes obligarán al Chirola y a Damián a despedirse del mundo. Y el Verdura lo celebrará lamentando no haber sido él quien lo hiciera pero honrando la forma en que los insolentes serían ajusticiados. Porque como el Mono necesitaba dar un buen golpe para que todos supieran que él no venía a jugar, entonces, el Chirola y Damián van a caer junto al Gato de una manera muy obvia, a fuerza de balazos, nada de otro mundo pero muerte al fin y venganza indirecta del menor de los Gómez.

Pero, por el momento, el Verdura solo masticó su bronca, siguió viendo televisión y allí se quedó. Ni siquiera quiso comer los fideos que Miguel preparó al regreso de la escuela, obligado por la ausencia de la madre, a la que suponían en la iglesia rezando.

Doña Bety volvió por la tarde a la casa para buscar lo que no había cabido en el bolso, discutir con los dos hijos mayores acerca de lo que para ellos era solo una supuesta bondad del pastor y gran parte de la grey e intentar en vano llevarse con ella al Verdura, que no se movió en ningún momento del sillón en que estaba y, como toda acción, se la pasó, mientras a su alrededor los gritos de la madre menguaron lentamente, más a fuerza del cansancio que de la resignación, operando el control remoto del televisor para saltar de canal en canal, aumentar el volumen cada vez que los alaridos le impedían escuchar y disminuirlo si la discusión mermaba o se trasladaba a otro ambiente de la casa.

Por fin, la mujer se retiró de la vivienda seguida por Miguel. Más comprensivo, el segundo de los hijos la acompañó hasta la calle ayudándole con los dos bolsos con ropa que doña Bety rescató después de los gritos y de las negativas del Verdura de acompañarla. En un auto que se mantuvo estacionado frente a la casa durante todo el tiempo que duró la discordia puertas adentro la esperaba una pareja joven, un hombre y una mujer que, prestos, descendieron para tomarla de la mano y ayudarle a acomodar los petates y su propio cuerpo en el asiento trasero.

Miguel se quedó aún un momento parado allí cuando el auto que transportaba a tres personas y dos bolsos desapareció en la primera esquina, como si el vehículo en el que se fugaba su madre todavía estuviese a la vista, como si se perdiera en la línea de fuga que el atardecer comenzaba a pintar de rosado, y hubiera sido cinematográficamente bello guardar esa imagen en un plano amplio que lo tuviera a Miguel en el centro, apenas un poco hacia la izquierda, mientras en el fondo las sombras se estiraban lentamente hasta él, casi como queriendo engullirlo, con un sobreimpreso que anunciara el fin y unos acordes melancólicos que ayudaran a dar clima, tal vez, aportando esperanzas.

Pero mucho antes que un posible final de película, lo sucedido apenas si era la continuidad de la historia que recién empezaba. En una generalización que quizá puede ampliarse, la desaparición del auto en la primera esquina y, consecuentemente, la esfumación de doña Bety fueron el punto de partida, el hito a partir del cual ya el Verdura no daría marcha atrás.

Esa noche, los tres hermanos cenaron juntos por última vez. Marcos, encabezando una paupérrima mesa provista apenas de fideos sin más acompañamiento que la común y elemental sal, recriminó al menor que se hubiera quedado en la casa y lo conminó a no meterse en más líos de los que ya tenía. Fue claro y concreto cuando le dijo que él mismo se encargaría de escarmentarlo si sus acciones entorpecían el negocio o creaban algún tipo de conflicto con el Gato o sus hombres, y le garantizó el mantenimiento vital, la necesaria provisión de comidas diarias y el mínimo sustento económico.

También redistribuyeron la casa, porque, a partir de esa noche, Marcos ocuparía la habitación en la que hasta entonces había dormido la madre, donde quedaba estrictamente prohibido el ingreso de cualquiera de los otros dos sin autorización, y mucho menos en ausencia del ocupante. Miguel y el Verdura compartirían más espacio en la pieza en la que durante años se habían amontonado las tres camas y los tres cuerpos de los hermanos Gómez.

Cuando por fin la cena concluyó y la situación privilegiada de Marcos se impuso a los reclamos que especialmente el Verdura hizo sobre ventajas injustificadas, cada uno tomó su rumbo. El mayor se concentró en trasladar sus ropas y otras pertenencias a la habitación abandonada por la madre, el mediano se fue a la calle a cumplir con el encargo de convocar a una reunión inmediata a los que trabajaban para el rengó, mientras que el menor volvió a su sitio en el sillón, frente al televisor, de donde sería desterrado casi al promediar

la medianoche, porque a esa hora llegaron, tal como lo había ordenado Marcos, el Manotas y Exequiel, los dos primeros vendedores (además de Miguel) en el negocio que, por fin, comenzaba a instalarse más sólidamente, la empresa que, ahora sí, sin la presencia de doña Bety, prometía un futuro para ellos.

Refunfuñando, masticando maldiciones y prometiendo venganzas, el Verdura tuvo que abandonar el sillón y fue a encerrarse a su habitación (una de las dos opciones que Marcos le dio; la otra era que se fuera a la calle, pero el niño no quería, al menos por esa noche, volver a salir, convencido de que no mostrarse por un día ayudaría a los demás a aceptar su nueva cabeza rapada, como si esa ausencia fuese capaz de borrar el recuerdo de la melena verde).

Sin siquiera quitarse la ropa, y mucho menos las zapatillas, el Verdura se tiró en la cama y durmió hasta casi el mediodía del viernes que siguió al jueves en el que se desencadenaron su expulsión de la escuela y la amenaza de una pistola en la cabeza. Al levantarse, el silencio reinante en la casa se le antojó como un mal augurio. Era como si nada se moviera allí ni en el resto del mundo. Como conjuro, fue directo hasta la sala y encendió el televisor. Recién entonces, roto el malhadado mutismo de los objetos, la casa no pareció vacía.

Era, momentáneamente, el único ocupante de la vivienda. Miguel estaba cumpliendo con su obligación de asistir a la escuela y Marcos había ido, aunque esto el Verdura no lo sabía, a renegociar el precio mayorista de su mercadería, porque ahora las cosas habían cambiado, el negocio tendría una continuidad y una seguridad con las que hasta entonces no había contado, lo que garantizaba un mercado en permanente movimiento que el proveedor debía comprender y contemplar en los precios.

Descubriéndose de repente solo entre esas paredes y sin poder soportar

tal idea, el Verdura, tomando como único desayuno un pedazo de pan que comería mientras caminaba, salió por fin, después de casi un día de encierro voluntario, a la calle.

Caminando lentamente, negando el saludo a algunos vecinos y afectando una hipócrita sonrisa ante otros, dejó atrás su calle, atravesó la plaza y se detuvo una cuadra antes de la escuela. Junto a un cantero se sentó a esperar. Sabía que el Negro pasaría por allí de un momento a otro, cuando por fin le permitieran retirarse de la escuela.

De a grupos pequeños comenzaron a aparecer los niños. Algunos, acompañados de sus madres, los más, a las carreras, a los gritos, a los empujones. Un grupo de alumnas de sexto, ahora ex compañeras del Verdura, se detuvo un instante para saludarlo y hacer un par de comentarios triviales pero graciosos sobre la jornada en el aula.

Una mujer, llevando de la mano a su hijo y escoltada por otros cuatro alumnos, obvió la presencia del desterrado escolar simulando estar concentrada en algo que sucedía más allá, pero en la misma vereda en la que estaba el expulsado. El Verdura, para confirmar el repudio que también él sentía hacia la mujer (una más de las que hasta ayer recurría a frases como pobre el menor de los Gómez, quedarse sin padre tan joven, hay que entender que no es un mal chico, sino que está triste, y por eso hace lo que hace, una más en el concierto de las que comentaron y opinaron sobre el griterío de ayer en la casa de dos colores y cómo esos tres degenerados iban a llevar a la muerte a doña Bety, sin siquiera vislumbrar que serían ellos tres los que morirían primero), para que ella supiera que tampoco él quería saludarla más y, en todo caso, buscaría a partir de ahora espantarla, lo mismo que a todas las de su condición, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Cuando estaba dando la tercera bocanada, identificó al Negro avanzando hacia él, detrás de un grupo de tres alumnas y dos alumnos, acompañado por el Rosita. Apurando el paso, los dos compinches se acercaron, y como si nunca hubiese existido el día anterior, como si, de hecho, nunca el Verdura hubiera ido a la escuela y como si hasta este encuentro hubiese sido planeado por los tres y no solo por uno, ambos se detuvieron y, sin saludar, el Negro dio la noticia de que el Rosita había aceptado ser parte de los Mataperros.

El grupo al que el Rosita se incorporaba tendría ahora cuatro integrantes, porque además de estos tres que se reúnen al mediodía del viernes posterior al jueves del pelo verde y la pistola en la sien, además del Verdura, el Negro y el Rosita, los Mataperros contaban con Joaquín, otro habitante del barrio, de la misma edad que ellos pero que, por haber sido expulsado en cuarto grado, cursaba sus clases en otra escuela, donde era considerado un buen alumno y, además, gracias a las amenazas de su padre y a las advertencias sobre lo que podía sucederle si de allí también lo echaban, había podido casi eliminar por completo los prejuicios que pendían sobre su cabeza desde el primer día.

Joaquín había logrado no solo preservar la confianza de sus maestros, sino también la de sus padres, quienes vieron cómo el cambio de escuela había sido beneficioso para el niño, sin siquiera sospechar que este, después de colaborar tendiendo y levantando la mesa y tras hacer las tareas de la escuela y de la casa, dedicaba el resto de las tardes a planear la cacería y el asesinato de perros, porque, sin eufemismos, metáforas, viejas acepciones o meras voluntades neologistas, los Mataperros se dedicaban a eso, a matar perros.

La idea original, como la mayoría de las ideas del grupo, incluso después de la incorporación del Rosita, que también tenía buenas iniciativas pero no tanto, fue del Negro. Había que organizar un escuadrón que se dedicara, con

técnicas cada vez más perfeccionadas, a deshacerse de los perros, no de todos, claro, sino solo de los que representaran un peligro para ellos, para los integrantes del grupo, o, simplemente, fueran perros alcahuetes, de esos extremadamente consentidos por sus amos y que viven protegidos en el interior de una casa a la que deben resguardar.

Los Mataperros, y el nombre sí fue idea del Verdura, a pesar de que nunca antes hubiera escuchado esa palabra y de que ignorara que el apelativo era exactamente aplicable a él y al resto de la banda, habían comenzado a operar hacía apenas unas semanas, después de que el Negro, caminando sin rumbo y sin sentido por la vereda de las cuadras más extremas del barrio hacia el norte, fue encarado por un ovejero belga que salió de la nada. Atónito, el Negro se pasmó en el lugar, arrinconado contra un portón metálico. Unos dientes babeantes se agitaban frente a él. Un hocico estirado lanzaba mordiscos al aire, a la vez que ladraba, y el ladrido no alcanzaba para cubrir el ruido que producían las mandíbulas al cerrarse.

Un hombre joven a quien el Negro conocía desde hacía tiempo salió corriendo desde una casa para aferrar al ovejero que se había escapado en un descuido, porque el dueño del mastín acababa de llegar de trabajar y, en el apuro por desprenderse del saco y del maletín que usaba a diario para sus ventas, había cerrado mal la puerta.

Tomando al perro del collar y mostrando una sonrisa preocupada, el hombre le pidió disculpas al Negro, pero como toda respuesta recibió una sucesión ininterrumpida de insultos dirigidos a él, al perro y a todos los parientes, sanguíneos y políticos, que tuviera en esta o en cualquier tierra.

Temblando aún e insultando todavía, el Negro cruzó el barrio. Apenas vio

al Verdura, que en ese momento estaba sentado en la vereda de su casa, le dijo que había que matar a todos los perros, y como el Verdura se negaba a aceptar que sus propias mascotas corrieran esa suerte, el Negro definió las características que un animal debía cumplir para merecer ser incluido en la lista que tenía en mente, mientras que el menor de los Gómez bautizaba, sin objeciones, al grupo, que de inmediato se ampliaría con la incorporación de Joaquín.

Como era de esperar, el primer perro eliminado fue el ovejero belga. Cinco días tardaron en concluir los preparativos para la primera acción concreta del grupo. La logística incluyó la vigilancia de los movimientos de la familia a la que pertenecía la víctima, la organización del plan y la obtención de las piedras y las bolillas de rulemán.

A partir de las observaciones cotidianas, descubrieron que el perro se llamaba Franki y que el dueño lo sacaba todos los días a la siesta, entre las dos y media y las cuatro, aproximadamente, a la calle para atarlo con una cadena al árbol que estaba justo frente a la puerta de la casa, unos cinco metros más allá. Indudablemente, la siesta era el momento adecuado para llevar adelante la operación, una operación que debía ser rápida y precisa, por lo que necesitaba de la acción presta y efectiva de los tres.

Durante la noche anterior al bautismo de fuego de los Mataperros, el Verdura llevó dos rocas redondeadas, de unos diez centímetros de diámetro, obtenidas en uno de los baldíos próximos al barrio, y las dejó junto al cordón de la vereda de la casa inmediata a la de Franki. Después del almuerzo, o mejor, después de la hora en la que se debería almorzar, porque, como es de suponer, para el Verdura el concepto de almuerzo se irá esfumando como el de familia y tantos más, cuando los tres se reunieron, cada uno traía los bolsillos llenos de

piedras relativamente grandes para sus manos, pero de perfecta manipulación, además de dos bolillas de rulemán, brillantes y pesadas, que Joaquín había conseguido extraer del taller de su padre y repartido la tarde anterior.

El plan era sencillo y sencilla fue su ejecución. Esperaron hasta las tres, se acercaron caminando despacio pero con normalidad por la calle, sin hacer mucho ruido, no para que no los escucharan los vecinos, sino para que Franki, que ya los había descubierto avanzando hacia él, no comenzara a ladrar antes de tiempo.

El primero en arrojar una piedra fue Joaquín. Sorprendido, Franki apenas si se quejó por el impacto que sintió en el cuello, y tal vez iba a comenzar a ladrar cuando la bolilla de rulemán arrojada por el Negro le dio en el hocico. El tercer proyectil, que era también una bolilla de rulemán, fue a pegarle en el rabillo del ojo derecho, y el ruido a hueso roto esta vez sí vino acompañado de un gemido infernal que pareció provenir de las mismísimas entrañas de la tierra, como si los tres niños estuviesen hiriendo algo más que un animal.

El perro se había quejado y no tardaría en salir el dueño, por lo que los siguientes proyectiles le cayeron como un chaparrón de verano. Claro que debía ser el Negro quien diera la pedrada de gracia, si es que la emulación de la frase se permite, por lo que fue él quien tomó una de las rocas depositadas estratégicamente por el Verdura la noche anterior y, desde muy cerca, ya sin temer a ese perro que no salía del asombro, quizá buscando con los gemidos la forma de pedir clemencia, la descargó con violencia sobre la cabeza de Franki, que cayó con la boca abierta, imposibilitado de más resistencia.

No conforme con la imagen de la derrota que el animal ofrecía, el Negro, sin poder reconocer y mucho menos preguntarse si su víctima ya estaba muerta

o si aún un hálito de vida le recorría el peludo cuerpo, le arrebató de las manos la roca que Joaquín ya apuntaba hacia el bulto y la descargó con el resto de la saña acumulada desde hacía días. Algunas gotas de sangre alcanzaron a mancharle el pantalón.

Tarde abrió la puerta el dueño del perro en el intento por salvar a la mascota, pero no lo suficiente como para no distinguir la silueta del Negro escabulléndose por la esquina, aunque de nada le serviría, porque ya no podría resucitar a Franki y porque nunca, por más loco que estuviera, intentaría perseguir a una banda de su barrio.

No tuvo el mismo efecto sobre la sangre del trío el segundo asesinato canino, y es que ya desde el primer momento las cosas no se planteaban siquiera de manera similar a la anterior. La próxima víctima de los Mataperros fue un caniche blanco al que signaron para el sacrificio solo por ser un perro malcriado al que sus dueños apañaban con mañas, bañaban y peinaban regularmente y, de hecho, comía mejor que ellos. Claro que para tomar la decisión no analizaron uno a uno estos motivos. Inclusive, la última razón ni siquiera fue enunciada ni pensada, antes que eso, fue sentida desde lo más profundo de las entrañas. Solo fue necesario que Joaquín lo propusiera, los llevara hasta el lugar donde había visto al perro en uno de los barrios de los alrededores, a más de quince cuadras de allí, y de inmediato comenzaron a planear cómo ejecutarían al perro.

Si el asesinato anterior adoleció de sutilezas y antes que el resultado de un plan pareció ser la repentina actitud de una turbamulta enloquecida y excitada por el olor de la sangre, este no fue menos burdo. Apenas dos días les llevó organizarse para ejecutar al faldero, y ese sencillamente fue el tiempo que tardaron en registrar la regularidad del paseo que Martita, la mayor de la familia

a la que pertenecía el caniche, realizaba todos los días cerca de las siete de la tarde, después de que una voz en *off* le anunciaba desde el televisor que su novela favorita continuaba al día siguiente y la invitaba a ver el próximo programa, convite que Martita no aceptaba porque a esa hora prefería salir con Clavi, que no era ni más ni menos que el caniche, que figuraba en los papeles de la veterinaria como Clavel pero respondía a los llamados realizados con aquel diminutivo.

El plan no poseía, justamente, mucha planificación. En el fondo de su casa, el Verdura obtuvo el hilo de acero, único material necesario para la acción, y el Negro aportó la pinza de mango rojo que sacó a escondidas de su padre.

No era necesario que los tres participasen en el secuestro del perro. Por el contrario, en caso de hacerlo, el grupo entero sería una multitud que despertaría más sospechas que si solo iban dos, y fueron el Negro y Joaquín esos dos, mientras que el Verdura debía aguardarlos en uno de los baldíos próximos, unas siete cuadras hacia el este, trepado a uno de los árboles que allí había y con todo listo para que cuando los otros dos llegaran solo fuese cuestión de ejecutar la acción y huir.

Tal y como lo previera el Negro, Martita, al verlos venir, alzó la guardia, no porque los conociera o porque sospechara lo que le esperaba al caniche, sino solo porque, a través de lo que decían en la televisión, en los diarios, en las radios, además de los comentarios de sus padres, de sus maestros de escuela y catecismo y de tanta gente más, sabía que debía desconfiar de quienes portaran una facha similar a la de esos dos que, de repente, tuvo a su lado pero que parecieron mucho más cordiales de lo que había previsto, porque se detuvieron y uno de ellos le preguntó cómo se llamaba el perrito mientras que el

otro se agachó y le hizo caricias a Clavi. Y Clavi respondió levantando aún más la cabeza, porque los mimos le gustaban, y entonces movió la cola, y Martita se sintió orgullosa de su hermoso perro y estaba empezando a pensar que esos chicos no eran tan malos cuando el que estaba agachado se incorporó repentinamente y ella sintió cómo la empujaba mientras que el otro le arrebató la correa de la mano.

Tirada en el piso, a Martita le costó reaccionar y entender que esos dos corrían llevándose a Clavi así, de esa manera, porque lo arrastraban de la correa y el pobre caniche no podía poner a tono su paso con el de quien lo obligaba a correr, entonces perdía el equilibrio, y antes que un perro parecía un pedazo de trapo del que tiraban como en un juego.

Nunca pudo decidirse a tiempo Martita por gritar para pedir auxilio o por correr tras los ladrones de perros, y cuando optó por fin por lo primero, ya las dos siluetas habían desaparecido de su vista, y con ellas Clavi, a quien encontrarían a la noche, y gracias a la información que con mucho cuidado les brindó un vecino, con el cuerpo todo lastimado por los golpes de la carrera a la que lo obligaron y colgando de un árbol con un alambre enrollado en el cuello, porque ese era el tan elemental plan, y tal cual lo ejecutaron los Mataperros.

Al ovejero belga, el dueño lo había enterrado en el fondo de su casa y, sin denuncia policial, pasó a ser casi una cuestión doméstica más, propia del barrio, y no hubo motivos para relacionar su asesinato con el del caniche, caso que sí trascendió.

La policía ayudó a descolgar al perro del árbol y el tema llegó a los medios de comunicación, pero las sospechas no tenían sobre quién recaer. Los padres de Martita eran empleados de comercio y los vecinos opinaban muy bien sobre

esa familia que no se metía con nadie. Por todo esto, la noticia no fue solo un recuadro escueto, abajo y a la derecha en página par, sino que ocupó varios centímetros en los periódicos de papel o virtuales y varios minutos en cada uno de los canales de televisión y en la mayoría de las emisoras de radio.

El dueño del ovejero belga conoció los pormenores de la muerte del caniche, pero la forma en que Clavi murió era tan distinta a la de Franki, que no se le ocurrió relacionar ambos canicidios hasta que los medios dieron a conocer la noticia de otro perro muerto en forma violenta en la zona. Esta vez, la víctima había sido un beagle, al que su dueña había dejado solo durante un momento en el auto mientras ella se bajaba a comprar pan en un negocio próximo a la casa de la familia de Martita. Cuando la mujer regresó, se encontró con una de las puertas traseras abiertas y con que Federico, el beagle, ya no estaba acostado en el asiento, que era la forma en que solía esperarla.

En vano lo buscaron y llamaron durante más de una hora la consternada propietaria y todos los que se ofrecieron a colaborar. Lamentando la soledad en la que se podía encontrar Federico vagando por las calles, con hambre y frío, aunque sin descartar la posibilidad de que hubiese sido robado, porque el perro no sabía abrir la puerta, al menos nunca antes lo había hecho, la mujer, su esposo y sus tres hijos pasaron la noche esperanzados en que alguien lo encontraría.

Durante el desayuno, a la mañana siguiente, estaban acordando elaborar carteles con una foto de Federico y el ofrecimiento de una recompensa para quien aportara datos o lo devolviera, cuando sonó el timbre.

Dos agentes de la policía preguntaron si eran, efectivamente, los dueños de un perro extraviado, pidieron algunas señas sobre las características de este

y el collar que llevaba puesto. Recién entonces anunciaron que había sido encontrado.

A falta de una morgue para animales, el cadáver de Federico había sido trasladado a la comisaría, y fue allí donde lo entregaron a sus deudos y dieron los detalles de la muerte y la forma en que lo habían hallado. A un ciclista que desde muy temprano comenzaba el entrenamiento rodando las rutas le llamó la atención, al acercarse a un viejo sauce, un cuero que había clavado en él, pero al pasar por al lado reparó en que no se trataba solo de un cuero, sino que todo el cuerpo de un perro era el que se sostenía como abrazando el tronco. Se detuvo y comprobó que al animal lo habían fijado al árbol con cinco clavos, uno en cada extremidad y el último atravesando al perro por completo, comenzando desde la espalda para aparecer por el pecho y así fijarse en la madera.

La llamada del dueño de Franki a la policía los puso sobre la pista de tres adolescentes y aportó datos acerca del barrio donde posiblemente vivían. Ya sumaban tres las víctimas de este grupo, por lo que era de esperar que hubiera más asesinatos, entonces, como las condiciones estaban dadas como para hacer de esto un tema de debate, uno de los periódicos publicó una columna dedicada a analizar las muertes de los perros y en un programa de televisión varios especialistas opinaron que los autores, imposibilitados de ejecutar su furia social sobre las personas responsables, trasladaban la ira hacia los animales.

Con mucho acierto, los especialistas identificaron que los causantes de las muertes caninas no buscaban más rédito que la venganza personal contra el sistema, e incluso un viejo militante de izquierda se animó a fantasear con que esta era otra etapa en la lucha de clases que el neoliberalismo con su política de empobrecimiento fomentaba y no podría detener, y hacía votos para que

estas nuevas formas de reclamo social se encarrilaran hacia la organización, en busca de la supresión de la violencia desmedida e injustificada, para que las aguas tomaran el cauce de la lucha social.

Poco de lo que decían en la televisión entendía el Negro. En tanto, Joaquín intentaba seguir el ritmo de las palabras mientras cenaba con sus padres, pero estaba más preocupado por disimular su participación en todo eso que en comprender lo que opinaban, aunque su familia ni siquiera sospechara que él podía estar involucrado. Pero el Verdura, a quien no le interesaba entender qué era lo que decían y no tenía que disimular nada ante nadie, por el contrario, hasta le venían ganas de contar con orgullo que era él uno de los responsables de las muertes, aunque su madre, todavía viviendo con ellos pero avanzando hacia el momento en que una pistola en la cabeza de su hijo menor y la palabra del pastor la hicieran decidir por la huida de la casa de dos colores, lo reprendiera, tal vez le diera una cachetada e intentara ponerlo en penitencia o, peor, llevarlo a hablar con la gente de la iglesia, que cada vez se ponía más insistente con eso de buscar cosas que hacer para estar el menor tiempo posible en las calles, el Verdura, a quien nada podía preocuparlo como a sus compañeros, prefirió permanecer en silencio y pensó que lo mejor sería, ahora que eran famosos, salir a pintar paredes con el nombre de la banda.

Aceptada la idea por los otros dos integrantes, el menor de los Gómez aportó la pintura (al cabo, no tenía más que buscarla en el fondo de su casa) y unos pinceles viejos pero útiles. La leyenda sintetizaba muy bien el mensaje y ponía en conocimiento a todos los vecinos de que, a partir de ese momento, debían comenzar a cuidar con mucho más celo a sus mascotas. Territorio Mataperros, fue la leyenda verde, del mismo verde que lucía la mitad del frente de la casa de dos colores, el mismo que lucieron varias paredes de la zona.

Era bastante engorroso tener que mover un tarro con la pintura, aunque fuera pequeño y cupiera perfectamente bajo cualquier campera, y como la posibilidad de obtener pintura en aerosol estaba muy lejos de sus finanzas, se conformaron con la veintena de paredes en las que inscribieron su sello. Convencidos de que el susto para los dueños de los perros duraría un tiempo, además de sentirse presionados por la policía, que ya tenía el dato de que eran tres y vivían en ese barrio, optaron, tras la breve disputa entre la propuesta de Joaquín y la resistencia del Verdura, por dejar pasar un tiempo, corto, pero tiempo al fin, antes de planificar otro trabajo.

No actuaron, pues, durante algunas semanas, pero convencidos de que cuando volvieran a matar, el nuevo asesinato tenía que dar más que hablar que los anteriores, ser de tal magnitud, tan morboso, que a la gente le diera asco, más asco que el que le hubiera podido producir la idea de un perro lapidado en la vereda de su casa, la de uno colgado de un árbol o la de ese otro crucificado con un clavo atravesándole el corazón. Y, por supuesto, fue al Negro, propietario de este apodo casi desde su nacimiento por ser, de entre todos sus hermanos, el de la piel más prieta, a quien se le ocurriera, por un lado, el próximo golpe, y, por el otro, convocar al Rosita para que fuera parte del grupo. Ahora estaba, por fin, cumpliendo con su deseo de incorporar al cuarto mataperro, y ya no faltaba nada, transcurridas algunas semanas desde el ataque al último gozque, para ejecutar el próximo golpe que, con la participación del nuevo miembro, sería el último, porque después de eso se les vendría encima la policía y ya sería más que peligroso intentar siquiera volver a apuntar a alguna mascota.

La última acción de los Mataperros, la cuarta, la realizaron después del tiempo de descanso con el que pretendieron sacarse de encima la molesta mirada de la policía y las peligrosas sospechas de Marco y del Gato, pero fue tan excesiva que, contra lo que el Verdura y el Negro pretendían, el grupo, a los

pocos días, tuvo que disolverse, y tras esa dilución perdieron también a Joaquín, quien decidió que ya había sido suficiente.

Es que el cuarto canicidio trajo aparejado el refuerzo de los controles en el barrio y, con mayor intensidad, en los alrededores de la zona. Proteger a las mascotas pasó a ser parte de la consigna que tuvieron las patrullas que merodearon por los caseríos durante mucho más tiempo de lo esperado, bastante más de lo habitual.

Los autos de la policía, que ya eran parte del paisaje habitual, ahora estaban en permanente movimiento por esas calles, y esta presencia derivó en una dificultad más para el Gato y sus vendedores. Ya no era seguro siquiera ir de a uno, porque apenas se traspasaban las fronteras del barrio, un policía o un empleado de los servicios de seguridad privada ponía su mirada desconfiada en ellos. Y no es que antes esto no sucediera, pero ahora el control era más estricto y varios jóvenes fueron llevados a las comisarías y detenidos por varias horas, y a cada uno de ellos se lo indagó sobre su participación o no en el asesinato de las mascotas.

El territorio de Marcos no sufrió, por todo esto, mayores contrariedades. Las escasas cuadras en las que le estaba permitido vender pertenecían al barrio, y no era en las cuadras del interior de este donde se concentraba la seguridad canina que pretendían garantizar los autos patrulleros y sus ocupantes. Pero en el caso del Gato, cuyo espacio de acción trascendía los límites barriales y tenía buenos clientes en algunas plazas y esquinas de los alrededores, la presencia policial redundó en una reducción de los ingresos y, por lo tanto, en furia contra hacia ese grupo de anónimos que se hacía llamar los Mataperros.

De boca de su hermano, escuchando la conversación que este mantenía con uno de los vendedores, el Verdura se enteró de la promesa que el Gato había realizado acerca de lo que les sucedería a los Mataperros. Había pasado una semana desde el último crimen canino cuando Marcos puso al tanto, sin saberlo, al grupo asesino de la espada que el Gato había hecho pender sobre ellos.

Los Mataperros se encontraban en ese momento organizando su próximo golpe, el quinto. Ya estaba bastante avanzada la planificación del ataque contra un dóberman cuando el Verdura apareció con la noticia de que el Gato prometía escarmientos para todos ellos.

Que la policía estuviera tras sus pasos era algo que sabían que sucedería y que no los preocupaba, pero que el Gato hubiera prometido represalias sí los puso nerviosos. La policía era, en todo caso, una suerte de enemigo natural al que era un orgullo desafiar. Que el Gato reaccionara de esta manera, en cambio, no estaba dentro de sus planes, porque él era capaz de hacer, y tenía la libertad para ello, lo que la policía no les haría. Había, pues, que tomar la decisión de desactivar a los Mataperros, y lo mejor era hacerlo de inmediato, aprovechar el anonimato que todavía tenían como integrantes del grupo y dejar que el tiempo transcurriera y la policía se tranquilizara, lo que calmaría al Gato y lo haría olvidar el mal momento.

La operación dóberman tuvo que ser abortada, y con ella toda acción que pudiera hacer recordar a alguien las morbosas imágenes que los medios habían obtenido del cuarto, el más sangriento de los crímenes de la banda.

Lo de los Mataperros puso nuevamente el nombre del barrio en las secciones policiales de los medios de comunicación, y eso solo aportó un

elemento más, mínimo pero suficiente, para que el prejuicio sobre sus habitantes se incrementase y justificara la multiplicación de uniformes policiales que buscaran evitar que el peligro se propagara más allá de esas fronteras.

IV - Monadas

El Mono Oviedo no piensa en lo que los medios de comunicación digan sobre su barrio o en análisis sociológicos que intenten explicar cómo funciona la comunidad en la que vive, de hecho, ni siquiera supone que existan teorías sobre la marginalidad y la pobreza. Para él, la continuidad de un día es otro día, y mejor si viene acompañado de la posibilidad de lucirse por alguna de sus pertenencias. Eso es todo. Y nada le interesa que, aunque él no lo piense y ni siquiera intente pensarlo, haya otros que categorizarían a su familia como desheredada de la clase media pero aún dentro del sistema, porque, gracias a los más de veinte años que su padre lleva trabajando en la misma empresa, cualquier censo sobre ingresos familiares dictaminaría que la suya es una familia que aún no desciende más allá de la línea de pobreza, y tal vez por eso, o a pesar de eso, es que al Mono le pasó que, al recibir el escueto pero legal

certificado de conclusión de estudios medios, comenzó a sentir presiones, no asfixiantes ni en tono de reproche, pero presiones al fin, de parte de sus padres para que se iniciara en eso de buscar el peso consiguiendo una fuente de ingresos que sustentara sus deseos de bailes, cigarrillos y cerveza, o planificara qué haría con su vida a partir de ese momento, con lo que sus padres, básicamente, le estaban diciendo que se decidiera por trabajar o estudiar.

Considerando que al Mono le llevó siete años finalizar lo que otros alumnos terminaron en cinco y que poco le atraía la perspectiva de tener que sentarse a escuchar clases, y menos aún la idea de volver a sentir la impotencia de estar frente a un texto del que poco entendía y que solo gracias a la repetición lograba memorizar, mas nunca acceder a los más profundos misterios que, según otros, ese texto poseía, estaba claro que el unigénito Oviedo no iba a optar por una continuidad que implicara el estudio, aunque sus padres estuvieran dispuestos a realizar todos los esfuerzos necesarios, incluyendo ahorros y ampliación de horas de trabajo, para que centrara su atención exclusivamente en las exigencias de una facultad y no tuviera que preocuparse por su manutención.

Con todo esto, el Mono no tuvo más opciones, pues, que salir a buscar un trabajo. Con la inocencia propia de un debutante en las lides de la ocupación rentada (y restringimos lo de la inocencia solo a este campo, que bien que el Mono sabía ya de fechorías menores que apenas si llamaban la atención de los damnificados pero que no podían ser interpretadas de otra manera que como breves excursiones al campo de la ilegalidad, la que tampoco hubiera querido traspasar más allá del hecho de fumar marihuana en las plazas, robar golosinas en los quioscos o romper algunos vidrios a pedrazos), comenzó a hacer colas en las direcciones que sugerían los avisos clasificados.

Su ficha de inscripción como postulante fue rechazada en todos los lugares que visitó durante dos semanas, pero, al tercer martes, una vecina, la predispuesta vecina que le permitió dar su número telefónico para que los posibles futuros empleadores le dejaran allí el recado, golpeó la puerta de la casa de los Oviedo al mediodía, durante el almuerzo, para anunciarle que acababan de llamar de una estación de servicio para que se presentara a las cuatro de la tarde para tener una entrevista con el señor Dángelo.

Era la primera propuesta de trabajo que el Mono recibía en su vida, por lo tanto, el padre y la madre, sentados junto a él a la mesa, brindaron con vino y celebraron por el éxito casi inmediato y casi seguro de la entrevista.

Peinado con empeño, con pantalón recién planchado y pulóver marrón, el Mono salió temprano de su casa y estuvo quince minutos antes de las cuatro en la puerta del escritorio del señor Dángelo, detalle que el responsable de la estación de servicio halagó como indicio de responsabilidad.

Al Mono ya le había caído bien el señor Dángelo cuando, el día anterior, había tenido la primera entrevista con él, allí mismo, en su oficina, que no era más que un pequeño cuarto en el que se amontonaban un escritorio, dos sillas, un armario de metal y el mismísimo señor Dángelo. El futuro jefe lo recibió y, como la primera vez, lo invitó a sentarse en una de las sillas de tapizado ajado e incluso roto en algunos sectores.

Esta vez, en lugar de un estricto y restringido cuestionario sobre sus estudios, edad, experiencia (en la que el Mono había incluido una temporada en un taller mecánico que existía pero que él no había pisado nunca para nada más que no fuera pedir usar el compresor para inflar el fútbol o las ruedas de la bicicleta) y domicilio, el Mono se encontró con un trato más cordial que el de la

primera vez y con un cronograma de horarios y francos que el señor Dángelo se encargó de explicar dos veces, para que le quedara bien en claro. Además, como si esto fuera poco para justificar la sonrisa casi idiota que el Mono mantenía dibujada en el rostro como un gesto de gratitud, el señor Dángelo le indicó la forma de llegar hasta el baño de hombres, a la vez que le entregaba una llave y le daba instrucciones acerca de cómo abrir el mañoso candado tras el cual iba a encontrar varios overoles y pares de botas de goma, entre los que tendría que seleccionar un equipo completo, lavarlo, repararlo si era necesario y marcarlo con algún tipo de signo que lo identificara como suyo para que otros no lo usaran en su ausencia.

De lo que no habían hablado hasta el final, hasta que el Mono volvió del baño de hombres con las llaves en una mano y el overol y las botas en la otra, fue del trabajo que iba a ser su responsabilidad. Dejar los autos impecables – por dentro y por fuera a un precio, solo por fuera a otro, y a otro si se incluía cera a los neumáticos y tapizados–, además de cambiar el aceite si le era requerido, sería la responsabilidad que él tendría de lunes a sábados de ocho de la mañana a dos de la tarde.

Por último, antes de despedirse y de decirle que lo esperaba al otro día a las ocho de la mañana en punto, el señor Dángelo le explicó, le dejó bien en claro, que lo que hacía era una apuesta a la honradez que el Mono dejaba traslucir en su ingenua cara, pero que, de todas maneras, como él no confiaba en nadie, desde ya le advertía que a la mínima en que lo agarrara quedaría despedido, porque él no iba a generalizar, pero sabía que era de esperar que alguien que saliera del barrio en el que el Mono vivía no debía ser muy inocente.

El Mono, que no sabía nada de sociología, estadísticas y otras formas de

análisis y estudio de los grupos sociales pero que sí sabía lo que significaba habitar su barrio, solo le pidió que confiara en su honradez, porque él no era como los otros chicos (y dijo otros chicos generalizando inconscientemente pero sabiendo que de esa forma tomaba cierta distancia, la necesaria como para que Dángelo siguiera apostando a tenerlo como empleado), él había estudiado y quería trabajar para ganarse la vida honradamente.

Con todo lo que implica pertenecer a un barrio como al que pertenece el Mono, le disculparemos la negación que acaba de hacer de su estirpe, y aunque los motivos que usó para su salvación, según las más encumbradas leyendas, son similares a los del tal Judas, no lo compararemos ni juzgaremos y solo lo seguiremos viéndolo regresar, con el overol y las botas amontonados en una bolsa de nylon que le facilitaron en la misma estación de servicios, a la casa donde lo esperaban la madre y el padre, ansiosos de escuchar de la boca de su hijo que el trabajo era suyo, que a partir del día siguiente sería un nuevo elemento dentro del mercado laboral.

Los tres tomaron como media tarde mates acompañados de un bizcochuelo que la madre del Mono preparó de manera especial en homenaje a su hijo, en reconocimiento a aquel que acababa de obtener su primer empleo pese a todas las dificultades que un simple certificado de estudios elementales y la residencia en ese sector de la ciudad le interponían.

Después de las felicitaciones, los mates, las explicaciones acerca de las responsabilidades laborales y los horarios que imponía el trabajo, y mientras la madre se ocupaba de lavar el overol e identificarlo, al igual que las botas de goma, anotando el nombre real del Mono en lugares ocultos pero de fácil acceso para su identificación, el benjamín y el padre fueron juntos hasta el taller que ya conocimos citado por la boca del nuevo operario de una estación de

servicios (y que este usó como coartada para demostrar experiencia) para cambiarle el aceite al viejo Dodge de la familia, cumpliendo así con la necesidad del vehículo y del joven, porque la idea expresa del padre era que su hijo viera, aunque más no fuera una vez, cómo era que se realizaba la operación que a los pocos días le sería tan familiar.

Por la noche, el Mono se dio una ducha y se acostó, aún con el pelo mojado, esperando que los relojes del mundo se aceleraran y llegara cuanto antes la hora fijada como la del punto de partida de su nueva vida de asalariado.

Casi tres semanas tuvo que esperar el Mono para recibir su primer sueldo, incompleto, ya que su incorporación al plantel de la estación de servicio se había producido un día catorce, un miércoles catorce de un mes de marzo más frío que los de costumbre, emisario adelantado de un invierno que traería consigo temperaturas muy bajas desde temprano. Casi tres semanas aguardó el Mono el día de pago, pero mientras tanto, con el favor de las propinas que los clientes agradecidos depositaban en sus propias manos cuando venían a retirar el auto confiado para su limpieza, el muchacho había aprendido a controlar los gastos.

Los cigarrillos y los pasajes en colectivo representaban los gastos fijos que por día debía realizar. Previendo los desembolsos cotidianos, cada noche separaba la cantidad necesaria, más un pequeño plus por si algún imprevisto se presentaba, y la guardaba en su billetera. El resto, a veces meros centavos, a veces varios pesos, lo depositaba en una caja de cartón dispuesta especialmente como alcancía.

Comprometido con las obligaciones que la vida de limpiador de autos le

imponían, por la mañana salía temprano de su casa para evitar que el colectivo se le pasara, y volvía después de las cinco de la tarde.

Desde el primer día de trabajo se le transformó en rutina el llegar y compartir con sus padres algunos mates, quizás una taza de leche, mientras que en la televisión resonaba la voz de algún animador de programas de juegos o, si la tarde traía consigo la suerte, se sucedían las escenas de una buena película.

Después de los mates o la leche, el Mono salía a visitar a sus compadres, a reunirse con ellos en la esquina sureste de la plaza del barrio y, acaso, compartir una cerveza, por lo general invitada por él, que era uno de los pocos que trabajaban, quizás el único que tenía la posibilidad de ganar un sueldo fijo más propinas, porque, en su mayoría, los que allí se reunían eran desocupados o, en el mejor de los casos, peones al tanto en alguna obra en construcción. Allí se quedaba el Mono con el resto del grupo durante varias horas y su condición de asalariado le daba el estatus que nunca antes había tenido, el que ni siquiera consiguió animándose a romper vidrios cuando nadie más se atrevía ni apedreando los autos desde el escondite que ofrecían las garitas de las paradas de colectivos, y mucho menos jugando a la pelota, si apenas hacía algún buen pase de tanto en tanto, a veces una gambeta, casi nunca un gol.

El Mono encontró, en aquellas tardes que lentamente mutaban en noche sin que ninguno de los asistentes al mitin lo notara, el espacio que buscaba desde que tenía memoria, y ese espacio se lo daban los desembolsos que cada vez realizaba para que todos pudieran disfrutar de una cerveza y también, y esto fue lo que definitivamente lo encumbró como elemento indispensable de esas reuniones y la persona más respetable dentro del grupo, de la marihuana suficiente como para que los ojos solo alcanzaran un estado vítreo casi

insospechable y la conversación divagara por los recónditos rincones de los deseos más íntimos y por laxos comentarios sobre mujeres, programas de televisión, goleadores y equipos punteros.

Fue a partir de esas tertulias vespertinas que el Mono comenzó a sentirse importante para sí, y de a poco también notó que empezaba a serlo para el resto de los que allí se reunían, porque a su aporte cotidiano de cerveza y marihuana se sumó, un sábado a la noche, la invitación a tres de ellos a una bailanta.

La banda de la esquina de la plaza fue haciéndose dependiente, lenta y progresivamente, de lo que el Mono poseía en sus bolsillos, y el Mono comenzó a cargar en ellos el dinero que cubriera las necesidades de todos.

No podríamos, de ninguna manera, suponer que lo del Mono respondía a las pautas de un plan perfectamente meditado y revisado en cada una de sus etapas. De hecho, no se dio cuenta hasta mucho después qué era lo que estaba sucediendo, cómo la cantidad de gente a su alrededor crecía y cómo esa gente respondía a sus pedidos. En definitiva, no fue hasta que Marcos se lo hizo notar que fue consciente de su importancia.

Marcos y el Mono se conocían desde siempre, desde que alguna vez compartieron el jardín de infantes y luego el primer grado, todo en la misma escuela del barrio, pero después el Mono repitió una y otra vez y solo continuaron viéndose cuando algún partido de fútbol los hacía coincidir en la misma cancha, sea porque ellos iban a jugar a alguno de los potreros que rodeaban al barrio o porque a quienes les tocaba defender los colores de la camiseta eran los jugadores del Tomba, entonces se encontraban en la tribuna, cuando no en el colectivo de ida, y permanecían juntos conformando una parte

más de la hinchada, un pequeño grupo de escuálidos adolescentes que miraban con envidia y ambición a los líderes de la barra brava y en lo más profundo de sí se prometían llegar a ser alguna vez como ellos.

Se podría decir que el Mono y Marcos eran amigos, que se conocían y confiaban el uno en el otro. Por eso el Mono evitaba intermediarios e iba directamente a la casa de dos colores y entraba a ella con absoluta familiaridad. Por eso Miguel le abría la puerta sin vacilar y Marcos lo recibía con un abrazo y le dejaba a buen precio la mejor mercadería. Por eso, una de esas tardes, después de tomar un par de mates con su madre como instancia previa y rutinaria al encuentro con sus compañeros de esquina, una de esas tardes en que el Mono se descubría sin un miserable porro para acompañar la cerveza y pasaba por lo de Marcos para abastecerse, este lo sorprendió invitándolo a sentarse con él a la mesa para hacerle una propuesta, una proposición simple y redituable, porque Marcos tenía dificultades para conseguir buenos vendedores y la plaza todavía era un lugar que no alcanzaba a dominar del todo.

El Mono se asustó un poco y le pidió tiempo para pensarlo. Comprar y consumir marihuana en la esquina de la plaza era muy distinto a pasar a venderla. Esto se perfilaba más complejo, no por la policía, que permitía que ellos estuvieran allí quemando sus cabezas, un poco por la seguridad que esto ofrece (mientras estén en la esquina, borrachos y drogados, no andan por ahí apuntado a otras personas con sus armas para quitarles todo) y mucho por la comisión que tanto el Gato como Marcos debían pasarle semanalmente.

No, la policía no representaba ningún problema para el ejercicio de este trabajo. La verdadera dificultad estaba en el enfrentamiento que seguramente debía existir entre los dos distribuidores del barrio, porque él no sabía muy bien si había o no un pacto territorial entre ambos, pero sí tenía memoria de antiguas

luchas, en una de ellas, incluso, había estado involucrado el Verdura, a quien, si mal no recordaba, le habían puesto el caño de un revólver en la sien, aunque ignoraba que esos enfrentamientos serían apenas infantiles escaramuzas en comparación con la guerra que se vendría, aquella en la que él mismo sería partícipe.

El Mono sabía que si estaba en la plaza debía comprarle a Marcos y que la gente del Gato en este sector no se metía. Solo eso. Y si bien esto le daba la pauta de que algún tipo de pacto debía existir, no aceptó la oferta laboral hasta que el Manotas Quiroga le relató en detalle lo de la división del barrio en dos sectores de venta después del ataque al Verdura y la prepotente visita de Marcos a la guarida del Gato.

Entonces sí, una tarde como tantas, tomó los habituales mates con su madre. La acompañó hasta que el capítulo diario de la novela de las seis terminara, y recién entonces fue a su habitación, buscó la campera, la billetera, y salió con rumbo fijo hacia lo de Marcos.

Lo que Marcos no pudo prever fue que la incorporación del Mono a su grupo implicaría, a la larga, la secuencia de conflictos y enfrentamientos que no iban a tener fin hasta la aparición de un tercero que los amenazara a ambos. Cómo podía el rengo sospechar que ese introvertido y callado personaje al que convocó solo por la necesidad de instalar a un buen distribuidor en la plaza iba a conformar su propia banda para oponerse primero al Gato y luego, cuando este hubiese sido liquidado, a él mismo. De ninguna manera pudo percibir Marcos que tras esos ojos calmos y esa fealdad congénita que había derivado en el mote de Mono se ocultaban los deseos de poder más impulsivos y peligrosos que conociera.

Porque el Mono va a rebelarse contra Marcos. Va a ir a la búsqueda de más, al encuentro del todo o nada, y así se va a animar a llegar hasta el Gato para meterle una bala entre los ojos y después declarar la guerra contra Marcos y, en definitiva, va a ser uno de los que decida la muerte de esos tres adolescentes que ya vimos caer justo la tarde del domingo en que en el barrio y en todo el país se celebra el Día del Niño.

Pero ahora Marcos está contento y celebra la inclusión del Mono, que va a estar a cargo de la plaza, y al Tonga, que hasta el momento era el responsable de ese sector, lo enviará a las recorridas callejeras del lado este del barrio. Porque Marcos, a diferencia del Gato, organizó un sistema de distribución que incluía rondas permanentes en búsqueda de los asiduos compradores, complementado con un furtivo trabajo de propaganda mediante el cual sus vendedores incitaban a los consumidores a que se llegaran hasta este lado del barrio para comprar marihuana.

De esta manera, fuese la hora que fuese, la gente de Marcos recorría las calles, y si alguien quería comprar, pues ahí estaban los mercaderes, caminando de a dos si el sol ya se había ocultado, de a uno si era de día. Paseantes tranquilos eran los empleados de Marcos que, venciendo los primeros temores, transitaban a toda hora las calles.

Sumando al recién incorporado Mono, la banda de Marcos estaba constituida por seis integrantes además de él. Miguel era el encargado de mantener a los vendedores con la mercadería suficiente como para que, cuando fueran requeridos, no se viesan sorprendidos por el desabastecimiento. Así, el hermano de Marcos recorría el territorio en su bicicleta, roja y destartalada, recogiendo el dinero de las ventas anteriores y proveyendo a los distribuidores de la cantidad necesaria como para que nadie, ninguno de los

que se acercara a ellos, quedara sin su parte, previo pago efectivo.

El este del barrio, de la plaza en adelante, fue recorrido y comercializado, a partir de la llegada del Mono, por el Tonga y el Manotas Quiroga. El oeste era propiedad de Ezequiel y Sandra. Y la plaza, lugar en el que, de acuerdo con la organización y el cronograma de Marcos, solo se podía vender por la tarde y la noche, estaba a entera disposición del Mono, que a partir del momento en que aceptó la propuesta del mayor de los Gómez dejó de compartir los mates con la madre y apenas si cenaba alguna noche en su casa.

El ingreso del Mono redituó más ganancias de las esperadas, pero esto no era algo que Marcos hubiera tenido entre sus planes. Por el contrario, con la pequeña tropa de vendedores iniciales le habría sido suficiente, apenas dos que se encargaran de vender en las calles mientras él, tranquilo, se quedaba en la casa de dos colores fraccionando o atendiendo a los clientes especiales que no se acercaban para adquirir un cigarrillo, sino veinticinco o más gramos, todos de una sola vez y al contado. Pero los Mataperros tuvieron que efectuar su cuarto acto y las condiciones cambiaron.

Encerrado casi todo el día en la casa, el rengo se enteraba de lo que sucedía en las calles por intermedio de sus hermanos, de sus vendedores o de los compradores importantes que llegaban hasta allí personalmente para adquirir una buena cantidad de marihuana. Desde su guarida, Marcos se enteró de los Mataperros por la televisión, pero conoció los detalles gracias a los relatos del Tonga y Miguel. Y fueron justamente los Mataperros, o mejor, las consecuencias de sus acciones, las que llevaron a Marcos a poner más gente en la calle.

Los Mataperros se habían convertido, con solo unos pocos hechos, en un

peligro para el barrio, porque ya había ministros ordenando un control policial más estricto en la zona, y esto a los policías, a los que patrullaban el barrio, también les molestaba. Y es que tarde o temprano alguien iba a sugerir el comienzo de detenciones y algunas investigaciones más que alterarían la tranquilidad y, a la larga, también sus bolsillos, porque mientras el barrio se mantuviese tranquilo, a nadie allá arriba, en los altos mandos, le importaba que los adolescentes se emborracharan y consumieran drogas, y esto era un buen negocio para todos.

Tanto al Gato como a Marcos, la policía, los mismos agentes que les permitían la venta de drogas por una mínima cuota semanal, los interrogó acerca de los Mataperros y les relató, en pocas palabras, las complicaciones que podía acarrear el no detener las actividades de los asesinos de perros. Por eso, sin saberlo, sin tener conocimiento uno de las órdenes del otro y viceversa, el Gato y Marcos mandaron a sus empleados a averiguar lo que pudieran sobre los canicidas.

Pero tan bien guardado tenían el secreto el Verdura y los suyos, que nadie pudo averiguar nada. Y de repente, sin amedrentarse por las presiones y promesas de venganza que sabían que existían sobre ellos, los Mataperros dieron su último y más sangriento espectáculo. Entonces sí el barrio de Marcos y del Gato se convirtió en una zona permanentemente patrullada, y cada casa era el posible blanco de un allanamiento sorpresivo.

La primavera estaba terminando, diciembre prometía calor y en las reuniones vespertinas comenzaba a hacerse cada vez más importante la necesidad de cerveza para saciar la sed y el acompañamiento de un buen porro que diera más sentido al sinsentido de las conversaciones placeras y placenteras. Así como en una de las esquinas de la plaza se reunía el Mono

con su grupo, también había otros clanes que se juntaban y consumían en el resto del barrio, varios de los cuales lo hacían dentro del territorio de Marcos.

Las condiciones eran propicias para que el negocio diese un paso importante, porque la demanda de marihuana se incrementaría a medida que los muchachos estuviesen más tiempo en la calle. Los elementos para que esa ecuación se diese estaban casi completos: tardes largas y noches cálidas, cerveza barata y reuniones en las calles, territorio liberado y exclusividad de ventas.

Solo una variable de esa ecuación representaba un problema: la policía. Ya se sabe que el territorio, mediante los arreglos del Gato y de Marcos, estaba liberado, por lo que, en tiempos normales, de vez en cuando pasaba una patrulla y apenas si se fijaba en los grupos que intentaban disimular las botellas de cerveza entre sus ropas. Pero este diciembre no era normal. Después del cuarto y último golpe de los Mataperros, el mismísimo ministro había ordenado la derivación de tres autos patrulleros más a la zona de los barrios en los que, se suponía, habitaban los Mataperros. Además, gracias a las descripciones obtenidas de los propietarios de los canes muertos en manos de esta banda, se sabía que se trataba de jóvenes de no más de dieciséis años, por lo que el ministro había exigido la permanente acción preventiva de disolver cualquier grupo de más de tres personas, especialmente si se trataba de adolescentes. Entonces, por más que el Gato y Marcos continuasen aportando su cuota semanal, los policías comenzaron a detenerse frente a los grupos y a obligarlos a dispersarse, lo que redujo de inmediato la venta callejera y los ingresos.

Por segunda vez desde que una pistola en la cabeza de su hermano menor intentara convencerlo de no vender drogas en el barrio, Marcos se dirigió, con paso lento y sostenido por el bastón, a lo del Gato. Ya no fue tan

hostil la bienvenida. Esta vez, el anfitrión lo invitó a sentarse y sus secuaces apenas si rondaban la sala. Solo Mariano, que oficiaba casi como un teniente del Gato, se sentó con ellos a la mesa.

Entre los tres decidieron dos líneas de acción. Por un lado, tratar de convencer a la policía de que los Mataperros ya no existían, de que el grupo se había disuelto asustado por todo el movimiento que sus asesinatos generaron y, lo más importante, de que no estaba formado por gente del barrio. Por otro lado, la segunda parte del nuevo tratado incluía la contribución entre las dos bandas para obtener cualquier dato que los pudiera poner en la pista de las identidades de los Mataperros, porque, al contrario de lo que le dirían a la policía, no tenían ninguna duda de que los asesinos pertenecían al barrio.

Sin furia pero con la certeza necesaria como para coincidir en que si descubrían a los Mataperros les quitarían las ganas de andar por ahí generando toda esa movida policial que ponía en riesgo sus negocios, el Gato y Marcos, acompañados de Mariano, sellaron el nuevo pacto.

Claro que poco pudo averiguar cualquiera de los integrantes de las dos bandas acerca de los Mataperros, porque el Verdura se enteró, solo por el hecho de estar atento a las conversaciones de sus hermanos, de los planes de exterminación de su grupo, por lo que de inmediato transmitió a sus compinches el peligro que significaba continuar adelante con la organización del quinto canicidio. Así fue como el dóberman signado como la próxima víctima salvó su vida y los Mataperros no volvieron a ser noticia.

Pero ese diciembre ya estaba perdido para las ventas, porque, llegando mediados de mes, el mismo ministro que había ordenado el refuerzo de los patrullajes en esos barrios visitó la zona. Todos los medios de comunicación

estaban presentes, y, frente a la decena de micrófonos y grabadoras, el funcionario aseguró que sin bien el cerco policial había logrado desactivar a los Mataperros, no había que descuidarse, por lo que continuaría el refuerzo de patrullajes, con lo que, además, se intentaría garantizar que los habitantes del lugar pasaran esas fiestas de fin de año sin sobresaltos.

El Tonga fue quien le trajo a Marcos la página del diario donde se reproducían las palabras del ministro, acompañadas por dos fotos: una donde en primer plano aparecía el ministro estrechando la mano del presidente de la unión vecinal y otra retratando una de las tantas paredes en las que aún podía leerse el nombre de los Mataperros. Esta última foto tenía a sus pies un epígrafe que se preguntaba si en realidad podía tomarse en serio la aseveración de que ese grupo estuviera desactivado.

Obligado por la situación e inspirado por el mismo sistema que el ministro impuso para prevenir los canicidios, Marcos rediseñó su sistema de ventas.

Hasta entonces, solo contaba con el Manotas Quiroga, el Tonga y su hermano. Entre ellos tres se encargaban de vender fuera de la casa con un sistema más que rudimentario: el Manotas o el Tonga, según a quién le correspondiera el turno, merodeaban en la plaza y solo se remitían a esperar a que los compradores vinieran hacia ellos, mientras que Miguel realizaba las reposiciones necesarias para que ninguno de los dos vendedores tuviera que abandonar el puesto.

Clientes, hasta que el ministro ordenara lo de los patrullajes, nunca faltaron. Por eso el negocio funcionaba y la cantidad de vendedores no necesitaba ser amplia. Pero cuando la policía comenzó a disolver los grupos y muchos se asustaron, dejando de ir a la plaza para realizar sus compras, la

misma idea que los había espantado sirvió para que, ahora, los vendedores llegaran hasta ellos.

Porque la reforma de Marcos en su sistema de venta consistió en rediseñar la distribución. Convocó a Sandra y a Ezequiel para que, junto al Manotas Quiroga y Miguel, recorrieran toda su zona de influencia, mientras que el Tonga cubriría el puesto fijo en la plaza. De esta manera, así como la policía patrullaba la zona intentando prevenir conflictos, los vendedores de Marcos cumplían con una suerte de servicio puerta a puerta de provisión de drogas.

La Navidad y el Año Nuevo pasaron dejando muy buenas ganancias para Marcos. El plan de distribución cuasidomiciliaria de mercadería era todo un éxito, y ahora, aunque ya había pasado el verano y el patrullaje de la policía, gracias a la desaparición de los Mataperros y a la preocupación del ministro y de la prensa por otros delitos y crímenes distantes del barrio, había vuelto a la frecuencia normal, no había razones para dejar de implementar este sistema de ventas. Por el contrario, sin tantas presiones, el trabajo se hacía no solo más simple, sino también más redituable.

Y tan buenas ganancias comenzó a dejar el negocio, que Marcos se decidió a sacar a Miguel de la calle, o al menos de la exposición permanente como vendedor. Una suerte de ascenso le sería otorgado a Miguel, pero antes era necesario incorporar a un nuevo integrante, y cuando Marcos vio al Mono una de aquellas noches en su casa, supo de inmediato que él debía ser quien se encargara de la venta en la plaza.

No era que el Mono poseyera cualidades especiales para los negocios, sino que lo que lo caracterizaba era cierto carisma que le dibujaba en la cara, en su fea cara, una suerte de inocencia que, sin dudas, favorecería la venta. Al

Mono nadie querría atacarlo para robarle la mercadería y nadie le dejaría una deuda incobrable. El Mono era conocido en todo el barrio por su generosidad y todo el mundo sabía que donde lo necesitaran él estaría. Cómo, entonces, podía Marcos no ver en él al más propicio vendedor para el puesto fijo de la plaza y cómo sospechar que sería el mismo Mono quien se convertiría, a la larga, en el peor de los enemigos que tuviera.

Pero ahora faltan todavía unos años para que la gran guerra sea declarada. Por el momento, en este otoño casi dulce, el Mono acepta vender en la plaza por una comisión casi irrisoria por cigarrillo pero que al final de cada noche es mucho. Tanto que, antes de que llegue el invierno, se va a comprar una moto, y sus padres y su jefe en la estación de servicios van a alabar su capacidad de ahorro, porque hasta el mismo Dángelo reconoce, claro que para sí, nunca lo expresaría en voz alta frente a sus empleados, que es prácticamente imposible poder ahorrar con los sueldos de miseria que paga.

Con esa sonrisa casi inocente y esa mirada siempre lacrimosa, el Mono fue acercándose cada vez más a Marcos, y Marcos fue confiando cada vez más en el Mono, hasta que, por fin, cuando el invierno apenas asomaba, convocaron a Mariela (esta era una de las grandes ventajas de Marcos en la venta de marihuana: también contrataba a mujeres, cosa inédita hasta entonces y criticada pero respetada por el Gato), y fue ella quien pasó a hacerse cargo de la plaza, mientras que el Mono ocupó el lugar de Miguel, y este se encerró, junto a su hermano, en la casa de dos colores para fraccionar y hacer las ventas importantes.

V - La casa de dos colores

La casa de dos colores ya era, para cuando el Mono se hizo cargo de la reposición en las calles, el lugar de referencia para la compra de drogas en ese sector del barrio. En muy poco tiempo, la marca que dejó el padre de los Gómez como señal de su adiós definitivo había pasado a ser la característica que identificaba a los que estaban a cargo de la venta en la zona de Marcos. Porque los de Marcos comenzaron a ser denominados, primero por los hombres del Gato y luego por la comunidad consumidora y compradora de marihuana, como Los de la Casa de Dos Colores, y no había quien, de ese lado del barrio, no conociera la casa de dos colores.

Y es que los dos colores fueron el legado visible que el padre de los Gómez les dejó, porque el fin de semana anterior a que su pecho se hundiera

por un imprevisto impacto y su vida se esfumara en menos de un abrir y cerrar de ojos, Mariano Gómez tomó la decisión de pintar el frente de la casa, y eso solo era la primera parte, porque aspiraba a seguir con las paredes interiores e incluso con las del patio.

Entonces, durante la semana compró dos tarros de pintura, un rodillo, un pincel y los demás objetos necesarios para que el frente de la casa se renovara, y todo gracias al aguinaldo cobrado en término. Pero ese sábado llovió, no mucho, aunque sí lo suficiente como para que el trabajo al aire libre se hiciera imposible, más aún si la tarea era, justamente, pintar. Por eso la pintura se pospuso para cuando mejorara el tiempo, y el tiempo no se hizo esperar, porque ya el mismo sábado a la tarde, cuando comenzaba a anochecer, las nubes iniciaron la retirada, y para cuando las estrellas debían estar ahí, pues estaban, y el cielo prometía un excelente domingo de sol.

Fue el mismo Mariano Gómez quien se acercó a la carnicería bien temprano, cuando su esposa salió para ir a su infaltable misa, para comprar el asado que ese mediodía se doraría sobre las brasas para contribuir, junto con las ensaladas y el vino, a celebrar la labor de renovación de la pared frontal de la casa, hasta entonces nunca pintada, salvo aquella primera vez en la que no fueron sus manos las que lo hicieron, sino las de anónimos empleados de empresas constructoras.

Después de que volviera de la carnicería, tomó unos mates con su esposa, quien ya había cumplido con su dios ese domingo, y le pidió que lo acompañara mientras él lijaba la pared. Los tres muchachos aún dormían y ella, al menos por ese domingo, ya no tenía nada que hacer más que esperar a que el asado estuviera listo, porque Mariano cocinaría, y como siempre que lo hacía, sería él quien prepararía también las ensaladas, mientras que a los

chicos les diría que se encargaran de poner la mesa y luego también de levantarla. Claro que doña Bety tendría que lavar los platos, los cubiertos, los vasos y las ensaladeras, pero, comparado con la tarea cotidiana, esto era muy poco. Por eso es que se sentía liberada de tiempo y por eso fue que tomó el termo y el mate y acompañó a su marido mientras este lijaba la pared, preparándola para la pintura que comenzaría a colocar después del asado.

A eso de las once y media, los tres hijos ya estaban levantados y desayunados. El más grande, Marcos, el que prometía como buen mecánico y al cual el padre le daba el mayor de los créditos porque, a diferencia del segundo o del más chico, este demostraba más capacidad y era más inteligente, se ofreció a ayudarlo. Mariano decidió que era el momento de encender el fuego y aceptó la oferta del primogénito, a quien le delegó la finalización de la preparación de la pared.

Al más chico, el que era más duro para la escuela pero que tenía un corazón enorme, lo que demostraba con sus requerimientos de caricias y juegos cada vez que Mariano estaba en la casa, aunque en los últimos tiempos había comenzado a ser más hosco, cosa absolutamente comprensible teniendo en cuenta su pronto ingreso a la adolescencia, a él, al serafín de la casa, le encargó Mariano que se responsabilizara de cuidar el fuego, de avivarlo con papel de diario si menguaban las llamas, de oxigenarlo con algunos soplidos si decaía el brillo.

Mientras tanto, al del medio, al que, lejos, era más seductor de todos y tenía mucho más éxito que ninguno con las chicas, el que se la pasaba todo el día cuidando su aspecto y no salía de la casa sin antes haberse asegurado de no tener siquiera un pelo fuera de su lugar, a este que, en ese sentido, era tan parecido a él cuando en su juventud procuraba las miradas de las chicas, le

pidió que lo acompañara en la elaboración de las ensaladas, que solo eran tres: una de lechuga, otra de tomate con cebolla y una de zanahoria con papas. Luego sería este también el encargado de poner la mesa, ubicar los cubiertos de cada uno en el lugar correspondiente, asegurarse de que no faltara pan, vino ni gaseosa.

A lo largo de ese domingo, Mariano sentiría lo que durante años había buscado sentir, lo que había deseado sentir desde aquella vez en que su novia Beatriz le reveló, con lágrimas en los ojos, pero no lágrimas de felicidad sino de preocupación, que estaba embarazada, esa vez en la que a él la cara se le cubrió con un brillo extraño porque, contra lo que Bety creyera, esa era la mejor noticia que le hubiera podido dar. Mariano sintió, en esa mañana de sol y ese mediodía de asado, en esa siesta de sobremesa con vino y cigarrillos e incluso en ese atardecer de mates y en esa noche de sopa de verduras, que era feliz, que convivir con sus tres hijos no era algo que le hubiera caído del cielo, sino algo que había construido durante todos esos años, paso a paso, piedra sobre piedra, peso a peso, todo por esos tres hijos y su aún y por siempre bella esposa.

Hace años, cuando con una sonrisa idiota acariciaba a su novia Bety que lloraba desconsolada porque se tendría que ir de su casa paterna en cuanto se enteraran de su estado de gravidez, él la consolaba prometiéndole que todo sería fácil, que a su lado no le faltaría nada, mucho menos al niño. Pero, claro, no iba a ser fácil. Esa era solo la visión de un adolescente presuroso de ser adulto, el punto de vista de alguien que, con solo veinte años, ya llevaba la mitad de su vida en la calle buscando la forma de obtener la mínima cantidad de dinero necesaria para el alimento diario. Desde los diez años que se dedicaba a vagar por la ciudad tras la conquista de una moneda, con suerte un billete. Había limpiado vidrios, barrido veredas, recolectado diarios y botellas, hasta que pudo conseguir su primer trabajo rentado, a los quince años, en una

empresa constructora para la que levantaba paredes por jornales inferiores a los que cobraban los mayores, que era la única manera en la que aquel arquitecto aceptaba darle el trabajo a un menor de edad.

Entonces, aquella vez, la de la revelación del embarazo de su novia, este joven, que apenas si había alcanzado a ser hijo, se sintió de repente padre, y ya desde ese momento se vio contando con la mano de un primogénito para que le ayudara con alguna actividad hogareña, quizás también pudo imaginarse la presencia de un segundo hijo que le ayudara a preparar ensaladas y hasta un tercero que le cuidara el fuego para el asado. Por eso sonreía y prometía. Por eso se convenció de que a corto plazo debería conseguir un trabajo más redituable y un techo que fuese suyo.

Veinte años tenía Mariano cuando la acompañó a Beatriz a su casa para hablar con los padres. Veinte años en aquel atardecer en que ella lo llevó de la mano hasta el sillón donde su padre y su madre disfrutaban, o al menos eso parecía, de un programa de televisión que tuvieron que dejar de ver porque los dos jóvenes declaraban tener algo que contarles, y por las lágrimas en los ojos de Bety se notaba que no era nada bueno, y el padre que anticipaba que no quería escuchar malas noticias.

Como un idiota sonreía Mariano al tiempo que decía y repetía que no eran malas noticias, sino todo lo contrario, que iban a ser abuelos, y el bestia que se los dijo así no más, sin el más mínimo introito, entonces el padre de Bety se levantó sin intenciones de ocultar su ira y se retiró de esa sala mientras que la madre, la futura suegra de Mariano, se cubría la boca como si la noticia, antes que la de un nacimiento, fuera la de una muerte, para luego retirarse detrás de su marido.

Después, el llanto definitivo de Beatriz y la promesa de Mariano de que en menos de una semana se irían juntos a vivir, aunque fuera bajo un puente, porque él quería estar a su lado el resto del embarazo y, por qué no, el resto de la vida también.

Con la imagen de su novia llorando bajo el umbral y pidiéndole que regresara pronto, Mariano caminó hasta su casa, que era también la de sus padres y sus hermanos (aunque apenas si sabía algo de ellos, aunque apenas si los veía de vez en cuando), planeando la forma de encontrar un lugar donde habitar con Bety, un lugar que fuera, con sus escaseces y sus hambrunas, con sus manchas de humedad y sus pisos de tierra, un hogar donde ser padre.

Mariano no tenía tiempo que perder, así que ahí nomás, apenas la mañana siguiente despuntaba, se presentó ante el arquitecto que lo contrató cinco años antes y ante quien había construido la imagen de honrado y trabajador, para darle la buena nueva y pedirle un par de días libres en los que se dedicaría a buscar alquiler.

Dos días le fueron suficientes al futuro padre para conseguir, por una mensualidad acorde a su escaso bolsillo, un pequeño departamento de una habitación, cocina y baño, construido en lo que en otros tiempos fuera la cochera de una casa en un viejo barrio venido a menos por la depauperación de su población.

No hubo, de parte de los padres de Beatriz, resistencia alguna, y hasta se podría decir que, después de los primeros reclamos y retos hacia la hija que aún no abandonaba la adolescencia pero ya dejaba la casa, estuvieron de acuerdo en que esos dos se juntaran bajo un mismo techo. No con palabras pero sí con hechos, dieron el visto bueno a la unión, y así fue como la reciente

pareja se vio de repente favorecida con una cama y una heladera que oficiaron de regalos de bodas, aunque boda no hubiera, a las que se les unieron la cocina y la mesa con seis sillas con que el arquitecto los agasajó. Algunas ollas y cubiertos pudieron comprar con lo que le quedaba a Mariano después de todos los pagos que tuvo que hacer para poder acceder al departamento, y el televisor lo adquirieron en cuotas en una casa de electrodomésticos que daba créditos a sola firma.

Después nació Marcos, y si el sueldo hasta entonces no alcanzaba para llegar a fin de mes, a partir de ese momento se hizo más difícil aún, por eso Mariano fue a pedirle a su empleador que le diera el ascenso a capataz de obra, que él ya sabía lo suficiente como para hacerse cargo de semejante responsabilidad. Antes que eso, el arquitecto le ofreció hablar con algunos de sus contactos, conocidos que tenía en distintas empresas, para ver si le conseguía algo mejor, y algo mejor le consiguió, porque Mariano dejó de trabajar entre ladrillos y baldes de cemento y pasó a hacerse cargo del turno noche como ordenanza en una envasadora de frutas frescas.

El trabajo era mucho más sencillo y simple que el de albañil, porque ahora no debía cargar y descargar bolsas de cemento, ladrillos u otros materiales. Tampoco debía estar expuesto al sol o al frío ni arriesgando la vida en la cima de un techo al que hay que cubrir de tejas. Ahora el trabajo era mucho más simple. De vez en cuando limpiar el piso si algo se derramaba, estar atento a que funcionaran todas las lámparas y reponerlas si así no era, aceitar las puertas que rechinaban o reparar lo que se descompusiera, siempre y cuando supiera hacerlo, porque si no estaba dentro de sus conocimientos o capacidades la posibilidad de solucionar el problema, solo debía llenar una planilla de novedades en la que, por la mañana, su jefe directo se enteraría del desperfecto y se encargaría de solucionarlo o de llamar a alguien que lo hiciera.

Como si todo esto fuera poco, podía, además, sentarse, ver televisión y tomar mates mientras todo estuviera funcionando, y todos esos beneficios por un sueldo sensiblemente más alto que el de albañil.

Lo único malo de este nuevo trabajo eran los horarios, porque el turno de Mariano comenzaba a las once de la noche y terminaba a las siete de la mañana, entonces tenía que llegar a su casa y acostarse a dormir, por lo que no podía compartir con Beatriz y Marcos ni las noches ni las mañanas, pero las tardes sí que eran aprovechadas para jugar con el bebé, al que le fueron asomando los dientes casi sin que él lo notara, y compartir con su esposa esa otra vida que le iba creciendo en el vientre. Pero cómo podría quejarse por ese detalle cuando no tenía que esforzarse para conseguir el dinero mensual y este llegaba en tan buena cantidad que le fue permitiendo ahorrar, y apenas si llevaba unos meses trabajando en la envasadora cuando, sin contarle nada a Beatriz, se fue una tarde diciendo que ya volvía, y cuando regresó lo hizo montado en un Fiat 600 verde, con un par de abollones pero impecable de motor y ruedas, en el que fueron, de inmediato, a visitar a los padres de Beatriz, que a esta altura estaban convencidos de que, al fin y al cabo, la hija no había caído en tan malas manos como creían al principio.

Con un cigarrillo en una mano y un vaso de vino en la otra, recordaba, después del asado de este domingo, después de su último asado en su último domingo, sentado en la cabecera de la mesa que completaban su esposa y los tres hijos, el primer viaje en aquel Fiat 600. Beatriz sentada junto a él en el auto, Marcos en los brazos de ella, sonriente, inquieto, intentando tocar cada uno de los objetos que brillaban, los suegros atrás, uno al lado del otro, sonriendo ante las bromas que Mariano hacía acerca del poco espacio interno de los Fiat 600 y la dificultad para acomodarse de las personas que, como la madre de Bety, hubieran pasado determinados diámetros corporales.

Los niños reían con los recuerdos que el padre reproducía y que tenían como protagonista a ese Fiat 600 del que él se sentía siempre tan orgulloso, porque después de ese auto, ninguno que se le pareciera, ninguno tan fiel, porque con ese auto llegaron hasta San Luis para tomarse unas vacaciones, y también hasta San Juan para cumplir una promesa a la Difunta Correa cuando nació Miguel, y, por supuesto, hasta el Cristo Redentor, a duras penas, pero llegaron cuando el Verdura era apenas un bebé de un par de meses, tal y como lo mostraba la foto que doña Bety había ido a buscar para que sirviera de testigo.

Mariano tenía una sonrisa dibujada en la cara mientras, después de las mandarinas que fueron el postre, la foto pasaba de mano en mano entre sus hijos, que ya la habían visto decenas, cientos de veces, y conocían de memoria el momento capturado en ese pedazo de papel: doña Bety a la izquierda, con el Verdura en brazos asomando apenas la cabeza de entre la manta celeste con la que la madre lo protegía del viento frío; Miguel a su lado, apenas un montoncito de carne vestido que se elevaba hasta la cintura de Mariano, que está a su lado tomándole la pequeña mano que se pierde entre los dedos de su padre y la trama del puño del pulóver que aún le quedaba grande pero no era cuestión de que tomara frío; el último, el de la derecha, era Marcos, abrigado con una campera roja y azul y el brazo de su padre, que se perdía tras el escueto cuerpo del niño para aparecer apenas asomado, la mano sujetando el hombro de su hijo, por el otro lado, y, a la derecha de todos, el Fiat 600 verde desafiando alturas, vientos y fríos. También estaba la anónima sombra de quien aceptó tomar la fotografía, pero era tan descartable su intromisión.

Como si el hecho de rememorar el primero de sus autos le hubiese producido el sopor propio de un trance, Mariano sintió, bajo ese sol de domingo a la siesta, que los párpados le pesaban, entonces, tal vez para no dejar inconclusa la secuencia referencial de sus vehículos y apurar, a la vez, el

momento de recostarse en la cama que ya imaginaba como el edén, repasó como en una enumeración el Peugeot que pudo comprar con lo obtenido por la venta del Fiat y el agregado de un préstamo a dos años, y luego, una vez que terminó de pagar el crédito, el Falcon gris que tuvo que vender, ya sin la posibilidad de adquirir de inmediato otro auto, cuando surgió la oportunidad de comprar, apenas agregando a los réditos de la venta del auto el monto de un préstamo bancario a pagar en cinco años, esta casa que ahora habitaban.

Para entonces, el Verdura ya estaba en tercer grado, y de eso sí se acordaba el más pequeño de los Gómez, que en este domingo, el último domingo de su padre, va a ser el encargado de ayudarle a doña Bety a levantar la mesa, mientras que sus dos hermanos continuarán con las tareas que exige la preparación de la pared que van a pintar, según el padre, cuando este se levante de la siesta. Porque Mariano, después del asado, se acuesta a dormir. Necesita descansar, ya que por la noche tiene que cumplir con su turno en la envasadora, la misma en la que trabaja desde hace tantos años, desde antes de que naciera Marcos, en la que ya es uno de los empleados más antiguos y uno de los de mayor confianza para cualquiera de los jefes.

A eso de las seis de la tarde, cuando ya hubieron pasado casi tres horas desde que se acostó, cuando doña Bety ya tuvo preparado un bizcochuelo amasado por sus propias manos y cuando los tres hijos ya estuvieron dispersos por el barrio, cada uno jugando con sus amigos o conversando con las jóvenes y prometedoras muchachas, Mariano se despertaría y dejaría caer una escueta queja por este domingo que se ha pasado volando. Mientras su esposa le ceba mates, él, subido a una escalera corta pero suficiente, estirará rítmicamente el brazo derecho hacia arriba y luego lo contraerá, y así seguirá en una repetición casi hipnótica que se interrumpirá en períodos similares para recargar el rodillo con pintura.

Algún vecino se acercará a conversar, otros pasarán acompañando el saludo con una broma, Miguel preguntará, casi como una obligación, no porque tuviera ganas, si puede ayudar en algo y se irá satisfecho con la respuesta de su padre, que de ninguna manera va a permitir que sus hijos se pierdan de estar con sus amigos por ayudar, que, al fin y al cabo, se siente feliz haciendo lo que hace, renovando la casa, dándoles a las paredes del frente un nuevo color, verde claro, según los deseos de su esposa, que viene a crear un fuerte contraste con el rojo ya desteñido que ostentaran esas paredes durante tantos años.

Lento pero garantizando que el nuevo color cubra efectivamente al ya viejo y empaldecido bermejo, Mariano avanza en la tarea sin apuro, porque sabe que no va a alcanzar a terminar de pintar todo ese día, si ya el sol comienza a ocultarse tras los cerros y las sombras, se sabe, son engañosas, tanto como las luces artificiales. “Lo que se hace de noche, se ve de día”, decía y aconsejaba el proverbio que solía repetir su abuelo, carpintero de profesión, que interrumpía cualquier tarea en cuanto el sol iniciaba la despedida. Pero Mariano no es tan radical en la aplicación práctica de la sentencia e intentará aprovechar al máximo las luces, por eso recién interrumpirá la tarea cuando sea noche entrada, cuando de luz natural no haya más rastros que el de los pequeños puntos en el cielo, porque ni luna habrá esa noche, o mejor, esa noche Mariano no alcanzará a ver la luna.

Cuando por fin decide dar por terminado el trabajo del día, se toma su tiempo para limpiar el pincel y el rodillo, lo mismo que para guardar la escalera y el tarro de pintura que cierra con la mayor de las precauciones, porque cualquier obrero sabe que si queda apenas un intersticio por el que pueda colarse el aire, la pintura se seca y después andá a recuperarla. Aunque Mariano es consciente de que un día no es suficiente para que se sequen los casi cinco litros de pintura que quedan, porque ese tiempo, un día, es el que él

calcula que estará cerrada esa lata. Un día, y menos incluso, porque mañana, porque el lunes, después del almuerzo y de la siesta, retomará la tarea, y esa vez sí alcanzará a terminar, y esto lo calcula a partir de lo ya hecho, a partir de ver que el poco tiempo que le pudo dedicar a la tarea ha alcanzado para cubrir la mitad de la enorme pared del frente, que ahora luce casi hasta graciosa con sus dos colores: verde claro, límpido, impoluto, en la parte superior, casi desde la mitad hacia arriba; rojo desteñido, descascarado y manchado desde el notable límite entre lo nuevo y lo viejo hacia abajo. Se promete a sí mismo que mañana toda la pared lucirá como nueva, pero el mañana nunca le va a llegar, eso nosotros lo sabemos, y lo vemos ahora moverse ignorante de lo que se vendrá, desconocedor absoluto del golpe que cortará su respiración, que detendrá sus latidos, que interrumpirá para siempre la renovación que se propuso.

El domingo comienza a terminar y Mariano acomoda, en el fondo de la casa, la escalera contra una pared (acostada en el piso, no sea cosa que alguno la aproveche y baje por ahí), deja el pincel y el rodillo sobre una vieja silla de mimbre ubicada estratégicamente para que por la mañana le dé el sol, y coloca en un rincón el tarro de pintura, que permanecerá en el mismo lugar durante años, como una suerte de lápida a la que nadie más querrá tocar o abrir, a la que nadie se atreverá a violar, como si se tratara de un sepulcro. Nadie salvo el Verdura, quien, en su momento, recordará que tiene esa cantidad de pintura desperdiciada en un rincón de su casa y la ofrecerá a sus compinches para pintar las consignas de los Mataperros.

Mientras doña Bety cocine la cena, los hijos irán llegando de a uno, y Mariano se dará la ducha revitalizadora que le devuelva la lucidez necesaria como para emprender la partida hacia la envasadora. Besos y hasta mañanas se reparten. No son una familia de publicidad a la que la vida le sonrío. Tienen más privaciones que abundancias, y, en todo caso, lo que abundan son las

privaciones, pero Mariano sonríe y agradece por lo que tiene al dios de su esposa, si es que existe y si es que es el responsable de todo esto.

Una última sonrisa aún le verá su esposa cuando lo acompañe hasta la puerta, le d e el último beso en vida y lo escuche hacer una broma acerca de la casa en la que la deja, una casa de dos colores.

VI - El opio de doña Bety

Se sabe y es materia de discusión, aunque no sea este el lugar para eso de la discusión, que la debilidad hace más vulnerables a las personas, y mientras más indefenso se encuentra alguien, más fácilmente se convierte en presa de los depredadores, siempre prestos a dar el salto sobre sus víctimas. Los habitantes de un barrio como este en el que viven los Gómez (o vivieron, cada quien elija el tiempo de los verbos, tarde o temprano coincidiremos en el pretérito) suelen resultar, varias veces en sus vidas, engañados por los oportunistas que se aprovechan de las circunstancias y saben construir sus fortunas esquilmando, justamente, a los que no tienen más capital que sus pieles y sus manos, que cada vez valen menos.

Los políticos suelen acordarse de que existen estos rincones de la ciudad

solo en momentos en los que, con grandiosas promesas, cuando no con miserables bolsas de comida u otros regalos, pueden arrancar un voto. También están los empresarios, caritativos personajes que disimulan, con sus donaciones, las cifras que se pierden y que, antes que engrosar los fondos impositivos, pasan a aumentar sus propias cuentas.

La enumeración y el detalle de acciones de los desvergonzados podría continuar y quizás fuese necesario demasiado espacio para hablar de ellos, pero no nos detendremos en listas exhaustivas, para llegar de inmediato a lo que nos interesa en este momento, a las religiones. No a todas, pero sí a aquellas que toman como referente a Cristo y, sin pelos en la lengua, reclaman a los pobres, a los marginados, a los desclasados el pago de los trámites mundanos que desde el púlpito realizará el pastor para que las almas, previo abono de las cuotas mensuales correspondientes, puedan llegar al prometido edén.

La búsqueda que llevan adelante esas religiones no se orienta a la gente que posee más dinero, pues se sabe que, antes que a una religión, quienes están mejor acomodados recurren, para satisfacer sus vacíos y sus angustias, a un psicólogo o a algunos de los centros de compras más importantes de la ciudad, cuando no a quirománticos o brujos que saben, como las religiones, quiénes son los mejores clientes. Con los elementos necesarios como para trocar cualquier desconsuelo en la adquisición de un placebo a cuenta, en efectivo o con tarjeta de crédito, los pudientes pulverizan cualquier aflicción sin la necesidad de entes tan lejanos y abstractos como un dios.

En cambio, aquellos que apenas si disponen del dinero suficiente como para llegar a fin de mes, los que tienen que adquirir a cuenta en el negocio del barrio y acumular largas listas de números que son saldadas regularmente pero

que vuelven a inaugurarse en apenas unos días, a veces solo unas horas, esos abandonados son el blanco al que apuntan las falacias de las religiones, y es hasta la puerta de la casa de ellos que llegan los esbirros de las divinidades, más mundanas que celestes, trayendo mensajes de imaginaria salvación para las almas de esos cuerpos que ya están perdidos.

Junto a la casa de dos colores vivía (desde mucho antes de que lo Gómez se mudaran allí y cuando a la casa todavía le faltaba mucho para convertirse en la de los dos colores) María Victoria, mujer alta y delgada, casi una sombra vertical que había nacido y pasado los cuatro primeros años habitando, junto a sus padres y a una hermana mayor, una villa de la que iban a salir, los cuatro y sus vecinos de entonces, gracias a un mundial de fútbol. Y es que el terreno en el que ellos y cientos de personas más habían construido sus bohíos se convirtió, de repente, en el lugar ideal para levantar el mayor estadio de la provincia.

Con la urgencia que imponía el comienzo de las actividades destinadas a elevar hacia el cielo las tribunas, los villeros fueron expropiados de las tierras que, a la luz de la legalidad, nunca adquirieran, y en masa los trasladaron hacia el barrio que principalmente con este fin había sido construido.

Así llegaron María Victoria y su familia a disponer de un techo y paredes más sólidas que las de una barraca levantada con materiales descartados por otros. Así, en definitiva, fue como llegaron hasta allí muchos de los que luego tendrían como vecinos a los hermanos Gómez y deberían cuidarse de ellos.

Pero antes de que los Gómez se convirtieran en un trío cargado de oscuridades y agresividad, María Victoria conoció a doña Bety, madre joven, apenas unos años mayor que ella, con quien comenzó a compartir

conversaciones casuales cuando coincidían en el barrido de la vereda.

Varias fueron las tardes, ya pasada la hora de la siesta y del calor que imposibilita cualquier actividad que implique mucho movimiento, en que ambas salieron con sus escobas y se volvieron a encontrar y a cruzar algunas palabras sobre las condiciones del tiempo y la necesidad de una lluvia que limpiara el aire de tanto polvo suelto.

Usando la escoba como tutor, dejando descansar su peso en ella mientras la sostenía con ambas manos desde la punta, a la vez que apoyaba el mentón en la plataforma paralela al piso que formaban sus dedos, María Victoria observaba una de esas tardes a su vecina terminar la tarea, interesada en el detalle que doña Bety realizaba sobre la marcha de su hijo mayor en la escuela. Esperó a que la orgullosa madre concluyera la relación y, delicada y cordial, comenzó a despedirse porque estaba por comenzar la novela que seguía por televisión desde hacía casi dos meses y que estaba muy interesante.

Doña Bety, antes que ofenderse, muy lejos de eso, la invitó a que viniera a verla a su casa, porque ella también estaba fascinada por los ojos de ese actor y atraída por los pesares de los protagonistas. Y para tentar a la vecina y no dejar ninguna posibilidad abierta a la negativa, le ofreció acompañar el capítulo del día con unos mates.

La enjuta mujer aceptó. Tan solo pidió que la dejara ir a guardar la escoba y traer unas galletas de chocolate que había comprado por la mañana en el supermercado. Desde ese día comenzaron las tardes de televisión y mates entre las dos, y de a poco María Victoria fue conociendo la vida de la familia Gómez, y doña Bety las intimidades de los habitantes de la casa lindante.

En esas prolongadas conversaciones, María Victoria se enteró de cómo al más chico le costaba, más que a los otros dos, el estudio, supo de los horarios complejos del trabajo de Mariano, de las penurias iniciales de la pareja y de la felicidad que consiguieron con el paso lento de los años. Vio fotos de viajes y familiares recreando varios de los cumpleaños de los niños, temporadas junto a un río, asados con parientes e, incluso, llegó a compartir retazos de la infancia de esa niña llamada Beatriz, devenida en ama de casa en un barrio suburbano.

En el transcurrir de las tardes y de los capítulos de la novela no faltaron, por supuesto, los chismes. Entonces, doña Bety se enteró, no sin interés, de muchos detalles de la población a la que pertenecía y que no distaban tanto de los de cualquier otra comunidad en cualquier otro barrio, pero que para ella se transformaron en únicos, porque ya este era su lugar y esta era su vida. También pudo saber que había una hermana mayor de María Victoria que, atraída por las ideas de igualdad social y en búsqueda de la utopía, comenzó a militar en movimientos de estudiantes secundarios, pero nunca llegó a encontrar más que la muerte en algún calabozo sucio comandado por un militar que probablemente caminaba tranquilo por las calles mientras que sus padres jamás pudieron recuperar del todo la sonrisa.

María Victoria era soltera y apenas si había alcanzado a perder la virginidad con algún furtivo novio que nunca llegó a formalizar las relaciones. Lejos estaba, en sus proyectos, la posibilidad de casarse o tener hijos. Encima, su salud nunca había sido de lo mejor. Y en esto de la vida, hacía tiempo que estaba sola, porque después de la desaparición de la hermana y de una requisa que volteó puertas, muebles y esperanzas, su madre había caído en un pozo depresivo del que no pudo salir hasta mucho después, y su padre se convirtió en un fantasma que vagaba por las habitaciones, intentando quizá encontrar en ellas lo que de ninguna manera podría conseguir en las calles y en la cantidad de oficinas que recorrió buscando conocer al menos un dato sobre el lugar al

que habían llevado a su hija.

Con pocas palabras que pudieran acompañarla, fue cumpliendo con las etapas requeridas para considerar que uno ha concluido con la educación necesaria y, a los diecinueve años, cuando terminó de cursar la escuela, consiguió trabajo en una tintorería en la que le pagaban un buen sueldo, con vacaciones y aguinaldo incluidos. Todos los días hábiles, durante diecisiete años, tomó el colectivo a la misma hora y en la misma parada, hasta que a tres cuadras de la tintorería, ubicada en un barrio común y corriente de clase media, una empresa multinacional compró un terreno para levantar, en tiempo récord, una sucursal de su cadena de supermercados.

Además de la posibilidad de adquirir cualquier objeto de uso cotidiano, el monstruo edilicio ofrecía servicios complementarios, como un banco, una farmacia, un patio de comidas, una perfumería, un centro de revelado de fotografías y, claro, una tintorería.

A los tres meses de la inauguración del nuevo centro de compras, los patrones de María Victoria tuvieron que reconocer que ya estaban grandes como para mantener el ritmo que requiere cualquier negocio y, fundamentalmente, que era absolutamente en vano intentar competir contra la velocidad de entrega y los precios que ofrecían los invasores multinacionales, porque, al fin y al cabo, la tintorería que había venido a instalarse también era parte de una cadena de lavaderos con filiales en cientos de países. Vencidos, volvieron a repetir la pregunta que se hacían a sí mismos después de cada cena o almuerzo, pero esta vez delante de María Victoria. ¿Qué podemos hacer nosotros, si más no podemos bajar los costos y a la gente, claro, no le convienen los precios que podemos manejar?

Ella entendió que eso significaba el fin de su tranquila vida de asalariada, y ya al otro día estaba en la calle buscando un nuevo trabajo. Al principio, como todos, tuvo ciertas pretensiones, que fueron aplacándose a medida que los días de desocupada se transformaron en semanas, y las semanas fueron un mes y medio. Hasta que una tarde en la que la desesperación la envolvía, golpearon la puerta de su casa y, al abrir, se encontró con dos figuras bajas, una rechoncha señora y una alegre adolescente, que le anunciaron, sin más, que andaban divulgando la palabra del Señor.

María Victoria, al comienzo y midiendo lo que decía para no ofender a las mujeres, intentó librarse de ellas asegurándoles que estaba ocupada, que no tenía tiempo en ese momento y que si pasaban otro día sí podría atenderlas. Pero el dúo insistió recurriendo a un par de golpes bajos, como la tristeza de la gente por estar lejos de Dios y las penas que se abaten sobre aquellas almas que adoptan esa actitud.

Entre los motivos de infelicidad que citaron las evangelizadoras, nombraron la desocupación, entonces María Victoria se contuvo en su próximo argumento orientado a despacharlas, y no tardaron demasiado en convencerla de que las acompañara el domingo al templo, simplemente para conocer al pastor y a un montón de gente que estaría dispuesta a ayudarla. Le dejaron un par de revistas con las que podría comenzar su aproximación a Él, se despidieron con un beso, una bendición y la promesa de que la pasarían a buscar para acompañarla al primer oficio.

Todo lo que las dos mujeres le prometieran se cumplió al pie de la letra. No solo encontró un alivio impensado en las palabras de ese hombre que, desde el estrado, pregonaba palabras bíblicas subiendo o bajando el tono de su oratoria según hablara de las causas de las penurias humanas o de las

consecuencias de las distancias creadas entre la humanidad y las divinidades, sino que también obtuvo una solución a su problema de falta de trabajo, porque las dos mujeres la presentaron ante el pastor explicándole el deseo de María Victoria de acercarse a Dios por su intermedio y enterándolo de su situación.

Durante esa semana, la vecina de doña Bety, aunque por entonces doña Bety todavía no fuera su vecina y ninguna de las dos siquiera sospechara la existencia de la otra, tuvo una aproximación más intensa a la iglesia. El martes fue invitada a una jornada de oración en la casa de la más joven de las predicadoras, el miércoles concurreó al templo para participar en el servicio de las ocho de la tarde, el viernes fue visitada por las dos mismas mujeres, acompañadas de un tercero, un joven callado, introvertido, que solo hablaba cuando se le preguntaba, y los cuatro compartieron mates, panes con dulces y pasajes de la Biblia que comentaban buscando el significado más profundo de cada palabra.

El sábado, su madre, que notó de inmediato el cambio que en su hija había producido este acercamiento a los misterios celestiales, solo le pidió que tuviera cuidado, porque ella desconfiaba un poco de estas religiones algo fanáticas. Pero María Victoria, antes que disgustarse por la advertencia, la recibió como una bendición: que esa mujer, taciturna, ensimismada, le dirigiera la palabra y se dispusiese a hablar con ella era, a qué dudarle, la primera obra que el Señor le dedicaba personalmente. Por eso, el domingo, fue lo primero que le contó a las mujeres que la pasaron a buscar para ir a misa, y sería este mismo día el elegido por Dios para tocarla por segunda vez con su etérea diestra, porque, ni bien llegada, el pastor la recibió con un beso y le presentó a una pareja entrada en años, ella muy canosa y él muy arrugado, que estaba necesitando una empleada de servicio doméstico de medio tiempo que trabajara solo por la mañana ayudándole a la mujer, aquejada por una osteoporosis controlada por los médicos (y Dios, por supuesto), con la limpieza,

las compras y la elaboración del almuerzo.

La paga no era mucha, de ninguna manera se aproximaba siquiera al sueldo que recibía en la tintorería, pero el trato amable, la posibilidad de almorzar todos los días con la pareja que la llamaba "hija", la certeza de estar bendita por el cielo y la necesidad de agradecer ese gesto del Creador eran suficientes motivos como para que fuera cada mañana a trabajar gustosa.

De lunes a sábado, la agraciada golpeaba a las siete la puerta de la casa en la que era recibida por la canosa mujer, se saludaban con un beso, preparaba el desayuno y los tres compartían la primera comida del día antes de que el hombre se fuera a abrir la pequeña ferretería barrial, a cinco cuadras del lugar, que fundaron él y su hermano hacía más de cincuenta años. Después, mientras la anciana se dedicaba a quehaceres menores, María Victoria lavaba los pisos y la ropa, planchaba, sacudía cortinas y sábanas, repasaba con gamuzas los muebles y los adornos y preparaba la comida. A la una y cuarto, una y media a más tardar, se volvían a reunir los tres para almorzar. Un día a cada uno le correspondía bendecir la mesa, pero todos los días le tocaba a ella lavar los platos. Entonces, cuando por fin secaba el último cubierto y lo dejaba en su lugar, saludaba con un beso a cada uno y se retiraba a su casa para dedicar las tardes a la lectura de los evangelios, a ver televisión, a visitar a hermanos religiosos o salir a las calles a predicar, puerta por puerta, la palabra del Señor.

Cuando doña Bety conoció a su vecina, esta ya no dedicaba las tardes a la evangélica tarea de caminar y caminar en busca de personas que estuvieran dispuestas a escuchar las enseñanzas que el Divino pusiera en su boca. Hacía tiempo ya que había cambiado esa actividad por la de buscar otra forma de ingresos más materiales que redituaran concretas pecunias antes que

bendiciones, las que continuó recibiendo a cambio de su diezmo en el templo en el que, como ya dijimos y ya sabemos, con esa mínima cuota los intermediarios terrenos se conforman.

Claro que, con su experiencia y su currículum, lo único a lo que podía aspirar era a más labores de servicio doméstico, entonces hizo propaganda, en la iglesia y en los barrios aledaños al suyo, y al cabo de poco tiempo ya tenía ocupadas todas las siestas. Inmediatamente después de terminada la actividad en la casa de los ancianos, se encargaba de hacer planchado de ropa a domicilio.

Sin mucho más esfuerzo, apenas una o dos horas más por día, consiguió superar los montos mensuales que antes recibía en la tintorería, por lo que podía tener todas las tardes libres y dedicarse a acompañar a su madre, ver novelas y, como lo hizo desde esa primera conversación con doña Bety, tomar mates con la vecina.

Hubo un tiempo, especialmente cuando ocupaba los momentos libres para predicar, en que la intolerancia se apoderó de María Victoria. Entonces se enfrentaba, por cuestiones de fe, hasta con sus propios padres, quienes la criaron en una casa sin muchos íconos pero con convicciones católicas. Nada de lo que los demás hicieran parecía para ella estar libre de pecado, y su círculo inmediato de relaciones le confirmaban cotidianamente que ella estaba en lo cierto. Pero todo eso no fue más que una explosión fervorosa como la que acompaña a cualquier comienzo. A medida que transcurrieron los meses, la medición en los juicios de valor y cierto respeto hacia las creencias ajenas volvieron a ella, y pudo ser capaz, otra vez, de mantener un diálogo con cualquiera sin que eso implicase la necesidad de aprovechar la oportunidad para convencer al otro de las bondades de estar cerca de su dios.

Fue en esta etapa de superación del fanatismo religioso cuando doña Bety la conoció y la invitó a ver con ella televisión. De vez en cuando, María Victoria intentaba realizar una introducción que orientara la conversación hacia lo religioso, pero nunca pasaba de eso, porque su vecina estaba convencida de que cada quien tenía el derecho de engastar su fe en el dios que quisiera, y eso la inhibía de seguir adelante con sus intentos de conquistar un alma más, máxime si se trataba de esta alma, la de doña Bety, quien en la mirada y en las acciones despedía santidad, o al menos un aura de bondad irreprochable.

No obstante, varias veces, comentando el trabajo del día en la casa de los ancianos, María Victoria alababa el altruismo de los viejos, adjudicándolo a la innegable presencia divina en sus corazones, entonces, así como un tema lleva a otro, dejaba deslizar una invitación para que la acompañara a misa y de esa manera conocerlos, pero doña Bety la eludía con suavidad y con el simple e irrevocable argumento de que tanto el domingo como la noche de cualquier día eran los momentos en que se reunía toda la familia, ella, Mariano y los tres chicos, motivo suficiente como para que la invitación ya no tuviera validez y la escuálida volviera al mate, el pan con dulce y el silencio sobre el tema.

Pero sería ese mismo carácter de doña Bety lo que la llevaría a visitar por primera vez el templo y también la causa por la que fuera en una segunda oportunidad, una tercera incluso, y ya no pudiera despegarse. Porque un martes, María Victoria no vino a ver la novela con ella, ni siquiera apareció durante el resto de la tarde, tampoco al día siguiente. Al tercer día de ausencia, y ya urgida por esos temores que nos invaden cuando la gente a la que hemos comenzado a apreciar nos deja sin noticias, doña Bety se animó y golpeó la puerta de la casa de al lado para preguntar por la muchacha, y fue esta quien la atendió.

Con ojos hinchados que denotaban el llanto vertido y el que se vertería, la mujer, más demacrada que de costumbre, se abalanzó sobre su vecina emitiendo un chillido apenas perceptible y detrás del cual se podía adivinar la intención de emitir un mensaje, palabras que revelaban el porqué de sus lágrimas. Abrazada a ella, doña Bety entró por primera vez a esa casa que nunca había visitado. Llegaron hasta la cocina, no mucho más allá de la puerta que acababa de atravesar, y después de acomodar a la delgada y frágil figura en una silla, aceptó la invitación a sentarse y pudo enterarse, por medio de una voz entrecortada por estertores y lágrimas, que toda esa pena era producto de un tumor irreversible en el pecho de María Victoria.

Entre consuelos inútiles, la madre de los Gómez pudo saber que la joven mujer hacía un par de meses que había detectado la irregularidad debajo de la piel y que, desde entonces, había visitado a un par de médicos. Todos le decían lo mismo, con variantes mínimas que no menguaban el diagnóstico, entonces no le quedó más que hacerles caso y someterse a los estudios que, con una precisión indeseable, confirmaron que el cáncer no podía tratarse más que a través de los métodos más agresivos y también los más caros.

La cuestión ahora era de dónde sacar el dinero para solventar ese proceso, si en todos estos años que dedicó a la limpieza de las suciedades ajenas nadie nunca le garantizó una cobertura social, y cada vez que se enfermaba recurría a la bondad y la confianza de la farmacéutica del barrio, que le permitía llevar de fiado los remedios e, incluso, en varios casos, le hacía el mayor descuento posible.

Imposibilitada de recurrir a alguna obra social y dando por hecho que los ingresos de su padre no alcanzarían de ninguna manera para paliar los gastos, no le quedaba más que rezar, y esa tarde, esa en la que doña Bety golpeó la

puerta de la casa de su vecina, María Victoria le pidió que la acompañara a hacerlo, convocando, además, a su madre, con quien por primera vez doña Bety cruzaría más palabras que las del escueto saludo de vereda.

Las tres oraron por la recuperación de María Victoria y la desaparición del tumor, y después, buscando la forma de ayudarla dándole algún motivo de felicidad, aunque más no fuera pasajera, y argumentando que el más pequeño necesitaba de su vigilancia para terminar con las tareas de la escuela, la madre del Verdura insistió en que fueran juntas a ver la novela. Entre tostadas, cálculos y problemas matemáticos, las dos mujeres (porque la madre de María Victoria rechazó la invitación) volvieron a compartir la tarde y la programación televisiva, pero antes de retirarse, la vecina le solicitó a doña Bety que por favor la acompañara a la iglesia al otro día, y aclaró que la invitación no respondía más que a una necesidad de compañía y de bienestar, porque estando a su lado se había sentido mucho más animada, cosa que no pudo experimentar junto a nadie más.

En el templo, al día siguiente, doña Bety conoció al pastor y a su esposa, además de a una veintena de fieles que en distintos momentos se cruzaron con ellas. A la semana, ya todos sabían que María Victoria llegaría escoltada por su vecina, y no faltó quien preguntara acerca de la fidelidad de esa mujer hacia la religión ni tampoco quien propusiera algo así como una estrategia suave de incorporación.

Por eso, para cuando por fin María Victoria murió, su acompañante ya era un miembro más del rebaño divino, pese a las resistencias de Mariano, a quien doña Bety nunca pudo convencer para que fuera con ella a alguna de las ceremonias en el templo, y mucho menos para que se sentaran juntos a leer los párrafos de la Biblia que el pastor le recomendaba como eficientes a la hora de

intentar convertir a un pagano.

Con su nueva religión a cuestas, doña Bety comenzaría a llenar su vida de temores que no podría superar. Así fue que se convenció de que todo lo que sucedía a su alrededor era responsabilidad de ella, porque era la ira divina la que le interponía los pesares, pero también era el amor profundo de Dios el que había puesto en su camino a María Victoria.

Para ella, la muerte de Mariano fue el primer signo de que el cielo comenzaba a cobrar por los pecados cometidos. Después vinieron el accidente de Marcos y la rebelión del Verdura. No quedaban dudas de que su estadía en este planeta y bajo esta forma tan a imagen y semejanza del Señor, aunque Él fuese hombre, no había transcurrido más que por las sendas del pecado, del que solo podría reivindicarse a través del sacrificio. Por eso, cuando huyó de su casa luego de la amenaza que recibió su hijo mayor a través del caño de un arma en la sien de su hijo menor, inmediatamente después de la terrible visión de un joven del barrio apuntando a la cabeza del benjamín, fue directamente al templo a pedir asilo, y allí se quedó, rezando y haciendo la limpieza del lugar a cambio de una habitación donde quedarse, cuatro comidas al día y la tranquilidad de no tener que lidiar con los negocios del mayor, el silencio del mediano y la violencia del más chico.

Solo tres serían los breves regresos de doña Bety a la casa de los dos colores. En el primero, intentaría por última vez convencer al Verdura de que se fuera con ella al templo. En el segundo, sería echada por los insultos y la amenaza de Marcos de que si la volvía a ver por allí la mataría. La tercera y última vez que pisaría la casa sería después de que todos sus hijos estuvieran muertos, y ya nunca más querría escuchar hablar de ese lugar.

VII - Agitado amanecer de un día (agitado)

Mientras doña Bety se enclaustraba en la iglesia y comenzaba su nueva vida, adaptándose a la ausencia de sus hijos, extrañando a Mariano, evitando estar sola para no doblegarse ante la pena y el llanto, Marcos se convirtió en el regente de la casa de dos colores, en donde se comenzó a hacer lo que él decía y en el momento en el que él lo quisiera. Con el único con quien tenía algún tipo de contemplación era con Miguel. Todos los demás pasaron a ser, y así tenían que entenderlo, sus subordinados, incluso el Verdura, que era tan irresponsable y tan poco consciente que nunca se le ocurriría siquiera ponerlo a vender en la calle.

Marcos tenía en claro que su hermano menor podía llevarlo a la pérdida del negocio, incluso de la libertad y hasta de la vida si le daba alguna

responsabilidad, por eso le permitía quedarse en la casa, pero sin más relación con él que la de compartir un techo, y hasta se sentía mucho más tranquilo cuando el Verdura andaba por las calles. Claramente, era mejor tenerlo lejos y sin saber nada de él.

Pero esa calma que Marcos pretendía no podía ser tal mientras el más chico de los Gómez anduviese por ahí alardeando de su condición de integrante de la casa de dos colores. Tenía que buscar la forma en que el niño saliera de su vida, desapareciera, de una vez y para siempre, de su lado.

No fue este el momento en que Marcos decidió que debía matar (o hacer matar) al Verdura, ya que si bien tenía en claro que para mantenerse en el negocio necesitaba empezar a ver en los otros no a personas, sino solo cuerpos, carne que ya había comenzado su putrefacción desde el mismo momento del nacimiento, ni siquiera se le hubiera ocurrido, por molesto que fuera el hermano para sus negocios, asesinarlo.

Sus planes eran más sencillos. Tratarlo mal, muy mal, lo suficientemente mal como para que se diera cuenta de lo mal recibido que era entre esas paredes. A eso, Marcos agregaba una excesiva consideración hacia Miguel, a quien permitía entrar en su habitación, le compraba cigarrillos y, siempre delante del Verdura, le entregaba cada día un par de billetes grandes para que tuviera para sus gastos, mientras que al más chico solo le daba lo necesario para un paquete de cigarrillos.

El mayor de la casa también se encargaba de proveer al menor de la marihuana necesaria para que pasara el día lo suficientemente tranquilo como para no meterse en problemas. Los rumores acerca de que el Verdura era uno de los integrantes de los Mataperros ya se habían disipado (de hecho, la banda

asesina de mascotas no actuaba desde hacía un buen tiempo y, por ende, la policía no merodeaba peligrosamente en busca de chivos expiatorios que pudieran justificar el sueldo), y aunque Marcos estaba más que seguro, por los rumores que había empezado a oír, de que su hermano había tenido que ver, y mucho, en el sacrificio canino, lo consideraba como algo ya pretérito.

Como responsable de la venta de drogas en una parte del barrio, buscaba entonces la forma de mantener todo tranquilo en su sector. Las cosas con el Gato estaban más que bien, los vendedores eran gente de confianza y, por si acaso, Miguel estaba siempre al lado de ellos, y la policía, más tranquila después de la esperada desaparición de los Mataperros, había vuelto a transitar el barrio igual que antes, es decir, como si de paseos diarios se tratara, rondas en sus autos para intimidar a todos aquellos que no entendieran los códigos básicos de este tipo de relaciones e intentaran, pobres imbéciles, romper la frágil calma que entre bandas se había logrado.

Con la situación bajo control, el único potencial problema seguía siendo el Verdura, quien nada entendía de símbolos o mensajes subliminales y tomaba la dura actitud de su hermano hacia él como una forma más de relación, por lo que, ante el desprecio del rengo, respondía solo con la molicie que nacía de la convicción de que esa era la mejor y la única forma en la que podría vivir.

Para el Verdura, los días se convirtieron rápidamente en una simple rutina de dormir, comer cuando y donde pudiera, ver televisión y recorrer el barrio en busca de alguien que estuviese dispuesto a compartir (y pagar) una cerveza.

Sin embargo, una mañana, cuando el sol apenas si comenzaba a cumplir su elemental tarea de amanecer, la estancada y cómoda vida del Verdura se iba a ver alterada para siempre, porque apenas los primeros rayos proyectaron

algunas sombras, un par de golpes sonaron en la puerta de la casa de dos colores, y la responsable de ese sonido era doña Bety, quien, timorata, aunque conservaba una copia de la llave de su casa, no se animó a entrar sin avisar, tal vez por miedo a ser mal recibida y rechazada por alguno de sus hijos, quizás en la convicción de que sorprendería a los habitantes en actitudes que prefería negar a reconocer, porque ya todo el mundo sabía lo que a esa casa entraba y lo que de esa casa salía.

Era el Manotas Quiroga a quien le correspondía la guardia esa mañana, y fue justamente él quien se asomó por entre la persiana de la ventana junto a la puerta para descubrir que era la madre de su jefe quien lo interrumpía en medio de la mejor parte de la película que en ese momento veía.

No dudó el Manotas en hacerla pasar y ofrecerle que se sentara (si bien la reconocía con derechos sobre el lugar, no le permitiría que se sintiera propietaria, que bien había escuchado de boca de Marcos que ella ya no integraba la casa y que era mejor que no apareciera, porque su lugar no estaba allí).

Sabía que mucho le podía costar ir a despertar al patrón, máxime si lo que lo motivaba era la más que compleja presencia de doña Bety, por eso lo llamó a Miguel, para que, en todo caso, fuera él quien evaluara el proceder más aconsejable ante esta situación.

La envejecida mujer vio aparecer por el pasillo a su segundo hijo y se sorprendió de que él se acercara lentamente, le diera un beso en la mejilla y le preguntara, calmado y como si la sorpresa no fuera tal, qué era lo que andaba haciendo por allí. Antes de responder, doña Bety le hizo un comentario simple, apenas un lugar común más de los que se usan en paradas de colectivos o

ascensores, acerca de lo bien que se veía y el posible par de centímetros que parecía haber crecido en el escaso tiempo que llevaba sin verlo. Por fin, y sin preámbulos, la madre le dijo que venía para llevarse al Verdura (claro que ella lo llamaba por su nombre, su original nombre, como siempre lo había llamado y como hasta el fin lo llamaría) con ella al templo.

Miguel mandó al Manotas a que pusiera agua a calentar para preparar el desayuno, a la vez que le preguntaba a su madre si quería tomar algo. Doña Bety agradeció como si estuviera tratando con un extraño, al menos con alguien con quien no tuviera tanta confianza, y aseguró que apenas estuviera preparado su hijo menor, con un bolso listo y en el estómago depositado el desayuno, partiría. Después de eso pidió permiso para sentarse en uno de los sillones y desde esa nueva ubicación vio cómo su hermoso y buen estudiante, su tierno y prometedor hijo del medio le daba la espalda para dirigirse hasta la habitación en la que el Verdura seguramente dormía, como siempre, un sueño en extremo profundo.

Miguel, de pie junto a la cama, tomó por el hombro a su hermano menor y, agitándolo con suavidad, le comunicó que lo esperaban en la sala. Somnoliento, el Verdura tardó en entender el mensaje, y cuando por fin se pudo despertar, de mal humor, como siempre lo hacía, quiso saber quién era el que tan temprano venía a molestarlo.

Hasta el sillón en el que esperaba doña Bety llegaba, como un murmullo, el diálogo que en la habitación mantenían sus hijos. Apenas si podía reconocer la voz del menor, mientras que la del otro era claramente distinguible. Los sonidos que llegaban hasta ella no podían más que hacerle suponer el tipo de conversación que mantenían, lo que no dejaba de ser, para la mujer, una suerte, porque, de haber podido interpretar claramente lo que se decía en la

pieza, habría tenido que soportar las palabras con que el Verdura la calificaba tratando de hacerle entender a Miguel que volviera a la sala para decirle a su madre que se fuera por donde vino, que él no la acompañaría a ningún lado, que se podía meter su templo, el pastor y el resto de sus hermanos de fe en lo más profundo de su ser, aunque por vías no exactamente espirituales.

Las negativas del menor a ponerse de pie y preparar un par de bolsos con sus pertenencias, las escasas ropas que usaba hasta que la suciedad era tan obvia que ni siquiera él podía soportarla, pasaron de un tono más o menos parecido a un diálogo a la elevada voz de las discusiones. Entonces sí doña Bety escuchó insultos, ya no dirigidos a ella, sino a Miguel, a alguna que otra virgen, a un posible dios y a todo aquello que pareciera o involucrara a la mismísima vida.

Apoyado en el bastón (cada vez que se levantaba era lo mismo, el adormecimiento del reposo tardaba en retirarse y durante los primeros minutos inmediatos a levantarse debía sostener el cuerpo en el maldito pedazo de madera al que lo habían condenado Adolfo, su maldita moto y el malhadado accidente), Marcos apareció en el umbral de la habitación de donde provenían los gritos, esos que lo obligaron a interrumpir el sueño, el que de un tiempo a esta parte era escaso. Cuando el Verdura lo vio, supo de inmediato que las cosas estaban definitivamente mal y dudó en levantarse o resistirse aceptando las consecuencias, pero de ninguna manera tenía intenciones de abandonar la casa y la forma de vida que en ella llevaba, por lo que optó por lo último y, cubriéndose con las sábanas, giró acurrucándose entre las telas hasta quedar de espaldas a sus hermanos y mirando la pared.

Miguel, cauteloso como siempre, al ver al mayor de pie y con gesto iracundo, se apartó de la cama, retrocedió lo suficiente como para dar a

entender que dejaba en sus manos el tema y se retiró de la habitación, explicando al pasar, con apenas un par de palabras, que en la sala estaba doña Bety esperando al Verdura para llevarlo con ella.

Acostumbrado en los últimos tiempos a dar órdenes, Marcos pronunció solo una frase. Hosco, conminó a su hermano a que se levantara y preparara sus cosas, e incluso estipuló un tiempo: no más de diez minutos. Luego dio media vuelta y se dirigió a la sala, donde doña Bety, sorprendida pero no tanto por la situación, lo recibió con una sonrisa y el interés amable por el estado de las cosas (así, en general, aunque ella era consciente de que había detalles que no quería conocer o al menos no escuchar de la boca de sus hijos, porque bien que se enteraba de las actividades en la casa gracias a los chismes que la gente del templo llevaba y traía) y por la condición en la que se encontraba esa pierna que veía débil y vacilante.

Que todo estaba bien fue la única respuesta que obtuvo la mujer, y se conformó con pensar en que la frase se refería a ambos temas, a las cosas en general y a la pierna en particular mientras su hijo mayor, que ni siquiera pronunció algo similar a un saludo y mucho menos intentó detenerse para conversar, pasó por delante de ella desapareciendo de su vista de inmediato.

En la cocina, Miguel se había sentado a la mesa y cebaba mates. El Manotas Quiroga permanecía de pie, apoyado contra el marco de la ventana, sin saber qué hacer, porque, al fin y al cabo, lo que estaba sucediendo, según su entendimiento, no tenía nada que ver con el negocio y se trataba solo de un tema familiar.

Marcos, como si nada de esto estuviera sucediendo o como si se tratara nada más que de una situación cotidiana que se resolviera con una pequeña

acción, llegó a la cocina, se sentó junto a su hermano y le pidió un mate.

En el reloj que estaba colgado justo arriba de la heladera, lleno de polvo y grasa y que solo funcionaría hasta que se le acabara la pila, la última pila que le pusiera doña Bety hacía algunas semanas, porque una vez que dejara marcar la hora ya nadie se interesaría en él, Marcos vio que eran las siete y cuarto. Contaría a partir de ese momento el tiempo del plazo que tenía el Verdura para prepararse, sabiendo de antemano que el menor se resistiría a cumplir con la orden, por lo que permaneció durante esos diez minutos en silencio, formando a la vez un silencio a su alrededor que cada vez se tensaba más, mientras que Miguel, conocedor también de lo que seguiría a esa calma, ofrecía mates, y el Manotas, retraído en su posición, no se animaba a decir siquiera una palabra.

Nadie habló. Pronunciar una frase, aunque más no fuese de un monosílabo, hubiera sido como detonar anticipadamente la explosión que estaba cronometrada para hacerlo a las siete y veinticinco. El momento justo del estallido lo conocía solo Marcos, pero los otros dos, e incluso la madre, al verlo pasar nuevamente frente a ella, ahora en dirección contraria, supieron que la mecha había sido encendida cuando, lento y apoyándose en el bastón, el líder se incorporó y recorrió la distancia que separaba la cocina de la habitación en la que el Verdura permanecía acostado y cubierto con las sábanas.

Desde su covacha, el menor de los Gómez no podía escuchar los pasos que Marcos daba hacia él con sus zapatillas, pero sí reconocía, acercándose, los mínimos golpes que la punta del bastón marcaba, como el compás de un metrónomo, en el suelo, cada vez más próximos, cada vez más amenazantes.

Si por alguna razón, si por cualquier nimio motivo su sueño era interrumpido, el rengo se levantaba de muy mal humor. En esas circunstancias,

lo mejor era huir de su lado, apartarse, permanecer lo más lejos posible de su enojo y su bastón. El Verdura conocía muy bien esto, por eso, cuando Marcos se detuvo junto a su cama y le ordenó nuevamente que se vistiera y preparara sus cosas, no hizo ni el más mínimo movimiento y solo se preparó, endureciendo el cuerpo, para recibir el bastonazo. Pero el golpe del palo de escoba adaptado para servir de apoyo y contribuir con la estabilidad del desgraciado hijo mayor de los Gómez fue a dar a la cabecera de la cama, y el grito que fortaleció la acción llegó tan claro a los oídos del Verdura como a los de su madre y a los de su otro hermano, Miguel, que buscó con la mirada los ojos del Manotas Quiroga y los encontró implorante, casi como pidiendo instrucciones acerca de qué hacer a partir de ese momento en el que las cosas, claramente, se complicarían.

Casi sin mover los labios, Miguel pronunció una elemental frase de no más de cuatro palabras que sirvió como autorización para que el esbirro se retirara. En urgente despedida, el Manotas prometió volver a la tarde, y ni siquiera se animó a saludar a doña Bety, que lloraba sentada en el sillón, mirando hacia el interior del pasillo por el que debía aparecer su hijo menor, a la vez que se secaba las lágrimas con pañuelos de papel.

El sonido de la puerta cerrándose tras el mutis del Manotas fue cubierto por otro mucho más estrepitoso que procedía de la habitación en la que el Verdura seguía oculto bajo las telas y sin responder a las increpaciones de su hermano.

Marcos había golpeado nuevamente la cama con el bastón, a la vez que injuriaba y maldecía sin animarse a dar de lleno con su palo en ese cuerpo oculto que se le ofrecía como una débil figura. Veía cómo sus gritos y su enfado no tenían el mismo resultado en ese irreverente púber que en las demás

personas que lo rodeaban, antes que eso, el Verdura se animaba a desafiarlo sin siquiera mostrar la cara, dándole la espalda, magnificando su arrogancia con un silencio que no otorgaba, sino que, por el contrario, fortalecía la resistencia.

Los gritos de Marcos ahora ya eran todo insulto y los golpes rebotaban entre las maderas de la cama y las de la paupérrima mesa de luz, se estrellaban contra las paredes y contra el piso, hasta que uno, quizás sin intención, fue a dar al colchón, a escasos centímetros del cuerpo acurrucado. A pesar de todo, ni la más mínima respuesta o reacción emergía de ese bulto.

Es extraño, al menos para el que lo ve desde afuera, cómo se establecen las jerarquías cuando el escalafonamiento depende de formas extremadamente violentas. El Manotas, por ejemplo, después de la golpiza que recibió al lado de un baldío, comprendió, o al menos eso podemos suponer, que lo más conveniente para él era seguir junto a su agresor. A las pocas semanas, ya recuperado de las lesiones, acudió presuroso al llamado de Marcos y aceptó sin peros la oferta que este le hacía. Servil, cuidaba desde entonces los intereses de quien le había surcado el cuerpo de heridas, y tanto era su temor, que hasta estaría dispuesto, y esto ya lo veremos, a dar la vida por su empleador.

En el otro extremo nos encontramos ahora, en este amanecer, con el Verdura acovachado, casi ofreciendo el cuerpo para la golpiza, y con un Marcos al que le tiemblan las manos y no puede decidirse a impactar de lleno con el palo en las costillas de su hermano menor. El mayor sabe, sin ponerle tantas palabras y sin profundizar análisis que al fin y al cabo no aportan nada nuevo, que no va a vapulear al insolente, y sabe también que eso le puede costar caro. No tiene la fuerza de espíritu suficiente como para romperle los huesos. Entonces, se aparta de la cama empujando con el bastón las zapatillas del

Verdura hasta que, con un último golpe, como de hockey si queremos ver esto como el grácil movimiento de un deporte, las envía a través del umbral de la puerta. Ahí queda el sucio par de telas y suelas de goma casi agujereadas, y luego Marcos la emprende contra el ropero y todo lo que en su interior es propiedad del Verdura.

Con el mango del bastón, a la vez que insulta, va pescando remeras, pantalones, medias y todo lo que a su alcance se encuentre, y lo arrastra hasta que se caiga al piso, donde, con las dificultades propias de la pierna que aún sigue somnolienta y torpe, pateo cada prenda para convertir la habitación en un desparramo de colores que juegan como si fueran parte de un Kandinsky desteñido.

Una camisa, el guardapolvo (que, tal vez para dar fuerza a una esperanza, había seguido colgado en el armario después de que al Verdura lo expulsaran de la escuela) y un pantalón corto cayeron sobre ese otro bulto que permanecía inmóvil en la cama, desde abajo de las sábanas, el menor de los Gómez los recibió y los percibió como un adicional de protección, como si cada capa de tela que le fueran poniendo encima fuese, a la vez, un nuevo escudo contra la furia de Marcos y una nueva pared que lo separaba de su madre, quien lo había venido a buscar y ahora, sin que ninguno de sus hijos se hubiera dado cuenta, había llegado hasta la habitación y desde el marco de entrada, con la cara llena de lágrimas y la angustia instalada en la garganta, comenzaba a pedir al primogénito que dejara de golpear y gritar.

Marcos tardó todavía un tiempo en cumplir con el pedido de su madre, y ni siquiera lo hizo de una vez por todas, sino que la exteriorización de la ira fue menguando lentamente, hasta que un último insulto y un postrero golpe contra las maderas de la cama marcaron el final del violento soliloquio. Luego pasó

junto a su madre sin mirarla y se dirigió a la sala, para después llegar a la cocina, donde Miguel seguía tomando mates en silencio, encender un cigarrillo y sentarse a espera a que las cosas se desarrollaran por sí mismas, sin que sus deseos tuvieran el más mínimo efecto.

Mientras tanto, doña Bety, desde donde estaba, hizo un último esfuerzo por convencer al menor de sus hijos de que la siguiera, de que se fuera con ella a vivir al templo, pero ninguna respuesta obtuvo de esa joroba sobre el colchón que más parecía un atado de ropa para lavar que un cuerpo negándose al movimiento.

La mujer volvió a insistir, esta vez recurriendo al dios cuyo nombre producía en ella efectos inmediatos y que, sin embargo, nada sugería a los oídos del oculto rebelde. Segura ya de que ni una mirada obtendría de ese manojo de resistencias en que se había convertido su benjamín, lo despidió, llamándolo por su nombre (tan extraño sonó para el Verdura escuchar que alguien se dirigiera así a él, que tal vez ni siquiera se sintió aludido), con una bendición y recordándole, aunque a sabiendas de lo vano que era eso, el lugar en el que podía encontrarla si la necesitaba o si solo deseaba pasar a saludarla.

Por fin, doña Bety se retiró de la casa de dos colores, en donde solamente uno de sus hijos la saludó y de donde solo uno de sus hijos la despidió, aunque ya sin besarla, porque al pasar junto a la cocina se detuvo para anunciar su partida, su solitaria partida, y fue Miguel, apenas con unas palabras y un movimiento simple de la mano derecha, el único que respondió a su adiós, porque Marcos fumaba y miraba la mesa, demostrando claramente su aversión a la presencia de esa mujer en la casa.

Sola caminó hasta la puerta y sola salió de lo que había sido su hogar.

Una mujer descendió del auto que la esperaba en la calle, el mismo en el que se fue aquella vez en que la vimos huir de aquí, la abrazó y le ayudó a acomodarse en el asiento trasero. Ahora sí, ya doña Bety no tendría más motivos para regresar a esta casa. De hecho, esta sería la última vez que vería con vida al Verdura, porque por el resto de años que le quedan por vivir a su hijo menor (la misma cantidad de tiempo que le queda para construir su muerte) ella solo sabrá de él por las noticias que, mediadas, deformadas y potenciadas, llegarán a sus oídos gracias a los caminos que recorren las palabras.

El sonido del motor del auto alejándose llegaba hasta los hermanos que tomaban mates como un alivio, aunque ninguno de los dos lo fuera a decir. Después, el silencio.

Marcos necesitaba reordenar la casa. El Manotas Quiroga comentaría lo sucedido y para el mediodía ya todos conocerían los hechos. Para entonces, si las cosas seguían así, el Gato comenzaría a dudar de su capacidad para conducir la venta y querría, por qué no, eliminarlo de este negocio, en el que son necesarios hombres fuertes y no peleles que se dejan superar en sus deseos por las voluntades de un casi infante y una llorosa mujer.

Lo mejor sería establecer nuevas pautas, una rígida estructura que demostrara que algunos podían hacer lo que quisieran pero que seguía siendo él quien llevaba las riendas. Entonces le ordenó (no estaban las cosas como para pedir por favor) a Miguel que le dijera al Verdura que lo esperaba en cinco minutos para conversar. Y Miguel fue hasta la pieza, de donde regresó acompañado por el más chico, quien, en calzoncillos, supo reconocer que el momento no era propicio para resistencias o negativas. Ambos se sentaron. Miguel siguió cebando mates, el Verdura se cruzó de brazos y Marcos dejó, atravesando todo el ancho de la mesa, el bastón.

El mayor, el líder, el que era urgido por la obligación de demostrar que era él, y que seguiría siéndolo, quien determinaba qué se hacía y qué no en la casa, tomó su paquete de cigarrillos y ofreció uno a cada uno de sus hermanos. Los tres los encendieron con la llama de un solo fósforo que Marcos movió de un extremo al otro, de izquierda a derecha, y que luego apagó con un soplo cinematográfico.

Sabían los tres, cada uno imbuido en su papel, cuál era el rol que debían cumplir alrededor de esa mesa que los agrupaba como en una reunión familiar,, lo que, en definitiva, era de alguna manera cierto.

Marcos suspiró profundo, acarició la empuñadura del bastón tratando de dejar en claro quién era al adalid y cuáles eran los métodos que estaba dispuesto a utilizar, y por fin habló, cauto, pausado, construyendo para el momento una personalidad que no usaría en otra circunstancia más que en esta y solo porque era allí, justo frente a él, en los ojos del Verdura, en donde veía y vaticinaba su caída.

Dijo que las cosas cambiarían. Dijo que no iba a permitir que nadie arruinara su negocio. Y dijo que estaba dispuesto a matar al que se interpusiera. Hablando para sus dos hermanos, pero dirigiéndose específicamente al menor, explicó que no estaba dispuesto a mantener en la casa a ningún vago, que cada quien debía buscar la forma de ganar el dinero suficiente para la comida y los vicios y que no iba a darle la posibilidad de trabajar para él a nadie que no demostrara capacidad para hacerlo seriamente y sin meterse en embrollos que llamaran la atención de policías y vecinos. Tampoco, por supuesto, permitiría que ninguna de las personas que frecuentaban la casa, todos empleados suyos o compradores, abasteciera a los haraganes que solían merodear en busca de las migajas y las limosnas.

En medio de una pausa, más estratégica que necesaria, el Verdura, dándose por aludido a lo largo de todo el monólogo de su hermano, buscó algo para decir en su defensa, pero nada encontró que pudiera favorecerlo, entonces prolongó ese silencio, que ahora sí otorgaba. Miguel, que no había cebado ni un mate más desde que Marcos comenzó su oratoria, intuía hacia adónde se dirigían la declaración de principios y las nuevas reglas del mayor, por lo que, como despedida de los privilegios de los que gozaba el más chico, sacó de uno de los bolsillos traseros de su pantalón la billetera y de ella extrajo un porro que encendió de inmediato.

Sin objeciones, comprendiendo también el significado de ese gesto, Marcos recibió el cigarrillo, dio un par de profundas pitadas que llenaron de humo sus pulmones y lo cedió al Verdura, quien ya había descubierto que estas eran las últimas expresiones benevolentes que hacia él tendrían sus hermanos.

Marcos volvió a hablar para dar a conocer los términos de su decreto. Nadie más podía dar nada al Verdura, y por esto debían velar Miguel y el resto de sus empleados. Y nada era nada, ni una moneda ni un trago de cerveza, ni siquiera la colilla de un cigarrillo de tabaco o de marihuana, y mucho menos cualquier otra droga. Tampoco podría, el más chico, comer de lo que se preparara en esa casa. Si quería desayunar, almorzar o cenar, debía hacerlo con lo que él consiguiera, y para eso estaba obligado a buscar la forma de conseguir dinero, siempre y cuando esa forma no pusiera en peligro a ningún integrante de la banda o, por supuesto, el negocio.

Por último, nada de lo que había en la casa pertenecería, a partir de ese momento, al Verdura. El mal educado niño tendría que construir en sí la conciencia de que allí viviría de prestado y de que, en cuanto quisiera, podía irse, con las manos vacías y sin que nadie lo fuera a extrañar. Claro que

mientras estuviera en la casa sería él el encargado de limpiar los espacios comunes, es decir, la cocina, la sala y el baño y, de vez en cuando, aunque con cierta regularidad, la vereda y el patio. Marcos arrogaba para sí el derecho de echar a patadas (o a bastonazos) a cualquiera que no hiciera cumplir todo esto y, especialmente, al Verdura si no hacía lo que se le ordenaba.

Como nada de esto necesitaba de la aprobación de nadie, cuando Marcos terminó de hablar volvió a reinar el silencio. Con la vista fija en el bastón pero sabiéndose incapaz de tomarlo para ejercer su propia justicia, el Verdura preguntó si por lo menos iba a poder ver televisión, a lo que el mayor respondió que solo cuando hubiera terminado con todas sus obligaciones cotidianas.

De inmediato, fue el mismo Marcos quien dio por finalizada la reunión. Encendió otro cigarrillo, tomó el bastón y se incorporó con dificultad. A la vez que daba los primeros pasos, anunció que se acostaría a dormir y que no quería ser molestado por nadie. También mandó al Verdura a que comenzara desde ese preciso momento con sus tareas, ordenando primero su propia habitación, en la que toda la ropa estaba desparramada por el piso, para seguir luego con el baño, y eso era todo lo que le exigía que hiciera por hoy, eso y que, al despertar Marcos, no estuviera en la casa, sino afuera ganándose el pan. No quería volver a verlo hasta la noche.

El ruido de la punta metálica de la muleta se alejó rítmicamente hasta desaparecer.

Cuando escuchó que la puerta de la pieza del rengo se cerraba, el Verdura miró a Miguel a los ojos y, casi increpante, le pidió un cigarrillo. En la negativa de su hermano descubrió que la cosa iba en serio, entonces se puso de pie y se retiró a cumplir con sus deberes, prometiendo en voz alta que, en

cuanto pudiera, los mataría a los dos.

Miguel se encogió de hombros, preocupado no por la amenaza del infeliz condenado, sino por tener que permanecer despierto hasta que alguno de los vendedores viniera y se quedara haciendo la necesaria guardia.

VIII - Mutaciones

Poco más de cuatro años van a pasar entre el accidente que acabó con la vida y los sueños de Mariano y el breve lapso de ocho días en que doña Bety asista al sepelio de sus tres hijos, primero el más chico, como sabemos, y luego los otros dos, cada uno con sus respectivos balazos policiales perforándoles el cuerpo.

Nunca ella podrá enterarse de que el Verdura fue el único que la recordó momentos antes de morir, y quizás sea mejor así, porque solo invocó su nombre para tratar de salvar su vida, no por ninguna otra razón, y esto, ya lo vimos, porque quien le apuntaba con una pistola a la cabeza era uno de sus hermanos, que de haber sido de otra manera, de haber quedado encerrado en la emboscada tal como lo planearon sus asesinos, hubiera caído muerto en la

calle y bajo el fuego de otra mano que para nada le traería el recuerdo de su madre.

Mejor, entonces, que nunca doña Bety sepa que fue un instrumento, una herramienta en boca de su hijo menor, y mejor aún, que jamás se entere, aunque los relatos trasciendan y algo de eso llegue a sus oídos (que nunca querrán darles crédito, por supuesto), de que fue Miguel quien empuñó el arma, quien posó el caño helado en la sien caliente y sudada del Verdura, quien tomó una mínima distancia del futuro cadáver mediático, la suficiente como para apuntar al lugar indicado (con un disparo certero en el corazón, el cuerpo casi no sangra) y quien apretó el gatillo que dejó libre el proyectil que buscó carne para darle sentido a su forma, la traspasó y murió (él también, por más pedazo de plomo que fuese, murió) contra la pared sucia y descascarada de la habitación desordenada donde el Verdura creyó que podría encontrar refugio.

Ya tiene la mujer su eterno calvario de penas del que no podrá salir nunca, entonces, para qué enterarla de esa situación, para qué relatarle los pormenores de esa última reunión filial en la que, encima, Miguel se mostró como el más cruel, el más vengativo, el que, si lo hubiera preferido, habría acabado con todos. Marcos sabía que debía deshacerse de su hermano menor, era una cuestión laboral y de honor, porque había dado su palabra al Mono de que el mocoso desaparecería. Él se jugaba en ese momento la credibilidad y la fortaleza necesarias como para seguir negociando con el Mono, pero lo de Miguel fue distinto. Miguel hizo resplandecer en su rostro, mientras el Verdura imploraba, lloraba y se humillaba, una permanente sonrisa que ni siquiera le desapareció cuando su hermano ya era nada más que un bulto de ropa mugrienta y carne que se pudría.

Cuando aún el Verdura era oídos que oían, ojos que lloran, boca que

ruega, piernas que se postran, Miguel le recordó la amenaza que le hizo cuando le negó por primera vez un cigarrillo, cuando el menor prometió matarlos a ambos. Entre lágrimas, el condenado, degradado a deplorable suplicante, llegó al extremo de pedir que le baleara las piernas, uno de los brazos, incluso ambos si quería, pero que lo dejara vivo, como un miserable tullido para siempre, pero vivo. Claro que ni el clamor de mil llantos podía revertir el desenlace, entonces Marcos ordenó que de una vez se acabara todo ese circo. Fue en ese momento cuando Miguel dio un par de pasos hacia atrás, bajó el caño de la pistola y disparó, seguro del lugar al que debía hacerlo. El pecho del Verdura se aflojó y apenas si una reducida mancha roja tiñó, por delante y por detrás, la remera del fusilado.

El segundo hijo de Mariano, el prometedor estudiante, el cumplidor hermano, demostró en ese momento, a escasos días (por no contar en horas el resto de tiempo que de vida le quedaba) de su muerte, que guardaba en lo más profundo de sí la suficiente crueldad como para haber sido él el organizador de la banda, el líder. Y quizá esa bala, disparada a sangre fría, a quemarropa, con la única intención de matar fue, en realidad, el gesto que Miguel necesitaba para demostrarse que era capaz de ser él quien tomara las riendas del negocio, porque lo que siguió estuvo casi por completo a su cargo, ante la pasividad de Marcos, que sintió sobre sí la carga de haber ordenado ejecutar al Verdura y apenas si pudo reaccionar manteniendo el equilibrio como para que las cosas no se le fueran de las manos.

De haber podido sobrevivir a la guerra contra la policía, es probable que hubiera sido Miguel quien se hiciera cargo de todo, porque, en definitiva, fue él quien pudo sostener las negociaciones en el breve lapso que hubo entre ese maldito domingo en que se festejaba el Día del Niño y la mañana en que fueron cercados por los cuerpos de asalto de la policía, frente a los que no pudieron más que entregar las vidas antes que las armas. Fue Miguel y no Marcos (que

este apenas si pudo mantenerse en pie después de ver el cadáver de su hermano menor desparramado en la habitación y como única acción decidió, claro que inconscientemente, pasar los días lo más intoxicado posible con cocaína barata y otros productos sintéticos de laboratorio) quien organizó las tareas para sacar el cuerpo del Verdura y tirarlo en una acequia a dos cuadras de allí.

También fue él, sabiendo que la policía llegaría casi de inmediato a la casa, quien se encargó de meter en bolsas toda la droga que tenían (la dispuesta para la venta y la de consumo personal), junto con las armas, especialmente la que mató al Verdura, la báscula, las jeringas y demás herramientas de trabajo, y entregar todo a Sandra (siempre una mujer es menos sospechosa) con el mandato de ocultarla y tenerla a resguardo por lo menos hasta el día siguiente, siempre y cuando él hubiera indicado que era momento de moverla nuevamente.

Incluso, fue él, desplegando una capacidad de reacción no manifiesta hasta entonces, quien ordenó al Manotas que limpiara las escuetas manchas de sangre que el Verdura había dejado como recuerdo de su última visita a la habitación. Luego, como si su cargo fuera el de un gerente de control de gestión, fue hasta la pieza a comprobar que el trabajo estaba bien hecho. Para cuando la policía llegó a la casa de dos colores (no más de quince minutos después de que comenzaran los disparos frente al retablo), ya el Manotas Quiroga y el mayor de los Gómez estaban sentados en los sillones, frente al televisor viendo una mala película infantil de Hollywood y Miguel simulando dormir en su habitación.

Con el barrio alterado, lleno de policías patrullando las calles o allanando las casas de los ya para entonces sospechosos, Miguel pudo mantener la

cordura y representar bien el papel del sueño interrumpido, mientras que cuatro hombres de azul registraban todas las habitaciones y otros dos los vigilaban (al Manotas, a Marcos y a él) para que no se levantaran de los sillones donde habían sido conminados a permanecer quietos, sin intentar hacer ningún movimiento que pudiera sugerir algún tipo de reacción.

No habían terminado aún de registrar todo cuando un séptimo uniformado entró a la casa queriendo saber dónde podía encontrar a los padres del Verdura, claro que no lo llamó Verdura, sino con el otro nombre, el que figuraba en los documentos y que fue el que reveló un vecino, uno de los tantos que se acercó a ver el cuerpo que, con un tiro en el corazón, había aparecido en una acequia, cuando preguntaron si alguien conocía al muchacho.

Marcos, visiblemente más nervioso que su hermano, informó la situación paterna del muerto por el que venían a averiguar. Urgido por la necesidad de alguien que pudiera reconocer el cadáver, el policía ordenó que alguno de los dos (el Manotas, sentado en el medio, mantenía un silencio temeroso) lo acompañara, y Miguel decidió ser él quien lo hiciera. Lo subieron a un auto civil, irreconocible como propiedad de la policía, y lo condujeron hasta el lugar, dos cuadras más allá, en el que el Verdura ya estaba siendo fotografiado para los archivos.

Miguel, de pie junto a la acequia y luego un poco más atrás para permitir que los empleados de la morgue hicieran su trabajo, analizó orgulloso el trabajo que había hecho. El disparo había sido más que certero, un balazo de lleno en el corazón logrando su inmediata detención, impidiéndole que bombeara siquiera una gota más de sangre. Las mínimas manchas en la ropa del Verdura lo confirmaban. Le hubiera gustado sonreír y jactarse de la pulcritud de la ejecución, pero estaba actuando su rol de turbado, de apenado familiar del

muerto, y ni un músculo del rostro se le movía, congelado en un gesto apesadumbrado que, para todos los que formaban el corro alrededor de la víctima, era la expresión propia de una persona apenada, y hasta con aspiraciones de venganza, que estaba obligada a presenciar la escena en la que un familiar era tratado ya como un objeto, todo por culpa de unos desalmados a los que no les importa nada la vida de los demás.

La televisión, en dos ocasiones, se iba a encargar de difundir la expresión de Miguel. La primera sería esa misma noche, y él, comiendo un plato de fideos, bromearía acerca de lo buen actor que era, mientras que Marcos apenas si podría articular palabras. La segunda, al día siguiente, incluiría también a su hermano (al sobreviviente, porque al otro apenas si se lo podía intuir como el ocupante del ataúd) y a su madre, y las imágenes estarían acompañadas de comentarios sobre el dolor de la mujer y la distancia evidente que mantenía, a pesar de la tragedia, con sus hijos. Ninguno de los tres iba a hacer declaraciones a la prensa, pero sí lo hicieron los vecinos y los compañeros de credo de doña Bety, quienes se encargaron de divulgar detalles sobre las rencillas familiares de los Gómez y algún que otro dato aislado sobre las sospechas (claro que nunca hablarían de certezas) de negocios turbios que recaían sobre los hermanos.

En otro momento de su vida, Miguel no se hubiera sentado frente al televisor para ver y escuchar las noticias. Pero ahora, cada vez que hablaban de la masacre dominical en el barrio, él se sentía aludido y sonreía oyendo las especulaciones (ajuste de cuentas, lucha entre bandas por el territorio, venganza) que periodistas, sociólogos, políticos y muchos más se encargaban de difundir apenas los micrófonos se abrían. En los pocos días de vida que le quedan desde la muerte del Verdura, Miguel verá y escuchará más noticieros y programas de opinión que nunca, y hasta comprará un par de diarios.

Morirá, pues, siendo el líder de la banda, porque Marcos apenas si tendrá la capacidad de reaccionar cuando, a los gritos, sus secuaces le adviertan que la policía está rodeando las cuadras, y menos aún cuando el inevitable desenlace de tal despliegue empiece a desencadenarse. Cada uno por su lado, los cuatro compinches que estaban en ese momento en la casa de dos colores huirán. Trepano techos y medianeras, pisando jardines y atropellando gente, todos llegarán al mismo lugar. Al Manotas Quiroga, una bala le atravesará el hombro izquierdo, otra le perforará un pulmón y una tercera, y definitiva, le destruirá el estómago. El Tonga tendrá menos agujeros en el cuerpo, solo uno pero eficaz en el rostro, justo en el medio de la cara. Marcos no morirá por efectos directos del proyectil que lo impactará en el lado derecho del abdomen, sino por el golpe que se dará en la cabeza al caer, casi desmayado, del techo por el que correrá. Por último, Miguel será quien más resistencia ofrezca, y, de haber podido hacerlo, de haber podido ver las noticias y oír lo que de él decían, hubiera estado aún más orgulloso de sí, porque muy pocos pueden, en definitiva, resistir seis impactos de bala y seguir corriendo, defendiéndose a los tiros y no caer hasta que una séptima descarga le cruce el estómago.

Siete pedazos de plomo hirviente fueron necesarios para derribar a Miguel, mientras que para el Mono, quien va a caer muerto a pocas cuadras de donde lo harán los Gómez, fueron suficientes cinco. Ni hablar de Marcos, que parecía tan fuerte y que, sin embargo, débil sobre el final, se dejó vencer por uno solo.

En apenas una mañana, las dos bandas van a quedar desintegradas, y los medios de comunicación, con doce muertos más (tres policías y nueve vendedores de drogas), sumarán mucha más sangre a la de los cinco cadáveres que hacía poco más de una semana habían revitalizado el morboso apetito de los apocalípticos.

Ante las cámaras y los micrófonos seguirán desfilando todos los que tengan algo que opinar sobre el caso, sobre la violencia que reina en las calles, sobre las economías que producen hambre, sobre la impunidad de los delincuentes y decenas de conceptos más que irán convirtiendo a los muertos, lenta pero efectivamente, en otros números, en parte de las estadísticas, hasta que el tema canse, el hastío de las repeticiones obligue a buscar nuevos motivos para mantener audiencias y entonces sí, de un día para otro (la magia de la televisión y del resto de los medios), los nombres de estos muertos desaparezcan de los titulares y se archiven en expedientes judiciales.

Algo similar va a suceder en el barrio, pero el tiempo en que la mención de los integrantes de las bandas y de los tres menores de edad permanezca en las bocas de los vecinos será notoriamente más prolongado. Ya mucho más tranquilos, los habitantes se van a animar a pronunciar sus nombres, a intentar desentrañar los roles que cada quien cumplía y, ahora sí, los autores de cada uno de las muertes que, relacionadas con ellos, hubo desde hace unos años a la fecha.

Los recuerdos irán y vendrán siguiendo las trayectorias de las balas, afilados como los cuchillos que también supieron cómo ajusticiar, y algunos personajes sonarán con mayor énfasis en los labios de los chismosos. Los Gómez, el Gato, el Manotas Quiroga, el Vieja, el Gringo, Daniel, el Rosita y el Negro van a viajar con las habladurías y cada uno tendrá su propio peso y a cada quien se le crearán biografías delictivas que mucho acertarán pero también mucho errarán. Sin embargo, de todos los que se mencionen, de todos los que el eco de las voces lleve y traiga, uno será el elegido para preguntarse por qué, o al menos cómo es que ocurrió todo esto, cómo es que llegó a ese final, y ese único privilegiado (cuyas prerrogativas estarán más condicionadas a la consideración hacia sus parientes que hacía él mismo) va a ser el Mono.

Acompañando en el llanto a la madre, sufriendo el dolor de los deudos en tertulias callejeras o vespertinas o al abrigo de un mate, muchos se preguntarán cómo es que el Mono llegó a ser el líder de una organización, barrial pero organización al fin, de venta y distribución de drogas. Hablarán de amistades que lo mal influenciaron, de los errores de los docentes, del descuido de los padres, y algunos comenzarán a aproximarse al punto cuando rememoren que, antes de comenzar con los negocios que lo llevaron a la tumba, era un muchacho como cualquiera que hasta había conseguido trabajo y se lo veía todas las mañanas, a la misma hora, tomando el colectivo, todavía con los ojos hinchados de sueño.

Pero a nadie, al menos a ninguno de estos correveidiles, se le hubiera pasado por la cabeza relacionar la mutación del Mono con, justamente, toda una infancia y parte de la adolescencia signada por la permanente convicción de que, para ser, era necesario tener. Y el Mono, como miles, no resistió la tentación de sucumbir, ante la falta de las tenencias, a las posibilidades que da el poder construido a partir de la fuerza y la violencia física.

Una vez probada la importancia que da el poseer la cantidad de dinero suficiente como para comprarse el par de zapatillas que promocionan como las mejores o ser quien invite con cerveza, cigarrillos o porros, qué puede detener a quien descubre, en esa elemental estrategia del consumismo, que ha cobrado cierta relevancia para los demás y que, como si esto fuera poco, mientras que antes apenas si existía para ellos, ahora es esperado y bienvenido en cuanto aparece.

Esa sensación de independencia que da el poseer un par de pesos más en el bolsillo es lo que llevó al Mono al convencimiento de que no tenía por qué responder órdenes de alguien que, por unas miserables monedas, lo obligaba a

dejar brillante su auto. También ese sentirse más fue lo que lo convirtió en el mejor vendedor de la zona que le correspondía a Marcos y, a la larga, lo que lo transformó (digamos, para ser más realistas, lo que le hizo sacar de lo más íntimo de sí todos esos deseos que durante años guardara) en la persona de extrema sangre fría que le sugiriera a Marcos que eliminaran al Gato y se quedasen con todo el negocio.

Lo más seguro es que, para entonces, el Mono ya hubiera trazado el plan que lo llevaría a encaramarse como uno de los más temibles del barrio, porque los pasos que siguieron a la negativa de Marcos de aceptar su propuesta (él había pactado con el Gato y este había respetado todos los tratos que siguieron a aquella reunión en la que el mayor de los Gómez, solo pero convencido de su fortaleza, se enfrentó a un ejército y terminó acordando las zonas de distribución de cada uno y el tipo de mercadería que podía ofrecer), cada uno de los hechos posteriores a la conversación en la que el Mono expuso sus intenciones y Marcos resistió cualquier variación en el estado de las cosas, cada acontecimiento pareció haber estado calculado y revisado hasta en los más mínimos detalles. Porque, después de esa charla, el Mono comenzó a organizar su séquito.

Al Gringo no fue difícil convencerlo de que lo siguiera. Apenas un montón de músculos sedientos de acción, no resistiría la oferta de complicarse la vida y jugar al traidor. El Vieja por entonces andaba suelto, desocupado, vagando por las calles en busca de una excusa para meterse en problemas, y bien que los encontraría cuando aceptó la invitación del Mono a una reunión para hablar de negocios.

Fue el mismísimo Vieja quien trajo a Daniel, que hacía apenas veinte días que había salido de la cárcel por robo a mano armada, y al Mojarrita, un bufón

que difícilmente se tomara algo en serio, salvo cuando se trataba de negocios oscuros, golpes o balaceras.

El Peluca vendría después, una vez ya sacado del medio el Gato y por la necesidad de cubrir un sector que no tenía vendedores. Por el momento, según los planes del Mono, con cinco personas bastaría para deshacerse del viejo y ya agotado dueño del mercado ilegal en el barrio.

Después del reclutamiento, el Mono volvió a sentarse a hablar con Marcos, ya esta vez solo para comunicarle su decisión de dejar de trabajar para él y, sin perturbarlo en sus negocios, apoderarse de la parte que era del Gato. Marcos se asustó demasiado al ver que la osadía del Mono iba cobrando forma y significaría, en lo inmediato, el comienzo de una guerra.

El Rengo se limitó a aclararle que no tenía inconvenientes en que intentara adueñarse de todo un sector de ventas, pero que no quería que su bravuconada lo afectara, porque si el negocio se le venía abajo o el Gato (al que ya suponía como el ganador del enfrentamiento que se avecinaba) pretendía tomar represalias, el Mono lamentaría haberlo intentado, ya que él mismo, después de golpearlo hasta el hartazgo con el bastón y clavarle la punta de metal en los ojos, le daría el tiro de gracia.

El Mono solo sonrió. No tenía por el momento intenciones de molestar a Marcos, que era, en definitiva, quien lo había incorporado al negocio y de quien aprendió los rudimentos de la profesión.

Los pasos siguientes fueron dignos de un estratega. Solo y de noche, ya muy entrada la madrugada, poniendo en peligro su vida, llegó hasta lo del Gato. Mientras aguardaba a que apareciera por el pasillo de la casa (tal vez para

establecer jerarquías y dejar en claro desde el principio quién era el que controlaba las cosas, el Gato siempre hacía lo mismo: dejaba esperando por unos minutos al visitante), un par de esbirros se mantenían de pie a su lado, con las manos en los bolsillos acariciando el metal del que no se separaban nunca.

Eran muy distintos entre sí los estilos de Marcos y del Gato. Mientras que el primero nunca portaba otra arma que su bastón, obligando, además, a sus vendedores a no tener encima ni revólveres ni pistolas cuando estuvieran trabajando y permitiéndoselo solo cuando estaban en la casa de dos colores, que era la fortaleza a proteger, el otro era un fanático y obligaba a todos los empleados a llevar consigo algo con qué defenderse o, como en la mayoría de los casos, con qué agredir. Marcos tenía, por supuesto, sus herramientas de protección: dos revólveres, un 22 y un 38.

Pero lo del Gato era verdaderamente un arsenal. Eran de uso exclusivo suyo, además de la 9mm que llevaba siempre consigo, un rifle, una escopeta (robada, al igual que la pistola, a la policía) y tres revólveres.

El Mono conocía perfectamente las inclinaciones del Gato hacia las armas y, más aún, su tendencia a demostrar con ellas quién tenía el poder. Por eso sabía que los dos matones que lo acompañaban mientras esperaba a su víctima (vayamos aceptando que el Gato va a morir en manos del Mono, de nada vale ponerle suspenso a algo que resulta obvio) no mantenían las manos ocultas por el frío, sino como una actitud intimidatoria, porque era notorio qué les abultaba los bolsillos.

Ya lo hemos visto al Gato actuar en momentos como estos en los que sabe que es él quien mantiene el control de la situación, por lo que su pedante

aparición no nos puede llamar la atención, como tampoco la actitud de, soberbio, sentarse en la mejor silla e invitar con un gesto a su visitante a que haga lo mismo en una casi destartada.

En ese instante en que debía acomodar el cuerpo sin que ningún movimiento supusiera una agresión, sabiendo que una palabra mal dicha podía costarle al menos una paliza, es posible que el Mono haya sentido algo de miedo, pero queda más que claro que su decisión era más fuerte que el mayor de los temores, entonces no dudamos en aceptar que su actitud fue la de quien, convencido, ha venido a negociar sin riesgos.

Así plantado, el atrevido visitante escuchó las sugerencias del Gato acerca de la obligación de que el tema que venía a tratar valiera verdaderamente la pena y justificara la interrupción de su sueño, porque, de otra manera, tendría que volver a su casa arrastrándose. El Mono volvió a sonreír, con la misma expresión que le pudimos ver cuando anunciaba sus planes ante Marcos, y habló.

Había pasado semanas tratando de encontrar la forma de quedarse con todo, y sabía que no podía fallar, que la posibilidad de golpear y derrotar al Gato sería una y solo una. Varios planes, mediocres, demasiado arriesgados, imposibles, le habían pasado por la cabeza, y las cavilaciones lo llevaban de un lado a otro sin resultados. Al mismo tiempo de deshacerse del Gato, debería hacerlo también de sus tres matones, que eran los únicos que podrían salir a buscarlo después de liquidar al jefe, porque el resto de la banda, cinco más en total, eran meros vendedores buscavidas que, de vez en cuando, hacían algún asalto sin importancia y a los que solo les importaba trabajar sin siquiera plantearse cuestiones de fidelidad o liderazgo. El plan, considerando todos estos puntos, debía permitir agrupar a los cuatro principales de la organización

y fusilarlos a todos a la vez.

Como fuera, debía sacarlos de la guarida y poner al cuarteto al alcance del fuego. Halló una única forma de lograr esto, y con ese objetivo construyó el cuento que, con detalles insospechados, le narró al Gato.

El Mono, según la fábula que elaboró y aprendió de memoria para no permitir que ningún pormenor lo traicionara, había hecho contacto con una banda que operaba a lo grande distribuyendo drogas de las más pesadas en el centro de la ciudad. Los clientes de este grupo eran personas de mucho dinero que pagaban sin objeciones lo que se les pidiera, aunque el precio fuera elevado, y esto se debía no solo a que los vendedores garantizaban la calidad de la mercadería, sino también, y fundamentalmente, a que algunos de sus miembros eran policías.

Este era un dato más que importante en la historia que el Mono narraba. Quién, por escaso que sea su conocimiento acerca del mercado de tóxicos, no ha oído hablar, en la calle o en los noticieros, sobre casos como este que, a esta altura, comenzaba a interesar al Gato, porque que policías corruptos estuvieran involucrados era, desde el principio, una garantía para poder actuar (ya se sabe, ellos se encargarían de proteger a los distribuidores y a los consumidores, ya que en estos negocios también es necesario cuidar al cliente, un cliente bastante particular, porque sabe que nunca tiene la razón), a la vez que una presión que contribuía a mejorar el trabajo, porque a semejantes distribuidores no se les podía fallar. Un paso en falso y a los dos minutos toda una brigada, un escuadrón de operaciones rápidas rodearía la casa y no quedaría ni uno vivo.

El Mono notó, en la sonrisa que esbozó el Gato, que la idea de la policía

detrás del negocio le había gustado y, por lo tanto, que estaba por la buena senda. Hizo una pausa en el relato para sacar el paquete de cigarrillos, les ofreció a todos los que estaban en la sala, encendió el suyo con un fósforo y entregó la caja para que cada uno lo hiciera. Después de la primera bocanada, con aires triunfales pero sin exagerar, retomó la narración comentando la falta de visión para los negocios que tenía Marcos, además de su temor a los grandes riesgos, por lo que apenas si había comenzado a comentarle acerca de esta posibilidad que el miedoso ya se estaba negando a pactar.

Como signo de su predisposición a trabajar en serio y con la mayor sinceridad posible, el Mono aseguró, sin que su gesto expresara el menor miedo, que hasta pensaba convencer a su antiguo jefe de iniciarse en la venta de drogas más pesadas a pesar de la prohibición que sobre eso impusiera el Gato y, si fuera necesario, declararle la guerra y avanzar sobre su territorio.

No dejó que su interlocutor opinara nada al respecto. Era él quien llevaba adelante la farsa, el actor principal, y su rol era el más fuerte, así que, sin darle oportunidad a que abriera la boca, siguió hablando.

El cigarrillo se le consumía entre los dedos y la ceniza amenazaba, con el correr del monólogo, a derramarse sobre la mesa. Pero, como un experto, cada vez que esto estaba por suceder, hacía un leve movimiento con la mano para que los restos fueran a caer justo dentro del cenicero. El Gato no dejaba de sorprenderse de la franqueza con la que ese descarado le hablaba y en más de una oportunidad pensó que, a la larga, este terminaría siendo uno de sus hombres de confianza o, por qué no, su mano derecha.

Pasó entonces el Mono a dar detalles acerca de cuál era la oferta que tenía. Después de aclarar que ya no trabajaba más para Marcos, recordó lo del

allanamiento realizado hacía un par de meses en la zona norte de la ciudad. El hecho había estado en los medios del país entero, así que todos los presentes en la reunión lo recordaban. Algo más de doscientos kilogramos de marihuana, casi treinta de clorhidrato de cocaína de la más alta calidad, miles de pastillas de todos los colores posibles, doce detenidos, tres prófugos, hasta dios involucrado en esa red. Sí, cómo no lo iban a recordar si hasta afectó las ventas, debido a la escasez que generó. La cosa era que, en la historia del Mono, toda esa droga iba a desaparecer en las llamas de los hornos de una fábrica local. La Justicia había ordenado, después de las pericias en las que fue utilizada como prueba, que fuera incinerada.

Ahora era cuando aparecía la banda de policías que la rescataban. Entre tantos kilogramos de narcocombustible, la falta de un poco no tendría por qué notarse, menos si era remplazado por algo que se le pareciera en la forma. Toda la droga ya estaba embalada para ser entregada a la llamas. Sin embargo, una parte de ella había sido salvada de la purificación por esta banda que utilizaba sus uniformes para acceder a lugares que cualquier otro tendría vedado.

Pero había un problema. En apariencia, solo en apariencia (esto no lo podía confirmar el Mono, y la duda sobre este punto convencía más al Gato de que la historia era real), había filtraciones dentro del grupo de policías, por lo que les urgía colocar la droga en la calle lo antes posible.

Una parte de esa droga (un kilogramo de cocaína y algo más de quince de marihuana, porque las pastillas ya habían sido entregadas o al menos comprometidas con otros) estaba destinada a quien se ofreciera a moverla en esta zona, y era aquí donde se hacía fundamental la participación de alguien con el coraje para encarar el desafío, y ese alguien era el Mono, que por

supuesto que se animaba, pero necesitaba el respaldo de una persona con la capacidad y el poder del Gato, porque Marcos, ya se sabe, se había negado a hacerlo.

Como remate, había todavía otro detalle: la prisa en sacarse la mercadería de encima ponía a los corruptos policías en la obligación de distribuirla de inmediato, a sabiendas de que a cualquier comprador le sería difícil reunir rápido el dinero, por lo que la entregaban, si es que la operación lo exigía, a concesión (y el Mono recomendaba no llevar dinero, para que no fueran a caer en una sucia trampa de robo), al fin y al cabo, eran policías, y si alguien se atrevía a fallarles, ellos no fallarían.

Ahora sí, el Mono calló. Sacó y encendió otro cigarrillo, porque hacía rato que había aplastado contra el cenicero el anterior, al que apenas si le había dado la primera y única bocanada, porque después ya no quiso interrumpirse ni siquiera para otra pitada. Poder manejar cada segundo de la puesta en escena y controlar los gestos y los estados de ánimo del interlocutor era lo que urgía si se quería salir en pie de esa casa y, a la larga, quedarse con todo el negocio.

El silencio se hizo por unos instantes en los que un aire de satisfacción pareció invadirlos a todos, porque cada quien veía, en lo que acababan de escuchar, la posibilidad de dar el gran salto que los llevara a negociar con más margen de ganancias, protegidos por policías de estratos más altos que los de una comisaría barrial y con la perspectiva de expandirse hacia otros barrios y, por qué no, hacia el sector que controlaba Marcos, traicionando todos los pactos si fuera necesario o, si se quiere, reclamando en devolución el territorio que el Gato de tan buena manera había cedido.

El feliz e ignorante líder solo abrió la boca para preguntar cuándo y dónde,

y el Mono respondió que debía ser al día siguiente, a la noche, antes de las doce, pero que el lugar lo decidiera el Gato, aunque, eso sí, debía ser en una zona apartada y solitaria.

Y el Gato estableció el sitio, convencido de que esta vez se le daba la posibilidad que tanto había esperado.

IX - Los que se van,
los que se quedan, los que regresan

A lo largo de la historia, personajes, reales o de ficción, para lograr sus objetivos, han necesitado de planes cuidadosamente elaborados, metódicamente conducidos y favorablemente apoyados por un poco de suerte. Por más increíbles que nos parezcan las coincidencias que se dan cuando de resolver una situación se trata, siempre nos convertimos en crédulos y permitimos que el relato, incluso histórico, transcurra y nos sorprenda con inesperados desenlaces que benefician a nuestros héroes.

Está claro que prácticamente ninguna de las personas que hasta ahora ha

ido apareciendo en esta reseña puede llegar a convertirse en héroe para nadie, pero concedámosles a algunos, al Mono, específicamente, en este caso, la posibilidad de contar con el socorro del azar, entonces vamos a poder ver cómo su plan para eliminar a su contrincante da resultados que ni siquiera él esperaba, porque el muy ingenuo (como toda víctima en cualquier narración) del Gato estableció como punto de encuentro con los supuestos policías un lugar que para él era muy familiar y que, sin sospecharlo, fue muy ventajoso para sus verdugos.

En el descampado sugerido por el Gato, unos terrenos del ferrocarril abandonados desde que ese ramal dejó de funcionar, el Mono montó la farsa de la entrega de la droga. Hasta allí llegaron en un auto, un poco antes de la medianoche, ellos dos, el Chirola, Damián y Andrés, los segundones del Gato que iban con ellos, las manos en los bolsillos siempre aferrando el arma, adonde quiera que el líder se dirigiera.

Esperaron apenas unos instantes y las luces de un vehículo se les fueron acercando lentamente desde el frente. El Mono había ordenado a los suyos ser puntuales para que las víctimas no se pusieran nerviosas y pudieran sentirse confiadas cuando bajaran del auto.

Preparados para cualquier eventualidad, los cuatro que morirían esa noche palpaban las pistolas buscando con la mirada el lugar donde apuntar y disparar si fuera necesario.

Cuando por fin el motor de los recién llegados se detuvo y los faros atenuaron esa luminosidad que encandilaba, el Gato le ordenó (aún estaba en condiciones de ordenar) al Mono que fuera a ver de qué iba la cosa. Dos siluetas se adivinaban tras el parabrisas del auto al que el Mono se acercó para

asomarse por la ventanilla del conductor y simular una conversación de negocios con el Vieja y Daniel, cuando en realidad las palabras que cruzaron eran los detalles finales previos a la masacre, además de que, disimuladamente, el Mono recibió un 22 corto que ocultó entre las ropas. Mientras esto sucedía a la vista de los del Gato, por entre las sombras se acercaban el Gringo y el Mojarrita. Cada uno, detalles más, detalles menos, sabía qué era lo que tenía que hacer.

El Mono regresó al auto en el que esperaban los cuatro casi inmediatos cadáveres y explicó que esos tipos, tan rudos según lo que contaba, no le entregarían a él la mercadería. Antes querían conocer a quien se encargaría de distribuirla. El Gato, ni lerdo ni perezoso, mandó al Chirola para que se hiciera pasar por él, y a Andrés para que lo secundara, a la vez que le dijo al Mono que volviera a sentarse a su lado, no fuera cosa que algo saliera mal, por lo que quería tenerlo cerca, para ser él quien le diera un balazo.

Delante del volante, Damián empuñaba su 9mm lista para disparar, al conductor o al acompañante del otro coche si es que se hacía necesario.

Luego de eso, todo fue rapidísimo. Los disparos sonaron casi al unísono. El Gringo y el Mojarrita fueron los primeros en apretar los gatillos, a la cabeza del Gato y de Damián, desde menos de dos metros. Los otros dos, Andrés y el Chirola, no pudieron reaccionar a tiempo, ni siquiera alcanzaron a darse vuelta para intentar descubrir el origen de los estruendos detrás de ellos, que ya las balas, del Vieja y Daniel, los alcanzaban.

El Chirola, más rápido en sus movimientos pero no lo suficiente como para evitar una bala, quedó tendido en el piso, herido en el estómago, disparando a cualquier cosa que se moviera a su alrededor. Pero los cualquier cosa que se

movieran a su alrededor habían venido a matarlo, y cada una de esas sombras hizo sus propios disparos contra el cuerpo indefenso, al que terminaron contándole (los forenses, al día siguiente, cuando los cuatro muertos eran titulares en los noticieros) diecisiete perforaciones.

El regreso al barrio para los matadores fue simple, y más simple pareció lo que hicieron como golpe final para terminar el trabajo. Fueron directamente a la casa desde la que el Gato ejercía el control de sus negocios, el Mono adelante, poniendo el pecho, queriendo ser él quien diera a conocer la nueva situación. Allí estaban dos matones más, responsables de cuidar el lugar mientras el jefe no estuviera, y tres vendedores proveyéndose de mercadería.

Los cipayos del Gato no entendieron muy bien por qué ese Don Nadie, ese feo personaje al que comparaban con un simio, un traidor, según lo que habían podido averiguar en la calle y confirmar en la guarida, llegaba ahora escoltado por gente armada exigiendo su atención. Por supuesto que todo empezó a quedarles más claro cuando el Mono, mientras que los que lo secundaban ya mostraban los caños y sostenían feroces dedos contra los gatillos, comenzó a explicar que acababan de matar al Gato y a sus matones y que, a partir de ahora, no funcionaba más este quiosquito (sutil para la elaboración de algunos mensajes, el Mono presentía, antes que saberlo, que usando el diminutivo quitaba categoría a los otros y se la adicionaba a él). También les pidió, aunque el pedido fuera una orden, que no intentaran tomar revancha por los fallecidos, porque el posible vengador se encontraría con unas cuantas balas que le quitarían las ganas.

Al fin, después de hacer una pausa en la que encendió un cigarrillo, les dijo que se retiraran, que se fueran despacio, sin preocuparse por nada, recordándoles que cualquiera podía continuar la ruta emprendida por el Gato y

sus segundones.

Cuando quedaron solo los cinco en la casa, con la obligación de actuar rápido, el Mono fue en busca de lo único que le importaba salvar del incendio que tenía planeado. En un armario, ordenadas por tamaño y calibre, estaban las armas y las municiones. Se apoderaron de pistolas, revólveres (al nuevo líder no le interesaban, por incómodas, según decía, las escopetas o los fusiles) y balas suficientes, además de las drogas. Por último, cada uno se dio el gusto de iniciar un fuego. En las habitaciones, la cocina, la sala, en cada ambiente de la casa encendieron papeles, telas viejas y sucias, colchones y maderas, y se retiraron con la parsimonia propia de quien va tranquilo por la vida, sin deudas que pagar ni ofensas que vengar.

Ya en el auto y a una cuadra de las llamas que progresaban, el Mono dio las instrucciones. En lo inmediato, el Gringo, por ser quien lo consiguiera, debía deshacerse del vehículo apenas llegaran a la casa del Mojarrita, donde quedarían escondidas las armas. La cosa iba a estar pesada durante algunas semanas, por lo que deberían ocultarse, mantener el perfil bajo por un tiempo. Mientras tanto, él se encargaría de organizarse con los proveedores y de reclutar vendedores. Luego, cuando estuviera todo listo, comenzarían a ver los frutos de semejante siembra. Hasta entonces, solo se reunirían si él los convocaba.

En ese contexto, por designios de vaya a saber qué ventura, por la eterna casualidad (sin dejar de lado causalidades) que maneja algunas vidas, el Verdura regresó al barrio. Reinaba, desde la muerte del Gato y su banda, una falsa calma que más se parecía a los instantes previos de una batalla decisiva que a un período de transición. Con la policía recorriendo a cada minuto las calles del caserío, allanando y requisando, no con mucho énfasis pero sí con la

suficiente regularidad como para impedir el desarrollo de cualquier actividad que se apartara en lo más mínimo de la legalidad, el negocio de Marcos había sufrido una caída. Justo ahora, que era el único proveedor de la zona (aunque a sabiendas de que eso duraría poco, lo necesario como para que el Mono se organizara y sacara a su gente a la calle), no podía mover ni el más miserable gramo de marihuana, porque sus vendedores eran conocidos, porque su casa estaba siendo vigilada, porque era el principal sospechoso de la muerte del Gato y sus guardaespaldas y, fundamentalmente, porque debía mantener mercadería y herramientas de trabajo ocultas. Esta iba a ser la primera vez que Sandra escondiera todo en su poco sospechosa casa de familia en la que un padre y una madre que trabajaban casi todo el día dejaban al amparo de terceros (vecinos, maestros, dioses) a cuatro hijos que, salvo la mayor, se dedicaban a estudiar, jugar o trabajar. La segunda oportunidad que tendría Sandra para quedar bien con su jefe cumpliendo con este tipo de encargo sería también la última, porque Marcos va a caer, con un tiro en tórax, desde un techo para romperse la cabeza contra el piso, y Miguel, ya sabemos, morirá corriendo hasta el final, incluso con varios balazos en el cuerpo.

Preocupado por restablecer la normalidad lo más pronto posible y evitando que los clientes se fugaran, el rengo recorría, como hacía tiempo no lo hacía, las calles, mientras que Miguel, siempre poniendo el cuello a merced de cualquier filo, visitaba amigos-clientes con los bolsillos llenos de fasos, incluso dándolos al fiado, como para que todos supieran que el negocio seguía activo y que era cuestión de que se calmara un poco la cosa, de que la policía olvidara la muerte del Gato, y cuando esto sucediera, podrían volver a adquirir sus mercaderías en las zonas habituales, y todos, entonces, perdonarían al Mono su arrebató y hasta quizás lo reconocerían como líder de una banda. Hasta que eso sucediera, nadie estaría tranquilo vendiendo, comprando o consumiendo.

Y fue entonces cuando el Verdura regresó. Después de un poco más de

dos años sin poner un pie en la casa de los colores, sin siquiera acercarse al barrio, una mañana, conector de la clase de negocios que se manejaban en lo que había sido su hogar y del tipo de reacciones que podía generar que entrara sin llamar y sorprendiendo a quien quisiera que estuviera de guardia en ese momento, golpeó un par de veces y esperó.

Nadie siquiera se asomó por la ventana para hacerle, al menos, una seña para que se fuera. Insistió con otros golpes sobre la madera gastada, esta vez más fuertes, y el resultado fue el mismo mutismo. Pensó entonces que tal vez era verdad que no había nadie allí. Tomó el picaporte, lo movió y la puerta cedió suave, aunque con un chillido, a sus deseos.

Gritó un hola y luego otro, pero nadie le respondió, y nadie podría responderle pues nadie había en la casa. El negocio de sus dos hermanos, iba a enterarse después, al rato, cuando Miguel regresara de su recorrida matutina de venta a domicilio, estaba pasando por una etapa de cambios, y todo por la loca idea del Mono, que quiso apoderarse de un sector pero que, paradójicamente, ahora no puede mover ni un dedo, y va a pasar un tiempo hasta que pueda hacerlo, porque la policía es ineficiente y corrupta, pero ya hay quienes pasaron el dato de su nombre relacionándolo con la muerte del Gato.

Sin darle más importancia de la que se merecía ese pequeño descarriado entre los descarriados, Miguel dejó al Verdura como lo había encontrado, sentado en el viejo sillón mirando televisión con el control remoto en la mano (el menor de los Gómez, volviendo a la rutina, no había hecho –ni había querido hacer– otra cosa que arrellanarse allí y esperar a que algo sucediera a su alrededor). Cuando Marcos volvió a la casa, los insultos no se hicieron esperar. No era este el bíblico asunto del hijo (hermano, si se permite la transmutación) pródigo y no caía nada bien este regreso, pero el rengo tenía asuntos más

importantes, por lo que solo se limitó a amenazarlo con un tiro en cada pierna si se entrometía.

Por la noche, casi por lástima invitado a comer los fideos que preparó Miguel, el Verdura intentó, aunque con poco énfasis, convencer a Marcos de que lo dejara trabajar para él, pero el mayor le recordó que no confiaba para nada en él y que su lugar estaba junto a su madre y los pastores en la iglesia, o donde quisiera, pero no en esa casa, y menos poniendo en riesgo el negocio. Esta negativa vino acompañada por la evocación de las condiciones en que el Verdura debía permanecer en la casa, es decir, haciendo la limpieza, solventando sus propios gastos y sin interferir en el trabajo de ellos.

Después de la cena, Miguel sacó sus cigarrillos y con autorización de Marcos le convidó uno al Verdura, quien después se fue a acostar en su antigua cama (hacía mucho tiempo que no pasaba la noche sobre un colchón) y no pudo dormirse sino hasta muy entrada la noche, cuando, después de analizar algunas variantes para recomenzar su vida en el barrio y conseguir el dinero suficiente como para sustentarse y demostrarle a ese par de imbéciles que eran los hermanos que él podía hacerlo solo y no necesitaba su ayuda, mucho menos su amparo, llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer por el momento era recurrir a sus antiguos camaradas, Joaquín, el Rosita y el Negro.

Cuando se despertó, ni Marcos ni Miguel estaban en la casa. Buscó un pedazo de pan, calentó agua y tomó un té ignorando la orden que tenía de no consumir nada que no hubiera comprado él mismo. Con el cuerpo acondicionado como para pasar un largo día, salió a la calle en busca de reconstituir el viejo grupo de los Mataperros, aunque ahora la urgencia no fuese eliminar caninos, sino conseguir dinero.

La madre del Negro abrió la puerta sorprendida de ver nuevamente al Verdura. Hacía tiempo que nadie sabía nada de él y las especulaciones acerca de su situación no eran tantas (cuán lejos podía llegar alguien como él), pero sí las suficientes como para generar alrededor de su nombre varias posibilidades: algunos comentaban que había sido encerrado en un correccional de menores, otros simplemente le atribuían la convivencia con un grupo de vándalos en un barrio del oeste de la ciudad, tampoco faltó el que lo considerara muerto por la policía en un enfrentamiento después de un asalto, y solo unos pocos, los que tenían contacto con doña Bety en la iglesia o los que se animaron a preguntarle por él a alguno de sus hermanos, sabían que había estado en la calle, dos años viviendo a la intemperie.

Cualquiera sea la supuesta vida en la que cada vecino eligiera colocar al Verdura, todos sabían, y esto era lo único que tenían en claro, que de ninguna manera podían conjeturar un cambio en la actitud del adolescente. Nadie en el barrio, por más optimista que fuera, lo podía imaginar trabajando, cumpliendo un horario, recibiendo al comienzo de cada mes una mínima parte de las ganancias totales del empleador. Por eso, cuando la madre del Negro abrió la puerta y lo vio allí parado, el pelo cayéndole un poco más abajo de los hombros, la visera de la gorra cubriéndole parte de la cara y el incipiente vello bocetando la sombra de una barba, lo primero que hizo fue preguntarle dónde había estado los últimos años.

La respuesta del Verdura, construida con apenas unas palabras, fue tan ambigua que no alcanzaría para quitarle de la cabeza a la mujer la idea a la que ella adhería, la de que el más chico de los Gómez había sido llevado al reformatorio por su propia madre. De todas maneras, sabiendo que por más que lo intentara no conseguiría mucha información de su parte, no quiso indagar más y solo giró la cabeza hacia el interior de la casa y, con un grito, llamó al Negro.

Con el entusiasmo suficiente con el que cada uno de ellos era capaz de demostrar que realmente quería al otro y lo había extrañado, es decir, con un simple golpe de mano y un beso en la mejilla, los dos se saludaron, se hicieron un par de bromas acerca de la apariencia de cada uno (el Negro se había pelado y sobre la pelusa que le crecía en la cabeza se destacaba el par de cicatrices adquiridas de niño, cuando lo tuvieron que suturar, primero, tras una caída en bicicleta, y luego, aquella vez en que, jugando a la pelota, cayó justo sobre una piedra).

La madre del Negro calculó que ya tendría tiempo de recomendarle a su hijo (e insistirle) que no anduviera junto al Verdura, que él lo llevaría por el mal camino, que a su lado las cosas andarían mal, y en todo esto la mujer tenía razón, pero no diría nada por el momento, ahora dejaría que disfrutaran del reencuentro y luego, a la noche, a la hora de la cena, en la mesa y con su esposo presente, sacaría el tema convencido de que todo iría bien. Por eso cerró la puerta y dejó que esos dos se saludaran y aprovecharan para contarse lo vivido en los dos años en que no se habían visto.

Cuando por fin estuvieron solos, apenas si cruzaron algún dato sobre el tiempo en que estuvieron sin verse, porque el Verdura solo quería ir directo al tema que le importaba. De inmediato le explicó al Negro la necesidad que le urgía de salir a hacer algún trabajo y le explicó su plan de volver a unir a los Mataperros, pero ya no para asesinar mascotas, sino para robar.

De acuerdo con la idea, el Negro propuso que fueran de inmediato a buscar al Rosita, a quien tuvieron que esperar en la puerta de su casa porque, a pesar de ser ya casi el mediodía, estaba durmiendo.

Saludos de por medio, el Negro hizo una síntesis de la idea del Verdura

para que el Rosita se pusiera al tanto y, descontando que este estaría de acuerdo, los puso en marcha hacia la casa de Joaquín. En el camino, el Verdura, ahora sí, condensó en un breve relato lo que había sido de su vida en los últimos años.

Luego le tocó el turno al Rosita, quien después de salir de la escuela primaria había comenzado a trabajar en la construcción. Entre ladrillo y ladrillo, conoció al Tuerto, un monstruo de casi dos metros que de vez en cuando recibía el dato de algún almacén que era fácil asaltar, entonces allá iba, pistola en mano, un par de golpes, algún disparo si era necesario y se levantaba trescientos, quizás quinientos pesos. Con él hizo varios trabajos, pero eran muy esporádicos, apenas si lo que obtenía, sumado a lo que semanalmente ganaba levantando paredes, alcanzaba para completar un buen sueldo que sirviera para colaborar con su madre en la casa, comprar los cigarrillos, las bebidas e ir los fines de semana a bailar.

Pero ya iba a hacer casi un mes que el arquitecto no lo llamaba ni siquiera para darle aunque más no fuera una changa, y ni qué hablar del Tuerto, que había caído preso cuando se quiso meter en un consultorio odontológico en el centro. Así que el Rosita estaba, casi como el Verdura, urgido por una acción rápida que le redituara efectivo.

Para cuando estuvieron frente a la casa de Joaquín, el Rosita ya había terminado su relación de lo vivido en los años de separación, por lo que esperaron en silencio a que el cuarto integrante de los Mataperros saliera y los saludara. Brevemente, sin dar muchas explicaciones, el Verdura lo instó a que los acompañara argumentando que había algunas cosas que debían arreglar y muchas en las que ponerse de acuerdo. Joaquín volvió a ingresar a la casa y al momento salió para asegurar que tenía una hora, según su madre, para volver,

porque para entonces estaría listo el almuerzo. Los otros tres se rieron como si se tratara en verdad de una broma, pero en el aire quedó flotando la sensación de que, al menos por ahora, Joaquín no aceptaría participar en la reconstitución de la banda.

En la plaza del barrio, sentados bajo un árbol, cada uno con un cigarrillo en la mano, buscaron acordar el tipo de trabajos que harían. Nada de negocios grandes, solo pequeños cuentapropistas, lugares de venta que atendieran los propios dueños, quizás un par de empleados como máximo. Golpes rápidos y huidas más veloces. Nada de dejarse sorprender por uno de esos que se hacen los valientes y te sacan un revólver de la nada. Si había resistencia, un tiro en la cabeza y a otra cosa. En el caso de las viviendas, se meterían solo cuando no hubiera nadie, ya se sabe, la gente está como loca y nunca falta quien esconde un arma bajo la almohada. Es un peligro.

Cuando por fin estuvieron de acuerdo, el Verdura pidió que hicieran un recuento de las armas de las que disponían. Él contaba con su 22 corto robado a un borrachín en el centro hacía apenas unas semanas; el Rosita tenía una 9mm policial comprada a uno de los proveedores del Tuerto, y el Negro se había apoderado, también hacía poco, de un 38 que a veces funcionaba y a veces no.

Solo faltaba que Joaquín explicitara si poseía o no algún arma, pero en vez de hacerlo, se limitó a abrir la boca para decir que no contaran con él, que lo insultaran y lo dejaran de lado para siempre si querían, pero que esta vez no entraba en el juego, y es que estaba casi por terminar los estudios secundarios y ya tenía iniciado los trámites para ingresar al ejército, y eso era lo que él siempre había querido, así que ahora, que estaba a un paso de lograrlo, no se metería en nada que le impidiera hacerlo.

Ninguno de los otros tres dijo absolutamente nada, ni siquiera cuando Joaquín se puso de pie, los saludó y se fue. Solo lo vieron irse, callados, sorprendidos, sin siquiera tener la capacidad de reacción como para dejar caer un insulto, un agravio que expusiera la sorpresa que significaba que él, justamente, fuese a hacerse militar, porque él había sido el mataperros más violento, el que más encarnizado estaba con la idea de eliminar a todos los canes peinados, lavados, cuidados y protegidos por los dueños. Si bien Joaquín nunca propuso ninguno de los golpes contra las mascotas, había sido, sin dudas, quien más disfrutaba cada vez que los aullidos de sufrimiento se hacían oír. Joaquín, de un solo golpe, atravesó con un clavo el pecho del perro que dejaron crucificado en un árbol, y antes de eso, en el canicidio previo, él había tomado las patas del caniche, cuando este ya colgaba con un alambre alrededor del cuello, para tirar hacia abajo hasta sentir el ruido de los huesos que se luxaban.

Pero toda su ira, toda la bronca que contenía sin saber contra quién descargarla, la puso de manifiesto en el cuarto y último trabajo de los Mataperros. Si bien este fue propuesto por el Negro, planificado por el Verdura y controlado en sus detalles por el Rosita, que era el recién incorporado miembro de la banda, fue Joaquín quien aportó las ideas para que ese fuera el golpe más sangriento y, por lo tanto, el último del grupo. Porque el plan era simple: apoderarse de un cachorro de setter que el Negro había visto en una vereda a un par de kilómetros al este del barrio, maniatarlo y dejarlo colgando desde la orilla de un zanjón de manera que se ahogara lentamente, con el correr del agua y que los dueños, al encontrarlo (ellos o cualquiera que les contara) imaginaran lo que había debido sufrir el pobre animal, golpeando contra las paredes del canal, buscando la forma de liberar sus patas y tomar un poco de aire que le permitiera resistir un segundo más, viéndose morir.

Se apoderaron del perro como lo habían planeado, sin complicaciones, a

pesar de que los medios de comunicación se habían encargado de propalar la existencia del grupo de asesinos (algunos hasta mostraron las paredes pintadas con la leyenda “Territorio Mataperros”) y de que la policía había dispuesto un patrullaje que protegía a los vecinos de los barrios aledaños de las consecuencias de vivir junto al caserío donde nacían, crecían y se reproducían esos vándalos, pese a todas las precauciones, nadie calculó que los Mataperros serían capaces de actuar más allá de esas fronteras. Entonces, el pequeño setter no contaba, ese día en que decidieron sacarlo a dar un paseo por la plaza, con más protección que la que podía ofrecerle el hijo menor de la familia, que apenas si tenía nueve años y nada pudo hacer cuando se vio sorprendido por dos muchachos que, en un tris, le arrebataron al cachorro.

En la huida, para que el perro dejara de chillar, el Rosita le dio un golpe en la cabeza que lo dejó aturdido, y aturdido llegó al cañaveral en el que esperaban los otros dos. Rápido actuaron para poder atarle las patas, pero no lograban, por más que lo golpearan, hacerlo callar. Sus desesperados chillidos sonaban por momentos demasiado altos, lo que hubiera llamado la atención de cualquiera que pasara por allí. Entonces Joaquín, ya nervioso por ese llanto que podía delatarlos, tomó el cuchillo que habían usado para cortar la soga con la que ataban al setter y, sin consultarlo con los otros, le abrió la boca y le cortó la lengua.

Manchando de rojo lo que estuviera a su alrededor, Joaquín mostraba en la palma de la mano el pedacito rosado de carne, y la visión de la sangre lo excitó para no detenerse. Mirando a los otros, que solo alcanzaron a verlo hacer, anunció el cambio de planes. Se agachó junto al cachorro, lo tomó de la cabeza y, cortando toscamente, inexperto carnicero, comunicó a sus compañeros que esa noche dejaría la cabeza del chillón en la puerta de la casa de sus dueños.

Los otros tres, antes que oponerse, festejaron la iniciativa y se quedaron allí viendo cómo los coágulos se formaban mezclándose con la tierra, mientras que Joaquín peleaba contra esa carne que no cedía ante el filo escaso del simple cuchillo de cocina que el Verdura había sacado de su casa.

Se fueron dejando allí tirado el cuerpo decapitado del perro. En un tarro que encontraron, metieron la cabeza peluda, embarrada y manchada de sangre que el Verdura guardó en el patio de su casa hasta esa noche, cuando, juntos en la plaza, en la misma plaza en la que se encuentran hoy y casi en el mismo lugar y en la misma posición, a escasos metros de donde hace años una pistola amenazaba la vida del menor de los Gómez y decidía la huida de doña Bety, vieron marchar al valiente Joaquín, quien, solo, sin aceptar compañía, se fue a llevar la cabeza para dejarla en el frente de la casa cuyos habitantes no podrían olvidar nunca lo que un grupo de degenerados le hizo a su mascota.

Aquella vez, Joaquín los dejaba para hacer algo que los enorgullecería, que al otro día estaría en todos los medios de comunicación y que pondría a la policía tan cerca de ellos que se verían obligados a desarmar el grupo. Esta vez, Joaquín se iba para no volver, para abandonarlos, para traicionarlos, porque se haría militar, se cambiaría de bando, pasaría a ser uno más de los que luchaban contra ellos, y sus hijos, los hijos del que ahora desertaba, seguramente crecerían rodeados de mascotas bien cuidadas a las que el propio Joaquín se encargaría de bañar, cuidar y alimentar.

Allí se quedaron sentados los tres, el Negro, el Verdura y el Rosita, buscando entender qué era lo que le había sucedido a Joaquín. Pero tampoco fue mucho tiempo el que le dedicaron al episodio, porque uno de ellos encendió un cigarrillo y ya los otros dos hicieron lo mismo para, de inmediato, pasar a buscar en sus memorias cuál sería el lugar más conveniente para dar el primer

golpe como banda de ladrones.

X - Balas

Los integrantes del trío fueron, quizás, unos de los primeros fieles clientes del Mono, porque cuando el Verdura, la misma tarde en que regresó a su casa, le pidió a Miguel (nunca se lo hubiera solicitado a Marcos) que le vendiera un faso, este no quiso hacerlo. Con una cordial negativa, pretendió dejarle en claro al menor que no estaba autorizado y que, además, jamás lo haría, por más que estuviera habilitado. Así, Miguel sintetizó cuál era, definitivamente, la situación de su hermano menor dentro de la casa.

El Verdura no solo encontraría resistencia de parte del mayor, sino que ahora también Miguel se opondría a la molesta estadía en la casa del más chico, quien, por sobre todas las cosas, era impredecible y siempre generaba peligro (el recuerdo de las acciones de los Mataperros, aunque nunca supieran

con certeza que el Verdura fuese uno de sus integrantes, y la presencia policial que eso trajo consigo habían quedado grabados, incluso en el resto del barrio, como la consecuencia de un mal avenido grupo que ni siquiera sabía cuidarse a sí mismo).

Cuando el Rosita supo esto, no hizo más que aceptarlo con una sonrisa y una promesa de venganza hacia los Gómez que no veían en ellos buenos compradores sino malos clientes. De inmediato, como urgía conseguir marihuana, fueron hasta la otra punta del barrio, a la esquina en la que el Mono había instalado uno de sus primeros puestos de avanzada para la venta, y consiguieron lo que querían y lo que necesitaban, porque de ninguna manera hubieran hecho lo que planeaban sin intoxicarse lo suficiente como para insuflarse la voluntad que requería meterse a una panadería, sacar y mostrar las armas, apuntar a la cabeza de quien se ofreciera involuntariamente y llevarse, en apenas unos segundos, todo el efectivo que pudieran. Porque ese fue el primer golpe del grupo, la panadería de tres barrios más allá hacia el oeste.

En el camino de ida hacia el blanco (propuesto por el Negro, que conocía el lugar desde que había estado trabajando en una obra, a dos cuadras de allí, y pasaba a la mañana y a la tarde en bicicleta) se fumaron los dos fasos comprados al vendedor del Mono. Cuando llegaron al lugar elegido para el golpe, ya estaban lo suficientemente preparados como para que no fuera más que un juego de niños (valga la paradoja) entrar al local en el que apenas si había dos clientas, el dueño y una empleada, dar el grito que anunciaba de qué iba la irrupción, encañonar a todos los presentes, recoger la plata de la caja y de los bolsillos de los cuatro asaltados y salir corriendo para desaparecer.

No fue mucho el botín con el que se hicieron en esa primera acción, pero

sí el suficiente como para que por la noche se emborracharan con cerveza y la pasaran fumando Marlboro.

Para cuando el Mono decidió que ya era tiempo de encarar el mercado en forma definitiva, casi un mes y medio después de la muerte del Gato y del incendio de la casa que era su cuartel, lo hizo utilizando los virulentos métodos de las campañas publicitarias de ropa, teléfonos celulares o cualquier otro producto que funciona como droga legalizada. Claro que no hubo carteles ni spots televisivos o radiales con eslóganes fáciles de recordar y que la gente tarareara en las calles o los colectivos, pero sí una suerte de invasión con más vendedores y con mercadería más barata y, obviamente, de mejor calidad. Ya llegaría el momento en que los precios pudieran elevarse, pero eso sería más tarde, cuando ya todos estuvieran convencidos de que esa droga era mejor que la que vendían los otros.

Una de las ventajas del Mono fue que instaló su centro de operaciones fuera del barrio, lo que lo protegía de razzias y del enojo de los Gómez, que empezaron a ver cómo sus ventas caían y cómo lo que antes había constituido casi un mercado cautivo ahora se reducía paulatinamente. En poco tiempo, el barrio estuvo casi copado por los vendedores del Mono, quien, rompiendo todas las promesas, invadió el territorio de Marcos.

El Manotas Quiroga y Sandra fueron los encargados de acercarse a uno de esos vendedores, no para amedrentarlo (según la orden que había dado el jefe de la banda), sino para enviar un mensaje al Mono, un simple recado en el que Marcos le pedía que tuvieran una reunión para establecer límites. A la noche siguiente, los dos emisarios regresaron a esa esquina para recibir la respuesta. No, el Mono decía que no se reuniría con Marcos, por lo menos por el momento, porque estaba muy ocupado.

Con esto, la casa de dos colores terminó de alborotarse. El Mono acababa de declarar la guerra, una guerra que se pudo evitar con el Gato pero que no tenía alternativas esta vez. Negarse a compartir el territorio era la traición más grande, porque el Mono, sin la intervención de Marcos, que fue quien lo sacó de la vida de esclavo que llevaba trabajando en la estación de servicios lavando autos ajenos y recibiendo órdenes absurdas, no hubiera sido nadie, o mejor dicho, hubiera sido el simple empleado que, ahora quedaba claro, merecía ser. Porque estaba bien, y esto demostraba su inteligencia, que pretendiera crear su propio mercado, pero ser infiel a quien fue su maestro, a quien le enseñó el oficio y lo adiestró en el tratamiento y fraccionamiento de las drogas ya era demasiado. Por eso, el propio Marcos, contra su principio de no llevar consigo armas cuando estaba en la calle, tomó un revólver y se dirigió (apoyado más que nunca en su bastón, porque los nervios no le permitían manejarse bien) a la esquina donde el expendedor del Mono, sorprendido, lo vio llegar y blandir el pedazo de metal despintado que amenazaba encajarle un pedazo de plomo entre ceja y ceja.

El mensaje fue claro y contundente: esta no era área libre, tenía un dueño, y ese dueño era él, por lo tanto, a partir de ese momento no quería ver a nadie más que a sus empleados en la zona, y luego vino el sorpresivo disparo que fue a dar al empeine del pie derecho del vendedor y, casi de inmediato, apenas este estuvo arrodillado quejándose del dolor, el bastonazo en la cara.

A pesar del alboroto y el ruido del balazo, nadie se asomó por entre las persianas y las cortinas, por lo que nadie tampoco pudo ver, aunque todos lo supusieran así, cómo Marcos se retiró confiado hacia su casa, dando la indefensa espalda al tipo que quedaba tirado allí casi inconsciente pero con la suficiente claridad de juicio como para resistirse a sacar su propio revólver y devolver el agravio. Sabía el herido que su agresor no podía estar solo y que, además, a tipos como esos no se los puede liquidar con un disparo (aunque

sabemos que uno será suficiente para desestabilizarlo y hacerlo caer desde un techo), si hasta casi era un mito que Marcos no se había salvado de la muerte aquella tarde en que se cayó de la moto con Adolfo, sino que la había visitado, había ido hasta ella y regresado con más fortaleza, como si en lugar de un golpe contra el asfalto aquello hubiese sido un baño en la laguna Estigia.

Marcos no pudo en toda la noche pegar un ojo para descansar. Tampoco lo hicieron Miguel, Sandra y el Manotas Quiroga, siempre secundándolo. Casi no hablaban entre ellos, solo fumaban, miraban la televisión y atendían con todos los sentidos a cualquier ruido que viniera de la calle.

A eso de las cuatro de la mañana, el sonido del picaporte moviéndose hizo que Miguel saltara del sillón con la pistola en la mano y apuntara hacia la puerta que, lentamente, insegura, se abría para mostrar la figura descompuesta del Verdura. Borracho y drogado, con un cigarrillo en la mano y una campera de jean recién adquirida en la otra, el menor de los Gómez alcanzó a divisar que uno de sus hermanos le apuntaba directo a la cabeza.

La sonrisa que esbozó el Verdura llevaba una carga mixta de gesto amistoso (necesitaba comprender que ese caño dirigido a él era una broma y no una realidad) y nerviosismo. Supo, apenas vio a Sandra y al Manotas levantándose del piso y a Marcos saliendo de atrás de una silla, que la cosa había estado cerca de desencadenarse. Le temblaba la mano cuando se llevó de nuevo el cigarrillo a la boca y ensayó, como tranquilizándose a sí mismo, un chiste acerca del miedo que tienen los que andan en negocios turbios.

Aún con el arma apuntando a su hermano, Miguel le ordenó que cerrara la puerta y luego le preguntó al mayor, sin el más mínimo atisbo de humor, si le disparaba. Marcos, acomodándose nuevamente frente al televisor, demoró la

respuesta con el deseo de que el Verdura comenzara a orinarse y así humillarlo, pero como esto no sucedía y pocas ganas de bromear tenía esa noche, por fin respondió que no, que lo dejara vivir, que ya alguien se encargaría de hacerlo por ellos.

Poco tiempo después, sentados a la misma mesa con el Mono, en el amanecer de un día que prometía ser de fiesta para el barrio porque celebrarían el Día del Niño con payasos, regalos y títeres, Miguel recordaría esta noche en que la guerra con los otros traficantes recién comenzaba y él tuvo la oportunidad de darle justo en la cabeza al Verdura, uno de los tres responsables de que esa mañana de domingo, en ese momento destinado a dormir y a relajarse porque la noche de mejores ventas de la semana acaba de terminar con éxito, ellos se encontraran, ojerosos y con mucho sueño, tramando el final de esos tres que habían acabado con la paciencia de todos debido a su irresponsabilidad y su impertinencia.

En ese dominical desayuno de trabajo (al fin y al cabo, era por mantener sus trabajos que se reunían), Miguel pedirá ser quien se encargue de matar al Verdura y Marcos tendrá que convencerlo de que es mejor que lo haga otro, porque de esa manera se evitarán más problemas.

Pero el plan va a fallar, o mejor, una parte del plan se saldrá de lo previsto, y el Verdura, que tenía que morir en la calle, va a ir a ocultarse en su habitación, y Miguel agradecerá que su hermano menor haya sido tan hábil y a la vez tan estúpido como para escapar de los verdugos designados y llegar hasta donde él quería tenerlo.

Hasta entonces, y especialmente desde el momento en que el sonido de los primeros disparos llegue hasta la casa de dos colores, el mediano de los

Gómez sentirá que ha perdido la oportunidad de su vida de vengar la promesa de muerte que el Verdura le hizo, y esa mañana de domingo solo pudo (compartiendo la cerveza con que el Mono los homenajeaba, la misma con la que los invitó a brindar por el nuevo pacto que estaban haciendo, el cual, una vez sellado y ejecutado, les traería la tranquilidad que tanto buscaban), a partir de la negativa de Marcos, crear un silencio con el cual expresar lo mejor posible su enfado.

Callado, apenas emitiendo los sonidos suficientes como para aprobar o desaprobar las ideas que iban cayendo sobre la mesa, Miguel seguiría la elaboración, paso por paso, de la muerte de esos tres. Primero, la charla en que Marcos podía convencer al Mono de que los condenados no se perderían los actos por el Día del Niño, porque, sin necesidad de conocer de psicología o cualquier otra forma de análisis de los actos humanos, el líder de la casa de dos colores sabía que eso sería algo que los atraería irresistiblemente. No hubiera podido Marcos explicar cómo funcionan esos mecanismos, pero sí sabía que el Verdura, en cuanto tenía ocasión, sintonizaba algún canal en donde estuvieran pasando un programa infantil, no solo dibujos animados, sino también esos otros en los que los personajes son actores ocultos tras un disfraz de oso, banana o cualquier otra cosa.

Luego, una vez que el Mono se convenciera de que si el Verdura actuaría así también lo harían los otros dos, Miguel va a tener que forzar la atención para intentar seguir los pasos del plan, y ya sabemos que esto tendrá que hacerlo no por contar con poca capacidad de entendimiento, sino por falta de interés. La emboscada sería elemental: sorprenderlos en medio de los actos, preferentemente cuando estuvieran concentrados viendo los payasos (hasta entonces, no sabían que antes de los payasos se iban a presentar los títeres), y darles un par de tiros a cada uno. Demasiado fácil.

Pero estaba la posibilidad de que se escaparan, entonces, previendo que los sicarios fallaran, bocetaron en un papel el plano del barrio, marcando con cruces el lugar donde desde hacía un día estaba montada la tarima y las cuadras donde estaban las casas del Rosita, el Negro y, por supuesto, el Verdura. Después dibujaron círculos en las esquinas que delimitaban el lugar del festejo por el Día de Niño, y dentro de cada uno de esos círculos el Mono haría dos puntos que representaban a un par de sus hombres o de los de Marcos, quienes debían montar allí guardia para que ninguno de esos tres mocosos huyera, para que no tuvieran escapatoria.

Por último, unas líneas curvas e inseguras partieron del lugar donde se ubicaba el retablo hacia los costados, y otras de los costados hacia el centro, y otras desde improbables puntos trazando más que improbables parábolas, y cada una de ellas para representar una posible situación de carrera y persecución.

Fuera como fuera, la cosa debería resolverse de manera muy sencilla. Disparos sorpresivos, carreras, algún que otro posible herido, pero tres cadáveres, eso había que descartarlo, tres cadáveres debía haber ese domingo en el barrio, y podían ser más, como en definitiva lo fueron, pero había tres que sí o sí debían figurar en la lista de caídos, y serían, ya lo sabemos, lo supimos todo este tiempo, los de ese trío que de simpático pasó a peligroso y de peligroso a eliminable. Es que llegó un momento en el que el Verdura, el Negro y el Rosita pusieron en peligro a todos en el barrio, porque andaban armados, todo el día intoxicados y siempre en busca de algo que romper, robar o, simplemente, golpear.

Y no hace más de dos semanas que todo se complicó irremediablemente, cuando el Verdura pudo arrebatarse al Manotas, sin que este se percatara,

varias dosis de una basura sintética de última generación, barata y eficaz que va directo al cerebro, un viaje sin retorno. El Verdura se encontró de inmediato con sus secuaces y repartió entre ellos el botín. Al principio, sentados en un banco de la plaza, eran nada más que tres adictos disfrutando de un pedazo de cielo, pero a medida que los efectos se iban sucediendo, el Rosita se dio cuenta de que debía, por alguna razón que no intentaremos conocer, sacar su arma y disparar a algo, a nada en particular, al mundo en general. Entonces disparó, y el Negro hizo lo mismo, un poco por la misma convicción que el Rosita, un poco por inercia, un poco porque no entendía muy bien qué era lo que pasaba y, ante la duda, el plomo es la mejor defensa. Entonces el Verdura, viendo lo que sus socios hacían y descubriendo, o creyendo descubrir, que estaba ante un inminente peligro, sacó su arma, lo tomó al Rosita de los pelos y le apuntó a la sien.

Un infinito segundo duró la escena, un instante de eternidad en el que el Negro no supo a quién apuntar, si al Rosita porque debía seguir al Verdura en lo que hiciera, porque casi siempre tenía razón y porque, de alguna manera, era el líder del grupo, o al Verdura porque ya estaba cansado de seguirlo en lo que él quisiera aunque no tuviera razón y porque nunca nadie lo nombró líder de nada, aunque él creyera que lo era.

La confusión del Negro lo llevó a hacer otro disparo al aire, y el estruendo los despertó a los tres, o mejor, los ayudó a darse cuenta de que estaban apuntándose entre sí. Se miraron, se rieron, el Verdura contó cuántas dosis le quedaban y propuso que fueran a buscar algo para robar. Los últimos días había sido así, ya ni siquiera planificaban un golpe, directamente salían a ver qué podían pescar en el camino.

Todo esto sucedía a la siesta de un día cualquiera en el barrio, mientras

los adultos duermen al menos una hora tratando de recuperar fuerzas para seguir trabajando a la tarde y los chicos hacen sus tareas escolares, ven televisión o están en la escuela, como Sheila, que miraba, desde su banco de cuarto grado en la escuela que está a tres cuadras de la plaza en la que el Verdura, el Negro y el Rosita se drogaban, a la maestra explicando frente al pizarrón.

Cuando sonó el primer disparo, a ninguno de los alumnos compañeros de Sheila le sorprendió, tampoco a ella ni a su maestra ni a ninguno del resto de los niños o adultos de la escuela. Después vino el segundo disparo y ya alguien pensó que podía tratarse de algo más serio que un simple tiro al aire, cosa a la que han tenido que acostumbrarse.

El tercer disparo trajo la mala espina de que algo serio podía estar pasando, ya se sabe, un enfrentamiento real entre bandas o algo por el estilo, pero lo que nadie podía imaginar, o al menos nadie hubiera querido imaginar, era que, para bien de todos, no habría un cuarto disparo, mejor aún, ni siquiera era un enfrentamiento entre bandas, sino simplemente los tres locos esos que andan atemorizando a todos con sus armas y que ahora ya habían dejado de disparar, pero, a la vez, para mal de todos, la última bala, esa que el Negro dudó entre clavarla en el corazón del Verdura o en el del Rosita, fue a dar justo a la cabeza de Sheila, que no sintió nada más que un pinchazo, y luego la nada.

La maestra gritaba desesperada junto al cuerpo de Sheila mientras que el resto de los alumnos del grado se debatía entre llorar, quedarse quieto, correr y tantas posibilidades más. Desde la dirección de la escuela llamaron a una ambulancia, pero ni la maestra ni los médicos pudieron hacer nada, ya la alumna de cuarto grado Sheila Martínez estaba muerta e iba a ser tapa de

varios diarios mañana, diarios que no verían el Verdura, el Negro y el Rosita, quienes ni siquiera recordarían que habían sido ellos los que habían estado disparando al aire en plena siesta de un día cualquiera en un barrio de esos en los que nacer o morir no valen nada.

XI - Los niños primero

Cómo no los iban a matar. Mejor, cómo no iban a querer deshacerse de ellos, si por su culpa el barrio se llenó más de una vez de policías, cámaras de televisión y reporteros gráficos. Cómo no iban a querer no verlos más, si las vecinas aparecían en los noticieros del mediodía, de la tarde y de la noche diciendo que no aguantaban ya esa situación, que querían que la policía y el gobierno hicieran algo, porque cada vez había más armas y drogas en el barrio y así nadie podía vivir, si ni salir a trabajar se podía, porque uno no sabía en qué momento lo pegaban un tiro, como a esa chiquita, Sheila, cuyo rostro sonriente en el cumpleaños de su hermano había estado en la sala o en el comedor de todos a través de la televisión.

Y ahí estaban también los padres de Sheila, que apenas si podían decir

algo ante los insistentes micrófonos, a quienes doña Bety conocía desde hacía tiempo, porque ellos oraban al mismo dios que la madre de los Gómez, por eso coincidían los domingos a la mañana en la iglesia y cruzaban, como buenos hermanos, palabras cordiales y Buenaventuranzas. Pero qué decir ahora, cómo los enfrentaría doña Bety en lo inmediato, en el entierro de Sheila, y cómo el domingo, cuando tuviera que cruzárselos irremediabilmente aunque desconociera la participación de su hijo en el hecho.

Una bala se le metió en la sien a Sheila el jueves, un jueves, cualquier jueves a la siesta, y mientras una ambulancia y dos patrulleros corrían a toda velocidad hacia la escuela en la que ella yacía en el piso del cuarto grado C turno tarde, el Verdura, el Negro y el Rosita salían, drogados como estaban, del barrio caminando, rumbo hacia cualquier lado, camino adonde quiera que hubiera un almacén abierto a esa hora, adonde quisiera el destino que encontraran una casa con la puerta descuidadamente entornada por uno de sus habitantes, adonde fuera que la posibilidad se presentara.

Dos semanas más tarde, las madres, entre visitas de policías y tardíos asistentes sociales, los seguirán llorando y van a desear que todo lo que esté sucediendo sea una maldita pesadilla de la que podrán salir en cualquier momento, y recién cuando por fin hayan sepultado a sus hijos, cuando las noticias en los medios de comunicación truequen estas sangres por otras, entenderán que esos niños no regresarán más y hasta quizás de alguna manera presientan que el caos que sobrevuele el barrio sea consecuencia de las acciones de sus hijos, esto al menos hasta que pasen algunos días, cuando por fin, también gracias a los medios de comunicación, confirmarán sus temores, sus horrores, cuando escuchen en la televisión que el arma que portaba el Negro cuando murió era la misma de la que salió la bala que mató a Sheila, cuando sepan por las tapas de los diarios que el Rosita había sido filmado por las cámaras de seguridad de una estación de servicios asaltada

semanas atrás.

Doña Bety va a buscar, después de la muerte del Verdura, pero antes de la de sus otros dos hijos, la forma de acercarse a los padres de Sheila para pedirles disculpas, pero no va a encontrar el valor para hacerlo. Cómo pararse delante de ellos y decirles que nada de lo que sucedió hubiera pasado si hubiese tomado la firme decisión de arrastrar al Verdura con ella hasta la iglesia, cómo humillarse de rodillas y suplicarles que eleven una oración juntos por los hijos de ambos.

Entonces le va a rondar la cabeza la misma idea que, entre lágrimas, varias madres al unísono tenían: ojalá nunca hubiese regresado al barrio ese niño. Y, de alguna manera, fue también eso lo que pensó el Verdura en sus últimos minutos, cuando corría por entre las calles del barrio huyendo de sus verdugos, buscando un refugio que lo salvara de la furia de aquellos a los que él había irritado. Pero ya no había vuelta atrás, ya todo retorno era imposible, ya no había forma de escapar. Por eso corrió a su casa, lugar al que, de haberlo pensado serenamente, no hubiese ido. Pero el tiempo de la serenidad no era ese. Corriendo cruzó el umbral de la casa de dos colores y corriendo llegó hasta la habitación en la que Miguel, recostado en la cama, esperaba las noticias de su muerte.

Los hermanos se miraron sorprendidos y el Verdura no pudo articular palabras para explicar lo que estaba sucediendo, porque cuando quiso abrir la boca sintió que algo le doblaba las piernas. Cayó de rodillas, y de rodillas giró la cabeza para descubrir que era el bastón de Marcos el que lo había vencido.

Volvió la cabeza ya con lágrimas en los ojos hacia donde estaba Miguel, imaginando tal vez la complicidad que su otro hermano podía compartir con él,

pero en lugar de un rostro encontró frente a sí el caño de un revólver que le apuntaba justo a la frente.

El Verdura no pudo escuchar el diálogo entre sus hermanos porque lloraba, ahora sí lloraba, y pedía por favor y les recordaba que eran hijos de la misma madre y que por respeto a ella le perdonaran la vida, porque ya había entendido, no ahora, sino cuando lo vio al Manotas disparando contra el Negro, que no era solo la gente del Mono la que venía tras ellos.

Por sobre los gritos del menor de los Gómez, los dos mayores cruzaron un par de palabras, pocas, escasas, las suficientes como para que Miguel recibiera la orden de Marcos de hacer lo que los demás no habían podido. El Verdura avanzó, de rodillas como estaba, unos centímetros hacia Miguel, quien, en la misma dirección, se retiraba para apuntar mejor, mientras que Marcos se iba de la habitación.

En el pasillo que comunica las piezas con el comedor, el rengo escuchó el disparo, un disparo más, que para los vecinos pasó desapercibido, si la calle era un campo de batalla, porque cuatro cuadras más allá, junto al retablo, yacen los dos cuerpos que el Rosita, con su buena puntería y su capacidad de reacción, dejó llenos de balas, mientras que a dos cuadras, con la mitad del cuerpo en la calle y la otra mitad en el puente, está tirado el Rosita con cuatro agujeros de fuego, además del Negro, que cayó a pocos metros de su casa, lugar hacia el que corrió y donde lo emboscaron, tan elemental también fue su reacción.

Entre tanto tiro y grito, entre tanto revuelo, quién iba a reparar en el último de los disparos, el que hizo Miguel, el de la bala que derrotó al Verdura, la misma que, justo antes de salir hacia su destino, hizo que, de una manera no

muy clara pero manera al fin, el Verdura pensara que hubiera sido mejor no regresar a su barrio, seguir viviendo en el centro, en esas calles que siempre van a ser más calientes porque nunca va a faltar una buena escalera de banco o iglesia donde acurrucarse para dormir, porque nunca va a faltar quien acceda a entregarle una moneda o los restos de comida de un restorán.

Pero el Verdura regresó, y eso ya es irremediable. Vaya a saber por qué, pero lo hizo, de un día para el otro, sin avisarle a nadie, así como se fue, de la misma manera volvió. Y quién le iba a pedir explicaciones, y peor aún, quién lo iba a extrañar, tanto en la casa de dos colores como en la calle. Si ni en un lado ni en otro hizo más que pasar dejando rastros de la única manera en que aprendió a hacerlo, a los golpes. Por eso debía morir a los golpes, con un gran golpe, tanto físico como de efecto, aunque no fue ese efecto el que planearon sus verdugos, el que vendría después, el de la policía entrando a la fuerza y disparando para deshacerse de una vez por todas de las dos bandas.

Por el contrario, después de meses de guerra a tiros por las calles del barrio, cuando por fin pudieron sentarse a la mesa el Mono y Marcos, lo hicieron, justamente, para buscar la forma de pacificar la zona. Un tercero más peligroso y sanguinario, más asesino y menos racional, como lo ha demostrado la historia de la humanidad, sirvió para que los dos líderes se reunieran el viernes a la tarde y decidieran eliminar a los tres atrevidos que no respetaban las reglas que imperan en esos territorios, las que ellos mismos instalan a fuerza de romper otras reglas.

En la casa de dos colores se realizó el cónclave del que surgió la urgencia de eliminar al Verdura, al Negro y al Rosita cuanto antes, y ese cuanto antes tenía que ser el domingo, porque iba a ser entonces, frente al retablo que la unión vecinal estaba montando para celebrar el Día del Niño, cuando iban a

poder tenerlos a los tres en un lugar abierto, al alcance de las balas, con tiempo de apuntar con mayor precisión, porque después de lo de Sheila, cuando el trío se enteró de lo que había sucedido, dedujo de inmediato que podía haber sido uno de sus disparos el que mató a la niña, entonces los tres prefirieron mantener el perfil bajo dentro del barrio, y para lograrlo pasaban la mayor cantidad de tiempo posible fuera de sus límites.

Tenía que ser el domingo en la celebración del Día del Niño, ya de por sí ensombrecida por el recuerdo de la alumna de cuarto grado asesinada por una bala perdida. Ese era el mejor momento, porque de otra manera era imposible calcular dónde volverían a estar juntos los condenados, y eliminarlos de a uno no serviría, porque en cuanto cayera el primero, los otros dos estarían alertados, y eso era darles demasiada ventaja.

El Mono plantó algunas dudas sobre la certeza de Marcos de que los tres estarían el domingo frente el retablo, pero el rengo aseguró, lo presentía, que allí los encontrarían, y el plan de eliminación quedó sellado. Vino entonces el fin de esa reunión y el acuerdo para encontrarse el domingo a la mañana, y así lo hicieron.

El plan era sencillo y, por lo tanto, efectivo, si hasta las posibles vías de escape habían sido cubiertas. Salvo el detalle de tener que matar al Verdura en su casa, en su propia habitación, para ser más exactos, y las dos bajas del propio bando (aunque el Mono y Marcos presentían que alguno de sus esbirros podía morir), el resto salió según lo planeado, y tan bien les pareció a los dos líderes que el plan se había desarrollado y cumplido, que en la noche del martes volvieron a reunirse.

Nuevamente lo hicieron en la casa de dos colores, donde celebraron, sin

grandes pompas, apenas con cerveza y marihuana compartida, satisfechos por haber mandado a esos impertinentes adonde debían ir. Fue entonces cuando el Mono, sí, el Mono, propuso la unión. Esbozó algunos argumentos en los que resaltaba las ventajas que eso traería y juró por su vida que no tenía otras intenciones, que había entendido que juntos podían dominar el barrio sin tener que disputar más un terreno de ventas. Pero Marcos no estaba en condiciones de responder, porque desde la muerte del Verdura y su sepelio, donde tuvo una visión de su madre que nunca había tenido, desarmada en llanto, inconsolable, había pasado los días ido, lleno de cocaína y otras drogas. Fue Miguel quien, en definitiva, dio el visto bueno a la propuesta del Mono, y quien hizo una advertencia clarísima: si había sido capaz de matar a su hermano, nada le impedía hacer lo mismo con cualquiera que osase arruinar sus planes.

Aclarados los tantos, el Mono y los suyos se retiraron, y en las dos semanas siguientes, los líderes de ambas bandas (Marcos apenas si estaría presente, ya había entendido que era su hermano quien había tomado las riendas del negocio) se reunirían casi periódicamente, acordando detalles de la nueva organización, en la que mantendrían abiertas las dos casas, la de dos colores y la que era búnker del Mono, para así abarcar no solo este barrio, sino también para expandir territorialmente el negocio y, fundamentalmente, tomar la precaución de no guardar toda la mercadería, balanzas y demás objetos en un mismo lugar.

Por esos días en los que se pactaba la tregua entre las bandas, los mismos días en que la policía recorría con más regularidad el barrio y las calles estaban mucho más tranquilas, por esos días en que la venta continuaba, algo más furtiva pero sin interrupciones, esos días en que los políticos y los jueces planeaban autorizar la infiltración de uno o varios espías en las bandas, porque sabían que no podían contar con los cuadros bajos, tan fáciles de sobornar; por esos días en que los medios de comunicación reproducían las voces

desesperadas de la gente y las frases interesadas de posibles candidatos a futuras elecciones, por esos días, Sandra empezó a ser acosada por los fantasmas.

Ella, apenas dos años mayor que el Verdura, había conocido al menor de los Gómez de chiquito y había visto crecer al Negro y hasta en algún tiempo le había gustado la rudeza del Gato y esos ojos verdes que le habían dado el apodo y se había excitado pensando en estar a solas con él una noche.

Sandra, sus padres y maestros, sus amigas y vecinos lo sabían, era una muchacha difícil, con lo que esto pueda significar para cada quien. Por eso a nadie le extrañó que se acercara al rengo Gómez y a su clan, y mucho menos que fuera una de las distribuidoras de drogas en el barrio.

Pero Sandra había visto crecer a varios de los muertos de los últimos días, incluso a la pequeña Sheila, con quien nunca habló, pero sí visitó su casa, porque la madre de la niña cosía y reparaba ropa, y quién, en un caserío como este, no conoce a la modista del barrio. Y a su familia.

Entonces, mientras las bandas del Mono y Marcos, o de Miguel, para ser más exactos, sellaban la sociedad, las imágenes de los cadáveres de los últimos días llegaban en cualquier momento a Sandra. Ya no podía drogarse ni emborracharse sin que alguno de estos fantasmas la visitara. Y cuando estaba lúcida, cuando no se había intoxicado ni había bebido en exceso, era peor, porque al miedo se agregaba la conciencia de saberse cómplice. Así fue como empezó a llorar cuando estaba sola o a reprimir el llanto cuando estaba acompañada, hasta que no pudo más, hasta que sus lágrimas explotaron una siesta cuando en su casa todos dormían y sus quejidos llamaron la atención de su madre, quien, pese a sentirse ya desde hacía mucho tiempo distanciada de

su hija, fue hasta ella y por fin, como cuando Sandra era Sandrita, la abrazó y contuvo ese llanto desesperado.

Fue uno de esos días de treguas y policías recorriendo el barrio, esos días de venta furtiva y políticos y jueces planeando infiltraciones, esos días de páginas de diarios y radios y canales de televisión saturados de voces desesperadas y frases interesadas, que Sandra llegó acompañada de su madre y su padre a la oficina de un juez que les prometió la seguridad necesaria y el indulto si la muchacha revelaba con lujo de detalle todo lo que sabía sobre las bandas, los asesinatos y la venta de drogas en el barrio.

Fue uno de esos días cuando el Tonga vio movimientos extraños en la calle y corrió a la casa de dos colores a contarle a Miguel. Fue uno de esos días cuando el Manotas corrió con la mercadería de sus jefes a la casa de Sandra y se la entregó pidiéndole que la guardara y recomendándole que no saliera, porque en las calles se podía complicar la situación. Fue uno de esos días cuando Sandra, llorando en su cama mientras la madre le acariciaba la cabeza y el padre analizaba todo eso que le habían dejado a su hija en custodia, escuchó la balacera que se desató en el barrio entre la policía y sus amigos de toda la vida, una balacera que dejaría varios muertos y que un par de horas más tarde se anunciaría en todos los medios de comunicación como una victoria de las fuerzas de seguridad sobre las bandas de narcotraficantes.